

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

LA POLITIZACIÓN DE LO COTIDIANO. UNA INTERPRETACIÓN
SOBRE EL MOVIMIENTO INDÍGENA-POPULAR EN BOLIVIA,
2000-2005

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE :
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA
PRESENTA

FERNANDO MUNGUÍA GALEANA

ASESOR:
MTRO. MASSIMO MODONESI

CIUDAD UNIVERSITARIA 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Como es bien sabido, todo texto lleva consigo mucho más que la pluma de quien lo escribe. Ocultas entre las palabras y los párrafos están las vivencias, los retos, las dificultades y sobre todo las personas que ayudan a que tal cosa cobre alguna forma. Yo, desde luego, tengo que decir que si estas líneas tienen ahora una cierta continuidad se debe al respaldo que, de cerca o de lejos, he recibido de muchos amig@s que con su compañía y sus críticas me han dado el impulso para alcanzar este objetivo.

Porque no podría ser de otra forma, esto es para María Elena, mi madre, porque eres y serás el ejemplo más grandioso de amor y lucha, porque aunque no ha sido fácil siempre has estado allí para mí, franca, total; por la confianza y por la amistad con las que ya me has dado el mejor regalo de la vida, y por el placer de que podamos decirnos “colegas”.

A Paula, por todas esas tardes de juegos, por todo el cariño que me das, porque la vida siempre ha tenido un *sazón delicioso* gracias a ti.

A Claudia, porque nadie como tú sabe el esfuerzo que estás líneas han significado; por el desafío enorme que has sido todos estos años, porque al andar junto a ti me has llevado a lugares a los que sólo jamás habría llegado y me he imaginado horizontes que me encantaría alcanzar contigo; porque te amo y *en eso soy irreductible*.

A Pável, Tania, Velino, Luis, Selene, por la amistad, la solidaridad y el respeto de siempre, porque de alguna forma crecimos juntos y eso ha sido lo más divertido de todo. También a Fer, *el de los libros*, por escuchar mis disparates y platicarme sus sabias reflexiones.

A Massimo, que además de ser mi asesor de tesis, con los años de trabajar con él se ha convertido en un amigo entrañable y me mostró otra manera de entender la docencia y la academia, que son también *trincheras* desde las que se puede luchar; porque en definitiva, esta tesis lleva mucho de esas lecciones.

Quisiera agradecer también a mis sinodales, Elvira Concheiro, Lucio Oliver, Luis Gómez y Hugo José Suárez, por sus valiosas críticas y comentarios al trabajo porque con ellos ayudaron a que fuera un tanto más presentable.

ÍNDICE

Nota Preliminar.	8
Sobre la estructura del trabajo.	11
Introducción.	14
Algunos antecedentes.	15
Sociología y postura crítica.	18
Vida cotidiana y movimiento político-social.	22
¿Por qué Bolivia?	25
CAPITULO I. Lo cotidiano como enfoque.	30
1.1.- ¿Qué es la vida cotidiana?	33
1.2.- El sentido común y la conciencia como formas de antagonismo.	45
1.3.- Construcción y apropiación de la territorialidad política-societal.	52
Recapitulando.	58
CAPITULO II. Las razones históricas	60
2.1.- La revolución nacional-popular del 52: movimiento plebeyo y la fuerza de la “paradoja señorial”.	78
2.2.- Génesis de dos proyectos societales antagónicos: el Nacionalismo-Revolucionario y lo Nacional-Popular.	82
2.3.- La difícil construcción de la ciudadanía.	97
2.4.- Militarización y clientelismo: el Pacto Militar-Campesino (PMC).	100
2.5.- La reinsurgencia indígena-campesina.	103
2.6.- “Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre”.	
El Katarismo como proyecto descolonizador.	113
2.7.- Crisis económica y cierre democrático. El vuelco neoliberal.	118

2.8. Criminalización del cultivo de la hoja de coca e insurgencia del movimiento cocalero.	124
2.9.- La retirada del minero como sujeto radical del campo político.	128
CAPITULO III. "Volveré hecho millones". Consideraciones sobre la lucha indígena-popular en Bolivia, 2000-2005.	130
3.1. El ciclo societal y la dialéctica memoria-crisis-utopía.	135
3.2. Las formas de la lucha y el proceso de politización.	141
3.3. La territorialidad y el despliegue del poder político.	152
Consideraciones Finales.	155
Bibliografía.	166

Nota Preliminar

La tesis que presento está construida desde dos líneas de trabajo que a lo largo de mi formación académica en la licenciatura me han acompañado y que ahora procuro articular como un objeto de estudio unificado. Por una lado está el interés por la reflexión teórica que se ha nutrido con las reflexiones y debates al interior de los cursos sobre Teoría Sociológica y Sociología Política, así como por el conjunto de lecturas, temas y revisión de autores que sin estar, necesariamente, en los programas de esos cursos han sido importantes para ahondar en la comprensión de los problemas teóricos planteados allí.

El estudio sobre la realidad social de América Latina fue una inquietud que inició cuando cursé las materias de Pensamiento Social Latinoamericano, Historia Contemporánea y Temas Actuales de América Latina, cuyos contenidos temáticos me permitieron adquirir conocimientos generales sobre la región que de a poco he procurado complementar y desarrollar con discusiones y reflexiones con profesores y amigos dentro y fuera de las aulas.

El primer acercamiento que tuve con la realidad contemporánea de Bolivia fue justamente en 2003, cuando la oposición popular y la movilización social para evitar la venta del gas a Estados Unidos por puertos chilenos sacudían aquel país. Entonces, cursaba la materia Temas Actuales de América Latina, espacio que me permitió revisar además los casos de Argentina, Ecuador, Venezuela y Brasil. Fue allí donde advertí los alcances que tiene, para la comprensión de los procesos

políticos y sociológicos en curso, la relación entre el análisis histórico, el debate teórico y la discusión sobre el presente, entendido como dimensión social en permanente movimiento.

Lo que en aquel momento era la investigación para preparar un examen final se convirtió con el tiempo en la tesis que ahora presento.

Me propuse construir un diálogo teórico-metodológico desde la reflexión y análisis de un caso concreto. Me apoyo, fundamentalmente, en los conocimientos e intereses teóricos e históricos que reseño líneas arriba y, en la revisión bibliográfica y documental sobre la historia contemporánea de Bolivia.

Sin embargo, este trabajo lleva consigo una debilidad mayúscula: el hecho de que todo lo planteado aquí no ha podido ser confrontado directamente con la realidad, ya sea a través del conocimiento directo del contexto boliviano actual, o bien mediante la realización de trabajo de campo o la utilización de herramientas metodológicas como entrevistas a personas involucradas con la lucha concreta.

Reconociendo que ello puede constituir una omisión importante he procurado en lo posible apegarme a los conocimientos que han sido y están siendo construidos y debatidos por los propios intelectuales, políticos y luchadores sociales bolivianos que se han dado a la tarea fundamental de participar en esta transformación social. Se verá entonces que en el armado de las líneas que siguen están muy presentes un grupo específico de académicos bolivianos sobre los cuales me apoyo, pues en sus propias obras he encontrado estímulos teóricos de primer orden y, reconociendo mis limitaciones, me ha parecido que son ellos sin duda los que mejor pueden hablar sobre la Bolivia contemporánea. Existe de por sí una relación, e incluso diría,

un diálogo y debate, muy estrechos entre todos ellos: René Zavaleta Mercado (†), Álvaro García Linera, Luis Tapia Mealla, Raúl Prada Alcoreza y Pablo Mamani Ramírez; además, de un número mayor de intelectuales que desde varias disciplinas sociales y distintas perspectivas y enfoques teóricos abundan el plano descriptivo, explicativo y reflexivo de la Bolivia actual.

Sobre la estructura del trabajo

Tal como lo sugiere el título del trabajo que presento, lo que procuro hacer es plantear un enfoque sociológico que coloca a lo cotidiano como dimensión central de análisis de los movimientos sociales. Pienso que lo cotidiano, visto también como dimensión del conflicto social, podría permitir visualizar procesos tanto estructurales como superestructurales que confluyen en los procesos de movilización político-social, pero más importante aún, apreciar las imbricadas relaciones que ambos fenómenos representan en el interior de los movimientos sociales.

El trabajo lleva inscrito cierto perfil latinoamericanista, no sólo porque se aborda el caso en particular de un país de la región, sino también porque en la medida de mis posibilidades, me interesa contribuir a la reflexión académica y al debate político que anima ciertos procesos contemporáneos en América Latina; para ello, presento en la Introducción, algunos antecedentes generales sobre el tema que abre la tesis sobre el contexto latinoamericano reciente, argumentos introductorios que me permiten además argüir a favor de mi propuesta de análisis conceptual y mostrar algunas de las características del caso que analizo.

En el primer capítulo, el marco teórico está construido de cierta manera herética. No se encontrará a lo largo del trabajo ninguna filiación escolástica a

ninguna corriente de pensamiento social, así como discusión pormenorizada con algún autor en particular. Apelo más bien a un diálogo abierto con distintas referencias teóricas para lograr desde ahí, construir el andamiaje conceptual que me permita plantear los argumentos en los capítulos posteriores.

En el segundo capítulo abordo la discusión sobre las luchas populares en la Bolivia contemporánea. Hago un recorrido histórico desde los albores del siglo XX hasta el año 2000, para mostrar algunos de los procesos socio-políticos más relevantes en términos de coyunturas de lucha y movilización política. Como lo señaló en su momento, me parece que no es ésta una simple justificación empírica, sino que dialogar con la historia me permite plantear los argumentos para poder reflexionar sobre el tiempo presente.

En el tercero y, último capítulo, abro la discusión sobre el proceso de lucha popular iniciado en el 2000 y que, a mi entender, tendría un punto de llegada fundamental en las elecciones presidenciales del 2005, cuando el candidato a la presidencia por el Movimiento al Socialismo (MAS), Evo Morales Ayma, resulta electo por una mayoría abrumadora. Son cinco años en los que se desatan una serie de rebeliones que, paulatinamente, van generando un cierto poder popular que se enfrenta a los mecanismos de dominación y exclusión más arraigados entre las élites política y económicamente hegemónicas en aquel país.

Según la caracterización que ofrezco de este proceso, más reflexiva que descriptiva, podemos pensar que esos cinco años constituirían un nuevo “ciclo societal”, es decir, que lo que se desata desde 2000 y hasta 2005, no son únicamente movimientos sociales asilados y reactivos, tampoco movimientos

que se aglutinan en torno a un partido político o a un líder carismático para encontrar en ellos la seguridad de sus demandas a la hora del ejercicio de la administración estatal. Seguramente esos fenómenos clientelares están presentes. Pero me parece que un “ciclo societal” representa la puesta en escena de mecanismos de asociación, de identificación y de construcción de proyectos sociales distintos que arrancan desde el presente y se prefiguran hacia el futuro levantándose a la vez sobre la base de una memoria popular heredada y de una experiencia de lucha compartida entre las clases subalternas. Por ello es que la relación entre memoria-crisis-utopía, relación de temporalidades y socialidades que ayudan a analizar teóricamente la articulación de las distintas aristas de la movilización socio-política, misma que presento desde el primer capítulo, acompaña y define en buena medida el desarrollo del trabajo.

Finalmente, a manera de consideraciones finales, presento un balance de lo que a mi parecer podrían ser los puntos más relevantes de este trabajo de tesis.

Introducción.

Algunos antecedentes.

Los movimientos sociales en América Latina, como objeto de estudio académico, son tema ya de larga tradición, desde las pioneras guerras de independencia que signaron la conformación de las Repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX; la insurgencia de los movimientos de masas, de características nacional-populares en sus inicios y populistas en su desenlace y que resultaron determinantes para la implementación del modelo desarrollista durante la primera mitad del siglo pasado; el movimiento de tendencia socialista-revolucionario y las guerras de guerrillas en los años 60's y 70's y, aún aquéllos que se presentaron después de las dictaduras militares que barrieron todo el Cono Sur y, posteriormente, durante las llamadas "transiciones a la democracia" en los 80's y 90's, años que representaron el bastión institucional del reordenamiento neoliberal.

En perspectiva histórica, resulta iluminador el hecho de que cada ciclo de rebelión, es decir, de lucha política abierta, está entrelazado con procesos de "crisis" de los núcleos hegemónicos a nivel económico y/o político: ante la dominación ibérica-colonial, los criollos americanos inician con las guerras independentistas que buscaban la liberación del yugo colonial y el surgimiento de naciones libres capaces de controlar y administrar sus propios recursos; a la decadencia del régimen oligárquico, asentado sobre la base de un modelo de

exportaciones primarias y que nunca modificó las relaciones serviles de explotación, heredadas de la colonia, sobre las clases trabajadoras, siguió un ciclo de movilizaciones que buscaban construir las bases para que las masas crecientes de trabajadores fuesen incluidas en un nuevo pacto nacional que ampliara a su vez las condiciones materiales de vida y de participación política y ciudadana; el modelo desarrollista, es decir, distributivo con pleno control estatal, implementado por los gobiernos populistas encontró sus límites estructurales en la década de los 50's y fue entonces cuando el movimiento socialista-revolucionario salió de su estado de latencia, en el que había permanecido por décadas, y se convirtió en una posibilidad concreta por la que optaron no pocos sectores populares y radicales de las sociedades latinoamericanas y que bajo el contexto mundial que prevalecía en esos años y con la experiencia de la Revolución cubana como referente regional inmediato, las fuerzas armadas, no sin cierta anuencia de las elites políticas y económicas nacionales, alineadas con los intereses imperialistas norteamericanos, desplegaron una de las más reaccionarias respuestas de autoritarismo y represión que se hayan vivido en América Latina: la militarización de los aparatos estatales y el recurso del miedo y la violencia como ejercicio político convencional por medio del cual se dieron a la tarea de dismantelar los núcleos más avanzados y dinámicos de la militancia radical o progresista de la época.

La década de los 80's y los 90's suponen la aplicación a todo lo largo de América Latina de las medidas concertadas en el Consenso de Washington, que representaron el dismantelamiento de las funciones estatales de mediación

entre los mercados y las clases trabajadoras, sobre quienes el impacto de la crisis económica neoliberal se dejó ver de inmediato. La precarización y flexibilidad de las condiciones laborales, expulsó a contingentes masivos de exasalariados hacia prácticas de sobrevivencia material que representaban el quiebre total con las políticas sociales del Estado proteccionista de décadas anteriores.

Estas dos décadas son en verdad, un punto de inflexión radical en la forma en cómo hasta entonces se había concebido la relación entre el Estado y la sociedad; la aplicación de las medidas de reestructuración económica y política en los países latinoamericanos, obligadas por la devaluación de los productos de exportación de estos países, en general materias primas, y por la crisis de la deuda externa que golpeó a toda la región, implicó el desmantelamiento del Estado para dar paso a privatizaciones en los ámbitos más significativos de la producción del bienestar y la justicia social: educación, servicios públicos, salud, empleo, etc.

Además, la embestida ideológica neoliberal presentaba la aplicación de esas medidas como la única vía posible para salir de la crisis y el estancamiento económico, en un contexto regional en el que todavía tenían mucha influencia los recuerdos de la violencia social de las dictaduras militares y la corrupción burocrática. Así, democratización y modernización de los aparatos Estatales en lo político, y la privatización y la flexibilidad laboral en lo económico, se impulsaron con cierta anuencia de diversos sectores sociales que no alcanzaban a mirar que allí se consolidaba una nueva hegemonía, y nuevos

mecanismos de explotación y dominación.

En cuanto a la movilización socio-política, se podría sugerir que fue una época de repliegue y de recomposición de los movimientos radicales, y que su espacio fue ocupado por una generación distinta de grupos políticos que pugnaban por recuperar y garantizar ciertos derechos civiles clausurados durante la militarización, así como por demandas que reclamaban la presencia del Estado justamente en los momentos en los que la crisis, la inflación y la devaluación precarizaban las economías locales, aunque estas protestas no llegaban a representar, necesariamente, una crítica ni al sistema político ni al modelo económico, enmarcadas en un contexto de transición o recuperación de pactos democráticos.

Y sin embargo, a partir de 1992, con el quinto centenario del descubrimiento de América, fecha que diversos sectores indígenas usaron como estandarte de crítica y confrontación; y, luego en 1994, con la insurgencia neo-zapatista en Chiapas, hemos vivido una nueva andanada de luchas que han cimbrado a la casi totalidad de los países de la región; procesos que han contribuido a la crítica del modelo neoliberal, implementado tempranamente en los 80's, y en muchos casos han sido factores decisivos en la profundización de la crisis por la que dicho modelo atraviesa desde hace ya varios años.

Estas referencias no implican, de ninguna manera, que puedan establecerse tendencias inmutables y que el ciclo de rebelión contemporáneo pueda ser analizado y agotado teóricamente en comparación con los anteriores, pero sí pueden extraerse conocimientos confiables de aquéllos para descubrir

los perfiles de éste.

De ahí que la relación planteada en este trabajo, entre memoria-crisis-utopía, se asuma como una herramienta teórica para analizar la movilización socio-política reciente, pues si es cierto que nuestras sociedades han estado sufriendo las consecuencias del neoliberalismo, es dable sugerir que la *crisis* es un proceso permanente y habrá que distinguir los factores que la hacen estallar.

Sociología y crítica social.¹

Debido a esta abundancia de experiencias empíricas han habido, de igual manera, distintos acercamientos disciplinarios (ciencia política, sociología, antropología, historia) y enfoques teóricos (marxismo, funcionalismo, estructuralismo, teorías de la acción colectiva) que acopian a la fecha una muy prolifera producción académica.

Por tanto, me parece que abordar el estudio de estos procesos sociales responde a la necesidad de hacer un recorte temático de la complejidad latinoamericana que permita analizar la dinámica de las organizaciones, los

¹ Sin ánimo de querer hacer pasar la relación entre “sociología y crítica social” como un recurso acomodaticio al trabajo que aquí se presenta, ésta quiere ser más bien una especie de cautela metodológica para la investigación, pues es bien sabido que no toda la sociología es crítica – quizá tampoco tendría que serlo- ni todo ejercicio de crítica social se compagina con las investigaciones sociológicas. Sin duda no son menores las distancias que separan a la “experticia sociológica” de la “postura crítica” frente a lo social, y aunque en efecto en principio estamos hablando de dos perspectivas distintas, es también importante hacer hincapié en la necesidad de mantenerles vinculadas, pues como lo sugiere Martuccelli, “la experticia sin crítica no tiene alma y la crítica sin experticia carece de carne”. Ver: Danilo Martuccelli. “Sociología y postura crítica”. En: Bernard Lahire (dir.) ¿Para qué sirve la sociología? Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007, pp. 157-174.

sujetos, sus luchas y sus demandas, pero también procurar dar cuenta de hechos estructurales, como la conformación del sistema productivo de la región y su relación con los mercados internacionales o la construcción de los aparatos estatales y las relaciones de clase al interior de las sociedades.

En los pocos años que van de este siglo XXI, las movilizaciones político-sociales en la región latinoamericana están marcando una “nueva época” de disputas en el “campo político” que tendencialmente y, en algunos casos son ya una realidad, apuntan hacia la determinación económica autónoma, es decir, se está abriendo un nuevo ciclo de oportunidades libertarias cuyos perfiles generales, si bien apenas comienzan a ser definibles, es seguro que en muchos casos resulten altamente novedosos y sintomáticos del antagonismo social que se vive en los distintos países en los que han tenido lugar.

Hoy día, en buena parte de la crítica académica, social y política, el denominador común pareciera centrarse sobre los efectos cada vez más agudos que el modelo neoliberal ha generado en toda la región latinoamericana. Al momento de escribir estas líneas se vive una especie de reflujo o repliegue de los movimientos sociales que habían estado marcando el ritmo del sistema político en varios países latinoamericanos. Sin ser cierto que las organizaciones movimientistas están desaparecidas, hoy no disputan políticamente de la misma manera frente al Estado y ello me parece, tiene consecuencias diversas que pueden ser manejadas de distinta manera según los casos. Ahora, estamos constatando la dificultad de articulación que se presenta entre las organizaciones y movimientos socio-políticos que en su momento quebraron la

hegemonía neoliberal y los gobiernos populares, más o menos progresistas, cuya oportunidad de gobierno se debe en buena medida a aquellas movilizaciones. Aunado a ello, habría que poner atención a los procesos de recomposición de la clase política y económica neoliberal de cada uno de esos países que no está dispuesta a perder sus viejos privilegios, tal como ha quedado sobradamente demostrado en Argentina y Bolivia, recientemente, lo cual representa también una dificultad para la consolidación de proyectos transformadores.

En estos procesos de movilización y transformación política la ciencia social y, en particular, la sociología tienen una participación paralela, no determinante pero sí fundamental. La tarea consistiría en ofrecer las herramientas analíticas precisas para explicar la experiencia pasada, ayudar a comprender la situación del momento presente y, arriesgar algunas hipótesis sobre posibles escenarios futuros. Hay pues, en este tipo de procesos empíricos cierta relacionalidad dialéctica entre “historia-coyuntura-utopía” que pretendo enfrentar en esta investigación sociológica.

Además, me parece que asumir una *postura crítica* desde la academia frente a las realidades que nos incluyen y afectan, no sólo es posible sino necesario, y hasta urgente, sin que por ello se traicione el “rigor científico” de la sociología, en tanto que este campo, el académico, se ha constituido también como un vehículo de claridad y legitimación -o ilegitimidad- para las luchas políticas.

Si bien ya existen propuestas teóricas que abordan el análisis de los

movimientos socio-políticos desde diferentes perspectivas, me parece que lo sucedido en los años recientes merecería ser acompañado o, mejor, seguido de cerca por ejercicios interpretativos que discutan, destaquen o ubiquen desde el enfoque sociológico lo que varias de esas experiencias concretas parecen estar ofreciendo, porque, tal como parece, en esta ocasión las acciones van mucho más lejos de las reivindicaciones culturales e identitarias que fueron atribuidas a las movilizaciones de finales de los años 80's y principios de los 90's, arriesgándose también apuestas de transformaciones sociales profundas que si bien pasan por lo cultural ponen en el centro del debate la capacidad de los pueblos para su autodeterminación material -cuestionamiento al modo de producción hegemónico- y, la manera de organizarse como miembros de una comunidad política -crítica al anacronismo del aparato estatal burgués- enfrentando de esa manera a las más rancias tradiciones de dominación y explotación locales (neo-oligarquías), así como a los intereses internacionales (neo-imperialismo) que se han aventurado por el control de los nuevos recursos estratégicos para sus mercados e industrias.

Este es el horizonte por el que atraviesan distintas movilizaciones socio-políticas latinoamericanas y es, también, el caso de Bolivia actualmente.

Vida cotidiana y movimiento político-social.

En las páginas siguientes sostengo que la dimensión de la vida cotidiana, en tanto espacio y temporalidad social de intercambios, asimilaciones y

transformaciones, resultaría de gran utilidad para el análisis de los movimientos político-sociales ya que podría aportar elementos novedosos para un análisis un tanto más profundo y sólido en términos científicos de la complejidad social (económica, política y cultural) que estos fenómenos representan. Para ello, debo aclarar que, parto desde un punto de observación que centra el estudio en el interior del movimiento y, a partir de allí, sugiero algunas formas de cómo éste se relaciona con su contexto con el que mantiene desde siempre una relación.

En ese sentido pretendo argumentar que la vida cotidiana o lo cotidiano -que en adelante uso como sinónimos- es una dimensión de la realidad social que funciona como escenario de construcción, articulación, asimilación y/o de transformación, es decir, no sólo como plataforma social condicionante sino también potenciante para las prácticas de movilización político-social. Partir desde este armazón analítico y empírico, implicaría concentrarme en una investigación que ofrezca elementos para explicar cómo se construyen en la historia los referentes colectivos de la acción; cómo se dan las prácticas internas del movimiento en medio de un contexto permanente de crisis societal y, cómo se proyectan en ese contexto las identidades políticas y culturales de los sujetos antagónicos; finalmente, cómo estas subjetividades e identidades culturales y políticas se van materializando, a su vez, en diversas instituciones sociales tal como se han dado a través de las diversas posturas y demandas vertidas en la Asamblea Constituyente que podrían derivar, no sin resistencia y conflictos internos, en un verdadero Estado plurinacional e intercultural, capaz de reflejar la realidad multisocietal de Bolivia.

Ahora bien, está claro que la vida cotidiana no la viven de la misma manera todos los miembros de una sociedad determinada, ni siquiera resulta plausible asegurar que una misma clase social comparta de manera idéntica los distintos niveles de lo cotidiano. Las diferencias están marcadas por una cantidad de variables que, de considerarlas todas, harían inagotable, impreciso y totalmente abstracto el trabajo de investigación, por lo que en esta tesis *no estoy proponiendo buscar y describir elementos ontológicos y universales para su definición y estudio² sino ubicar algunas articulaciones simbólicas y materiales, identificables en la experiencia concreta de las movilizaciones que dan cuenta de la relacionalidad dialéctica de temporalidades a la que me he referido anteriormente, esto es, entre pasado como memoria de la colectividad, entre presente como crisis y, finalmente como utopía entendida como posibilidad de realización social concreta hacia el futuro.* Estas articulaciones son:

a) Las formas que asume la movilización, a través de las cuales ésta se

² Estos elementos están ya elaborados, principalmente, por dos escuelas de análisis sociológico: por un lado la sociología fenomenológica que, en la obra de Alfred Schutz, tiene quizá al mejor exponente de la corriente quien dedicó varios de sus trabajos al estudio del mundo de la vida cotidiana y a sus elementos constitutivos, entre ellos el *conocimiento de sentido común, la actitud natural, el acervo de conocimiento, las relaciones intersubjetivas*, etc. Por otro lado, está la interpretación marxista sobre la vida cotidiana, fundamentalmente, en Ágnes Heller quien tiene trabajos específicos sobre dicho tema y en los que reluce una interpretación más de tipo estructural frente al margen subjetivista de la fenomenología. Hay también en la tradición marxista sugerencias o referencias en otros autores que, sin referirse específicamente a lo cotidiano, sus propuestas son útiles en tanto que la explicación dialéctica que hacen del conjunto de las relaciones sociales, ampliando los márgenes de la praxis más allá del ámbito de la reproducción material, incluyendo en ese análisis las complejas relaciones que tienen lugar en el "inmenso edificio" de la superestructura, relaciones que sin ser específicamente económicas, si bien relacionadas con ellas, encuentran en la cultura, la política, la religión u otras distintas expresiones societales, su espacio de existencia. Así, resultan claras las posibilidades de análisis relacionando determinaciones objetivas y subjetivas, para dotar a lo cotidiano de un andamiaje teórico, lo suficientemente sólido como para ser parte de la explicación de los movimientos socio-políticos.

manifiesta (sindical, comunitaria, indígena, popular, etc.), y que tienen el propósito de no encasillar a la movilización boliviana en conceptos abstractos (movimiento revolucionario, movimiento anti-sistémico, etc.), por lo que es importante discutir qué forma es la que actualmente se ha tornado hegemónica en la articulación de los sujetos que participan en el campo político, para hacer asequible el conocimiento de sus potencialidades transformadoras. En la historia de la movilización popular en Bolivia, se identifican tres grandes formas de organización y lucha que tienen que ver con diversos repertorios de acción colectiva, enmarcados en distintos contextos económicos y políticos; discutir estas formas y su repercusión en la acumulación de la experiencia de las clases subalternas es un objetivo de la investigación.

b) Identificar cómo se estructuran, en la organización y en la movilización, las subjetividades e identidades políticas de los actores, para encontrar puntos de acuerdo dentro de la diversidad. Los indicadores que pueden ser útiles para reconocer los grados de politicidad pueden ser variados, desde tradiciones y fiestas culturales que permiten una diferenciación identitaria, consignas y demandas, documentos, discursos, etc., expresan las intensidades de la resistencia, de la subalternidad y del antagonismo que en cada ciclo funcionan como detonantes y potenciantes de las movilizaciones político-sociales, por lo que resultan explicativas de las perspectivas y dirección que éstas pueden asumir.

c) Rescatar la relevancia de la *territorialidad* construida por los sujetos, los movimientos y las organizaciones, pues estos territorios se vuelven espacios de intercambios sociales y proyectan de manera perdurable las potencialidades de transformación. Si la transformación social que está en desarrollo en Bolivia resulta tan impresionante en la historia del país como en el contexto latinoamericano reciente, ello se debe a que dicho proceso logra articular con novedad elementos históricos hondamente arraigados en la memoria colectiva de los subalternos pero en un espacio social que los vuelve parte de una necesidad siempre contemporánea que es la autodeterminación de los pueblos. Entonces, es importante constatar cuáles son los referentes espaciales, simbólicos y físicos, territoriales, en los que estos subalternos luchan.

Para el propósito de esta reflexión resulta fundamental no perder de vista que la vida cotidiana debe ser abordada, simultáneamente, desde dos perspectivas que están dialécticamente relacionadas: una que privilegiaría las determinantes estructurales de la reproducción material de la vida social (modo de producción y formación económica-social); otra que pondría particular atención en los elementos culturales e identitarios de las “prácticas intersubjetivas” y del “conocimiento de sentido común”, pues es a partir de éstas prácticas que la estructura se hace inteligible. Debido a la abundante experiencia empírica que los movimientos sociales han ofrecido en los años recientes; me parece que es imposible estudiarlos sin considerar esas dos posibilidades analíticas.

Como se verá existe cierta deuda teórica, en particular, con dos referentes de la sociología: por un lado con la sociología fenomenológica que aporta los elementos subjetivos del análisis permitiendo entender cómo es que los sujetos interiorizan e interpretan la realidad social en la que están involucrados y, cómo se convierte en una dimensión ineludible desde la cual éstos se proyectan en el proceso de realización social; por otra parte, con el marxismo, que proporciona el método de interpretación dialéctico con el cual se pueden articular los elementos concretos con los subjetivos articulándolos como parte de una totalidad y, principalmente para los fines de este trabajo permitiría entender a la vida cotidiana como una dimensión más del conflicto social, es decir, enunciarla en función de la subalternidad y el antagonismo propios de la sociedad boliviana en el periodo analizado.

¿Por qué Bolivia?

En los años anteriores a 2005, desde principios de 2000, pero sobre todo en abril de ese año, tienen lugar en esa “sociedad abigarrada” grandes movilizaciones político-sociales cuyos efectos desembocarían en la elección presidencial de Evo Morales Ayma, luego de unas elecciones sin precedentes en la historia republicana de ese país. Es más, el mismo hecho de la elección de Morales tiene por sí misma implicaciones que harían importante un recuento de la historia y de la cultura política de los subalternos, más allá de la atención que ha tenido la figura del primer presidente indígena. A más de tres años de

iniciado dicho gobierno, y a poco tiempo de aprobada, vía referéndum popular, la nueva Constitución de Bolivia, tras la gravísima crisis política e institucional apuntalada por la reacción oligarca de los departamentos de oriente, durante las sesiones de la Asamblea Constituyente, encabezados por Santa Cruz, ¿por qué volver sobre los movimientos “plebeyos” del ciclo 2000-2005?, ¿por qué no concentrarse en un estudio sobre la gestión del Movimiento al Socialismo (MAS) y los embates que ha tenido que enfrentar al interior del país e internacionalmente y, en todo caso, desde ahí destacar la trascendencia de la movilización de las clases trabajadoras?

La primera hipótesis que se debería plantear al proponer un estudio sobre estos cinco años de movilización en Bolivia es que dichos procesos corresponden a la crisis del modelo neoliberal y al igual que en otros países de la región, como Argentina, Ecuador, Brasil y Venezuela, los sujetos de la acción son también las clases trabajadoras y marginadas por el mismo sistema económico; y añadir también, que si se toman las calles y se derrocan presidentes es justamente porque el aparato estatal y la vía institucional están, en principio, cerradas u ocupadas por una elite política que se ha visto beneficiada de los mecanismos prebendales y clientelares a partir de los cuales se ha llevado adelante el desmantelamiento, en los últimos veinte años, de la maquinaria benefactora y redistributiva, construida en las décadas anteriores, y que mantenía cierto nivel aceptable de justicia social. Esto puede ser cierto, pero en definitiva, no resultaría suficiente.

Para la problematización del caso boliviano en el periodo que va del año

2000 al año 2005 es necesario tener un referente histórico mínimo que permita contextualizar las condiciones actuales de la sociedad boliviana y los posibles alcances de la movilización social en este país. Si se ha elegido estudiar esta periodicidad se debe a que en este lapso se han desarrollado profundos movimientos socio-políticos que se han propuesto una transformación sin precedentes en la historia republicana del país.

Como es bien sabido, la sociedad en Bolivia está marcada por sus fuertes raíces étnicas y por un “abigarramiento” estructural y superestructural que no hacen fácil visualizar a los sujetos políticos y sus procesos de conformación.

Los cambios estructurales generados a partir de la revolución nacionalista de 1952 modificaron de varias maneras la cartografía económica, política y social de las clases subalternas imponiendo, a la vez que se lograban conquistar ciertos derechos fundamentales (democráticos y liberales), una especie de “contrato social” en el que se implantó una nueva forma de dominación que hacía de campesinos y obreros la punta de lanza del clientelismo y paternalismo estatal. Una vez dado el giro neoliberal en 1985 se profundizaron los mecanismos de dominación y explotación que habían pervivido desde la época colonial. Esto es lo que podemos entender como neo-oligarquización, que por una parte afianza a las clases hegemónicas tradicionales que mantienen cierto grado de poder político y económico, como por ejemplo en La Paz y Cochabamba y, por otra, le da una fuerza definitiva a las nuevas clases hegemónicas que surgen amparadas por la política del Nacionalismo Revolucionario (NR) y como producto de la “corta hegemonía

neoliberal”, en el departamento de Santa Cruz, por ejemplo.

El giro neoliberal implicó también el repliegue del sujeto político que había distinguido y protagonizado las más importantes luchas democráticas en el país durante las décadas precedentes, a saber, el obrero de las minas de estaño y, de la forma organizativa que le dio sustento a sus luchas: la Central Obrera Boliviana (COB). Esto propició que la estructura política del Estado quedara en manos de la derecha neoliberal que, en un tiempo corto, logró imponer un modelo de dominación que clausuraba toda posibilidad legítima de representación popular.

En buena medida ello favoreció el contexto para que las clases subalternas diseñaran una territorialización propia, cuya forma ha variado en función de factores, tales como la migración interna y el establecimiento de grandes poblaciones populares en las periferias de los centros urbanos, o en toda una ciudad como El Alto, ajenas al territorio dominado por el Estado. De esta manera las comunidades indígenas, por medio de sus vínculos con lo popular, reaparecen como sujetos políticos capaces de ganar legitimidad entre las clases subalternas y conformar un nuevo bloque histórico en la disputa por la hegemonía.

De ahí que se sugiera que el gobierno del MAS, encabezado por el dirigente cocalero Evo Morales, deba ser comprendido en función de la acumulación de fuerza social y poder político que las clases subalternas han venido construyendo y conquistando en los años recientes.

De hecho, las posibilidades concretas que este gobierno puede tener para

continuar con los procesos de transformación social y para lograr afianzar una nueva hegemonía desde el aparato estatal, dependen en gran medida, todavía, de las decisiones que se toman a nivel de la base social y no de la cúpula política, lo cual nos obligaría a conocer más de fondo lo que ha venido sucediendo “desde abajo”.

CAPITULO I

Lo cotidiano como enfoque.

Toca en este capítulo presentar la parte teórica de la investigación que luego será puesta a dialogar con la historia y con el tiempo presente en los apartados siguientes. La forma en cómo desarrollo los argumentos teóricos está dada a manera de líneas de trabajo, esto es, sugerencias sociológicas sobre cómo abordar y articular los dos extremos conceptuales y problemáticos que planteo: la vida cotidiana como dimensión socio-política y la acción colectiva organizada que se expresa en forma de movimientos político-sociales.

Son fundamentalmente tres las líneas de trabajo que abro y problematizo y con las cuales pretendo hacer el planteamiento teórico sobre los movimientos socio-políticos de Bolivia. Cada una implica un problema sociológico y constituye una dimensión concreta en las experiencias que se han venido registrando en América Latina en los años recientes.

Así, por ejemplo, el problema de caracterizar a los nuevos sujetos sociales que se movilizan, representó en los años 90's un reto ante lo que se pensaba como la pérdida de horizonte de los movimientos radicales de años anteriores; igualmente el problema de por qué ciertas clases sociales se movilizan en determinadas circunstancias y no en otras, o parecen hacerlo sólo en coyunturas específicas, implica la necesidad de pensar los procesos a través de los cuales dichas clases se politizan; la construcción territorial es otro de los

objetos de estudio que han florecido en la academia, toda vez que movimientos como el zapatista, los piqueteros o los Sin tierra han mostrado que los lazos de pertenencia a un territorio, llámese caracol, asentamiento, fábrica recuperada o barrio, significa la posibilidad de la reproducción comunitaria y en ese sentido de construcción de espacios autonómicos.

Esas tres expresiones, son las que me interesa rescatar para tratar de explicar el ciclo de 2000 a 2005 en Bolivia, desde la perspectiva de lo cotidiano como una dimensión societal que mostraría la pertinencia de su articulación; pues me parece que, de esta forma es como mejor se puede lograr una explicación sociológica de estos fenómenos de acción colectiva.

La intención de anudar la revisión histórica de los “ciclos societales” de movilización popular en Bolivia desde 1952, con las experiencias que tienen su apertura durante el año 2000 en Cochabamba con la Guerra del Agua y que llegan, por lo pronto hasta donde he dejado la argumentación, a las elecciones presidenciales de 2005, requiere que se construya aquí el andamiaje teórico-sociológico a partir del cual abordo el concepto de vida cotidiana para que pueda desarrollar, desde esa perspectiva, el análisis propuesto.

En esta primera parte, entonces, se planteará la formulación teórica sobre la vida cotidiana que me permita hacer frente al estudio de los movimientos político-sociales teniendo como perspectiva la relación *memoria-crisis-utopía*, categorías socio-políticas que se asemejan a las de pasado-presente-futuro, pero que salen de la temporalidad lineal y muestran el lado procesual y dinámico de los fenómenos socio-políticos.

I.- ¿Qué es la vida cotidiana?

Más que intentar dar una nueva definición del concepto de vida cotidiana me interesa plantear cómo es que éste puede ser útil para comprender la acción colectiva expresada en forma de movimientos político-sociales y, a partir de ello, proponer ciertas articulaciones, siempre en el nivel abstracto, que serían las claves para ubicar la pertinencia de lo cotidiano como expresión del antagonismo social y, en ese sentido, articular dicho concepto con la experiencia concreta del caso que se analiza.

De cierta manera, existen ya suficientes elementos trabajados a partir de los cuales se puede lograr una articulación explicativa entre vida cotidiana y acción colectiva pero, hasta donde he alcanzado a cotejar, me parece que las referencias en torno a la relación entre vida cotidiana y la movilización y lucha política en particular pudieran ser todavía inacabadas, por cuanto que al hablar de vida cotidiana no se enuncian contenidos específicos o expresiones concretas en cómo esta dimensión de la vida social, colectiva, se manifiesta políticamente; la propuesta que hago en esta investigación al ofrecer una posible formulación de tal articulación, tiene que ver con la observación de un fenómeno concreto, es decir, histórico, que sería en este caso el repunte de las movilizaciones socio-políticas que han tenido lugar en los años recientes, en las que los sujetos sociales están redefiniendo las formas de hacer política, ampliando horizontes de transformación. De allí se deriva dicha preocupación teórica.

Lo cotidiano como “enfoque sociológico” de interpretación de la realidad,

tiene que partir, ciertamente, desde las dimensiones internas a todo *proceso societal* relacionando elementos históricos, culturales, políticos, materiales y subjetivos, que constituyen a una clase social determinada para definir la potencialidad y la densidad de la fuerza de masa materializada, en este caso, en las movilizaciones socio-políticas de los subalternos.

Visto así, lo cotidiano no es una dimensión omnicomprendiva de la realidad, pero es síntesis, sedimentación de experiencia social, de inestimable valor para el análisis sociológico. No es, desde el enfoque que me interesa proponer, microsociología de los movimientos socio-políticos, ni de las identidades que se expresan en ellos; si lo cotidiano se asume como parte sustancial de este enfoque de análisis se verá que es necesario plantear las relaciones entre lo “histórico y lo cotidiano”, entre aquello que aparece a la realidad de los hombres como autónomo e independiente de ellos y las prácticas por medio de las que sustentan su reproducción material y simbólica vital y que por realizarlas de manera “natural”, socialmente, dejan de ser asumidas como fundamentales en ciertos momentos para pasar a ser “rutinarias”. El hecho es que, si bien, la ciencia o la teoría, en un momento posterior a la acción, pueden hacer una separación entre lo ordinario y lo extraordinario y estudiarlos como tiempos y espacios sociales distintos, en la experiencia de los sujetos y de las clases sociales esto se experimenta como una suerte de *continuum* societal.

Hay más de un elemento que me permite afirmar tal argumento. En ese proceso de acumulación de experiencia, los sujetos sociales, construyen estructuras mentales y de conocimiento para apropiarse de la realidad física y simbólica; estructuras lingüísticas y discursivas que facilitan los intercambios

sociales; procesos de individuación e identificación colectiva, diferenciación identitaria entre el yo, el nosotros y ustedes. Todo ello, se dirá, es característico de toda formación social y, en estos términos abstractos, puede ser generalizable a cualquier fenómeno de relación intersubjetiva.

Pues bien, en este espacio me propongo llevar esa abstracción teórica a la confrontación con la realidad histórica de las clases subalternas en Bolivia, para ver de qué manera se realizan allí tales procesos y, valorar el alcance que los mismos han tenido en la movilización socio- política de los años recientes.

Otro elemento, de suma importancia, tiene que ver con la relación existente entre el presente como temporalidad social y el enfoque de interpretación sociológica, aquí propuesto.

La vida cotidiana es una dimensión en la que están sincronizadas de alguna manera las tres temporalidades fundamentales de todo proceso de construcción societal: pasado-presente-futuro. Como ya anticipaba, líneas arriba, me interesa nombrar estos tiempos de otra manera, para hacer explícito su alcance sociológico y político, además de su cualidad dinámica y procesual, no lineal, a saber, denominarlos como: memoria-crisis-utopía.

Sin obviar la discusión de fondo sobre la inmediatez o fugacidad atribuida a lo cotidiano, en comparación con ciclos o procesos de supuesta mayor complejidad y raíz estructural -debates que han derivado en una división al interior de la disciplina y en llamar a estos estudios como micro y macro sociología-³ arriesgo, al respecto, algunos argumentos que me sirven a la vez

³ Ver, por ejemplo, Mauro Wolf, *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, Ed. Cátedra, 1982.

de fundamento para lo que estoy proponiendo.

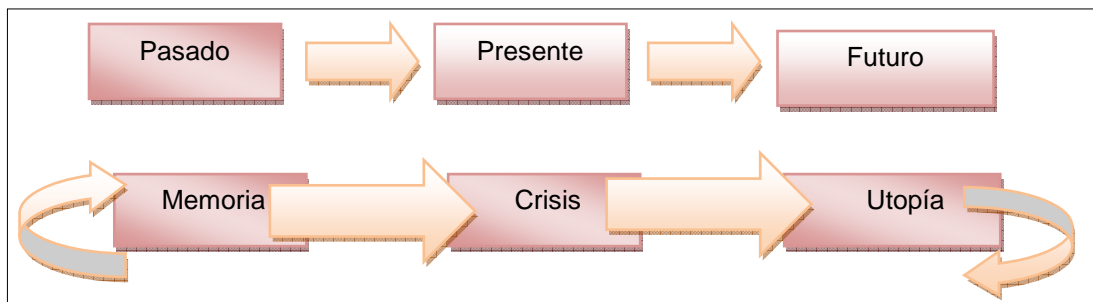
Me parece que es en el tiempo *presente* y, específicamente, en la forma de *crisis*, en donde la investigación sociológica tiene mucha mayor capacidad para acercarse a la realidad social y ofrecer conocimientos concretos sobre ésta. La idea de que la “crisis” sirve como un escenario privilegiado para el conocimiento de la realidad social está retomada de René Zavaleta. Él decía que:

La crisis es a la vez el desgarramiento y la universalidad. Las clases inertes o receptoras se escinden aquí de la unidad autoritaria, la sociedad se hunde hasta el tope mismo de sus relaciones de producción presentadas de una manera atrozmente desnuda a partir del hundimiento de su superestructura y, por consiguiente, la crisis alcanza a la universalidad de los sujetos del ámbito de la crisis, es decir, a todo el alcance político práctico de la sociedad y no solamente a los grupos integrados a los indicadores por cierto volátiles que se usan comúnmente para medir la participación.⁴

Tanto el pasado como el futuro se manifiestan con mayor o menor intensidad, como experiencia y como proyecto, en el plano presente y son irremplazables dentro de la lógica procesual en tanto que toda acción social, colectiva o individual, lleva consigo un motivo, un sentido y un fin que,

⁴ René Zavaleta Mercado, *La revolución democrática de 1952 y las tendencias sociológicas emergentes*. s/editor, s/lugar de edición, pág. 2. Ver también: Carlos F. Toranzo Roca, *La desproletarización e “informalización” y sus efectos sobre el movimiento popular*. En: Carlos F. Toranzo Roca y Mario Arrieta Abdalla, *Nueva derecha y desproletarización en Bolivia*. Dice Toranzo Roca: “La crisis no sólo son instantes de desarticulación de la economía, la política, o del conjunto del andamiaje superestructural; son también los momentos de verdad de una sociedad. Vale decir, se convierten en un instante de posibilidad cognoscitiva de los elementos que definen el contenido de la misma. El despliegue y profundización de los rasgos críticos puede facilitar la captación de la sociedad tal cual es, más aún, ayuda a disipar algunos velos que impiden interpretarla [...] Esto quiere decir que **no basta que la crisis exista para que la sociedad sea desentrañable**. Se necesita desplegar la ciencia social para cumplir este cometido...” pág. 121.

alcanzado o no, funciona como “horizonte de visibilidad”⁵ de los sujetos involucrados.



Debe quedar claro, pues, que al hablar de memoria-crisis-utopía y sugerir que tienen una cierta relación con las categorías más temporales de pasado-presente-futuro, no se pretende decir que su significatividad sea equivalente, es decir, memoria no sólo es el pasado, ni el presente es siempre crisis, ni todo futuro ha de llevar inscrito la aspiración de la utopía como liberación.

La idea es que memoria-crisis-utopía están dialécticamente relacionadas y que es a partir de ese encuentro que lo cotidiano adquiere una potencialidad específica, al ser una dimensión societal que está inmersa desde ya en el conflicto socio-político. Otra hipótesis, es que cuando el presente social, adquiere la forma de crisis o propiamente de conflicto socio-político, tanto la memoria como la utopía funcionan como ese horizonte de visibilidad que orienta la acción en el presente. Así, no es que la memoria sea sólo el pasado, sino una forma específica en cómo el pasado se rearticula en función de necesidades o

⁵ René Zavaleta Mercado, “El conocimiento social de América Latina”, En: Autores Varios. La Filosofía actual en América Latina, México, págs. 193-201.

de deseos concretos en un presente que reclama contenidos parciales o totales de ese pasado, que por cierto hace parte de una memoria colectiva; de los sentidos y direcciones específicas que tomen esos contenidos de la memoria compartida, es que se podrá dibujar un futuro específico y, entonces, la utopía cobra un valor propio, ya no como mera idealización de los tiempos por venir, sino del estado de cosas al que se quiere llegar como sociedad.

Aplicando esto a los movimientos político-sociales podríamos constatar, a mi parecer, la dinámica interna de estos procesos, poniendo a girar en torno a la dimensión de lo cotidiano que encierra de por sí una cierta historicidad y subjetividad, categorías como resistencia, subalternidad, antagonismo, lucha de clases que, aluden a la politicidad y al conflicto y, así, hacer observable el presente y la crisis, en donde la lucha social adquiere su fuerza y direccionalidad específica, permitiendo también “distinguir lo viable de lo puramente deseable”.⁶

Boaventura de Sousa Santos plantea la necesidad de rescatar la multiplicidad de experiencias sociales existentes en el presente, a partir de un proyecto teórico que ha llamado “sociología de las ausencias” y “sociología de las emergencias” que tiene que ver justamente con poner atención en aquellas prácticas sociales que han pasado desapercibidas a la racionalidad occidental. Tal omisión, deliberada o velada, está dada por ciertas características de esta forma de racionalidad que, en su necesidad de dominación y control de las fuerzas productivas y de sumisión y homogeneización de formas alternativas de

⁶ Hugo Zemelman, *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. México, COLMEX, 1997, primera reimpresión, pág. 17.

relaciones sociales que no se inscriben en los parámetros de la modernidad capitalista, contrae el tiempo presente hasta hacerlo inaprensible (razón metonímica) y expande el futuro hasta convertirlo en una masa inconmensurable trasladando hacia éste las promesas de transformación negadas en el presente (razón proléptica). Para contrarrestar esta tendencia, el autor propone una nueva razón cosmopolita, que no pretende unificar sino reconocer la multiplicidad de racionalidades existentes, y que justamente “seguirá la trayectoria inversa: expandir el presente y contraer el futuro [...] pues “sólo así será posible evitar el gigantesco desperdicio de la experiencia” generada por las sociedades y los sujetos que las conforman.⁷

Ningún proyecto político de transformación social, radical, conservador o reaccionario, llámese, capitalismo, populismo, socialismo, anarquismo, o comunismo, incluso el fascismo, tiene alguna posibilidad de realización concreta en tanto se mantenga como programa externo a la lógica societal de los subalternos desde la esfera de su reproducción cotidiana. Debe existir, al menos en forma esbozada o poco definida, en la práctica concreta y en la conciencia de las clases populares para lograr engarzarse con éstas de forma duradera.

⁷ Boaventura de Sousa Santos, *El milenio huérfano*, Madrid, Trotta, 2005, págs. 151-192; Del mismo autor, “La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes”, en: *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)*, Buenos Aires, CLACSO, págs. 13-41. Sin ánimo de inscribir estas líneas en los parámetros del proyecto propuesto por Boaventura, proyecto que de por sí implica un trabajo a penas prefigurado, me resultan interesantes y útiles las sugerencias sobre expandir epistemológicamente el presente para observar las experiencias sociales existentes. Con ello, puedo proponer aquí, que lo cotidiano puede servir como una de esas herramientas metodológicas que permiten expandir el tiempo presente y contraer el futuro, sin llegar al extremo, como tampoco sucede con este autor, de negar los procesos de transformación social radical sino en el sentido de rastrear en dicha temporalidad los elementos concretos que hacen posibles tales procesos de transformación.

Así pues, lo cotidiano como método de observación del *presente social*,⁸ tendría la ventaja de contener empíricamente los elementos que revelan la densidad, es decir, la cualidad o potencia que las clases subalternas suelen rebelar en las coyunturas de lucha.

Obediencia y rebeldía no son, en el alma de los seres humanos, disposiciones abstractas. La afirmación de la dignidad, del respeto a uno mismo y a los otros, que está en todo acto de insubordinación – sea bajo la forma abierta de la rebelión o bajo las formas ocultas de la resistencia– sólo puede expresarse, y no de otro modo, desde aquellos entramados simbólicos que conforman esos mundos de la vida en que las clases subalternas viven e interpretan el acontecer de cada día. Su politicidad se conforma históricamente desde la propia experiencia y en interacción con las dominaciones que resisten y a las cuales le imprimen también su forma. Sus ideas y su actividad política no se conforman en la proyección de sociedades futuras ni en la adopción de una conciencia que les es traída desde afuera, sino en su propia experiencia, politicidad y cultura.⁹

Ahora bien, el verdadero reto de esta formulación recae en cómo articular ese presente social con el pasado y el futuro, con lo dado y con lo posible, para que lo cotidiano sea, en efecto, un punto de observación sociológico de los procesos de movilización socio-política. Por lo que es específicamente en la forma crisis del presente social en como el trabajo de esta disciplina puede contribuir a construir conocimientos sobre la realidad. El uso que le doy a la categoría de crisis refiere a dos nociones que aquí planteo como complementarias:

⁸ Teresa Rodríguez de la Vega, Tesis de licenciatura, *Crítica y complejidad: límites y desafíos del pensamiento teórico en Sociología*, México, s/editor, págs. 19-57.

⁹ Adolfo Gilly, Raquel Gutiérrez, Rhina Roux, “América Latina: mutación epocal y mundos de la vida”, en: Eduardo M. Basualdo y Enrique Arceo, *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*, pág. 112.

1) Por una parte, al permanente conflicto de clases, característico del modo de producción capitalista y que en estos años neoliberales ha sido un factor estructural determinante, para el repunte de las luchas emancipatorias más recientes. No tener en cuenta esta condición conflictual enraizada en la matriz material-productiva de las sociedades contemporáneas no permitiría en absoluto avanzar en la propuesta, pero convertirla en el eje de ésta, haría perder de vista el sentido de la misma. Este es el enfoque dado por el materialismo histórico al desarrollo de las sociedades modernas, que logra a partir del estudio de procesos estructurales generales de los sistemas productivos identificar y diferenciar los periodos de acumulación y expansión relativamente homogéneos de aquéllos que expresan franco estancamiento, si bien se insiste desde este enfoque que *la crisis es consustancial al propio desarrollo capitalista y que la estabilidad no refleja sino el incremento de la explotación.*

2) Un segundo significado de la categoría de crisis nos lleva a reflexionar sobre las diversas manifestaciones que el conflicto de clases asume en el contexto actual de sociedades como las latinoamericanas, y en particular en Bolivia, en donde el abigarramiento¹⁰ y la morfología multisocietal¹¹ abren y multiplican los horizontes de expresiones de la explotación y la dominación, así como también las posibilidades de lucha y transformación (cap. 2 y 3). La idea va en el sentido de que la crisis, lejos de ser una expresión extraordinaria de la vida social es, en realidad, el motor constitutivo de ésta, materializándose desde la misma vida

¹⁰ René Zavaleta, "Las masas en noviembre", en: René Zavaleta (comp.), *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI Editores, 1983, Pág. 17.

¹¹ Luis Tapia, *La condición multisocietal*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2002, Pág. 10.

cotidiana por cuanto que es desde ahí que se resiente en sus manifestaciones más diversas. Ello nos recuerda las palabras de Walter Benjamin en las que decía que “la tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el «estado de excepción» en el que vivimos”,¹² lo que demuestra que es la crisis, y no la estabilidad, el motor de las transformaciones al estar desde ya articulada con los procesos de subjetivación política.¹³

Ambas acepciones del concepto sugieren que la crisis es permanente, que es parte del presente social como temporalidad y dimensionalidad del conflicto social; como digo, una me sirve para mirar los procesos estructurales-generales y la otra para apreciar la dimensión subjetiva de la acción colectiva y de la lucha política. Ambas tendrían un encuentro específico en lo cotidiano, en tanto que ésta es una dimensión necesaria de interpretación de la realidad social.

Bolivia, por ejemplo, fue uno de los primeros países latinoamericanos en los que las políticas neoliberales se pusieron en marcha con la pretendida finalidad de salvarle de una profunda crisis económica. El reordenamiento a la manera del neoliberalismo se manejó no sólo como la mejor opción para la economía boliviana sino como la única posible, tal como lo expresó en su momento el presidente Paz Estenssoro con la sintomática frase: “Bolivia se nos muere.”¹⁴

¹² Walter Benjamin, Tesis de filosofía de la historia. Disponible en: <http://www.elabedul.net/Documentos/Tesis.pdf>

¹³ Sobre decir que es en Marx donde se ponen por delante el conflicto y la lucha como motores de la historia y es a partir de él también de donde se retomaría la idea de que tal lucha es llevada adelante por las mismas clases oprimidas y explotadas y por sus organizaciones desafiando así los tiempos que corren en los que se niega, a priori, la posibilidad de profundas transformaciones políticas fuera de los parámetros impuestos por las democracias representativas, o en todo caso, que no sean conducidas por los partidos de las clases hegemónicas.

¹⁴ Citado en Hugo José Suárez, *Bolivia: país rebelde*, México, El Colegio de Michoacán, 2007, Pág. 24.

Esa frase lleva la mitad de verdad, porque no se podría negar que una cierta forma de cómo había sido Bolivia hasta entonces murió en esos años, pero también se puede afirmar, que en los años posteriores se logra constatar un profundo proceso de recuperación de prácticas “comunitarias”, muy ligadas a la lógica de participación indígena y popular, hasta que todo ello se hizo evidente con el ciclo de rebeliones iniciado en el año 2000, como lo analizaré más adelante.

Ahora bien, entendiendo que la *crisis* es una forma de manifestación de la estructura económica, cuya característica principal es la conservación de la hegemonía, y también es el contexto de construcción subjetiva de las clases sociales, por cuanto que es desde ahí que éstas tienen que configurar y significar el mundo, es necesario preguntarse cómo es que *lo cotidiano* puede pensarse también como una dimensión del conflicto socio-político.

La hipótesis es que la vida cotidiana, si bien no encierra la complejidad de la vida social, es la dimensión que sirve de sustento para los proyectos de transformación, porque es desde ahí dónde éstos cobran un significado específico –si bien inacabado- y representa también la posibilidad de que dichos proyectos vayan cobrando materialidad. Por ello es que, según los argumentos plateados aquí, no es que se piense que lo cotidiano es desde ya una dimensión politizada y ocupada por sujetos conscientes de su lugar en la historia; es verdad que existen *acontecimientos* o *momentos de la crisis* que rebasan los alcances explicativos de lo cotidiano y que obligan a replantear sentidos, contenidos y conocimientos hasta ese momento asumidos como invariables, pero tal crítica habrá de encontrarse nuevamente con lo cotidiano para poder

ser verificable en la experiencias concretas de los sujetos, y quizá ampliar de esa forma el propio acervo de conocimiento. Me parece que es eso lo que, podemos entender, siguiendo de nuevo a Zavaleta, como “acumulación en el seno de la clase”, es decir, el proceso por medio del cual las clases sociales parten de la crítica del conocimiento para elaborar y definir un nuevo rumbo mediante su acción social.

Aquí hablamos de las consecuencias colectivas del conocimiento aunque también del papel de la masa en la proposición de las hipótesis sociales en explotación de su propio horizonte de visibilidad [...] La propia experiencia vital dice que la clase es su colocación estructural o económicamente estratégica más su propia historia, intimidad o acumulación, es decir que debe *constituirse* aun para ser lo que ya es en potencia, construir su acto. En otros términos, eso que llamamos clase en sí es algo que puede ocurrir o no, según la naturaleza de los actos de los hombres aunque es cierto que es imposible al margen de su marco estructural.¹⁵

La complejidad de ese proceso de constitución de la clase será algo que nos acompañará en la discusión sobre las luchas de las clases subalternas en Bolivia, pues se verá que esos acontecimientos, que trastocan el entramado de las relaciones cotidianas, pueden ser actos de distinta índole –moral, política, ética o económicamente perjudiciales- y las respuestas que se elaboran frente a ellos dependerán pues de esos recursos compartidos y transmitidos como conocimiento de sentido común.

¹⁵ René Zavaleta, op.cit., pág. 43.

1.2.- El sentido común y la conciencia como formas de antagonismo.

El sentido común, no responde a su nombre por el simple hecho de ser inacabado u ordinario, errático o impreciso, sino por ser conocimiento compartido y producido socialmente, y aunque ello no nos aporte ningún dato concluyente nos coloca ya sobre una plataforma fundamental y nos abre un puente (de camino) que une a este concepto con el de conciencia. En este sentido, se puede decir sin riesgo de exageración que el sentido común, es el tipo de conocimiento por medio del cual las clases sociales se constituyen como fuerzas antagónicas, conocimiento que les permite apreciar las diferencias estructurales que les separan desde la esfera de la producción material en explotados y explotadores.

La primera línea que propongo, para recorrer de forma abstracta ese puente, es de tipo metodológico, es decir, de cómo se plantea aquí el acercamiento sociológico a la vida cotidiana. Ágnes Heller, socióloga marxista, apunta:

La vida cotidiana es la vida de todo hombre. La vive cada cual sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo intelectual y físico [...] En ella se ponen en obra todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías.¹⁶

Partir desde el dato concreto de la división social del trabajo es indispensable para no distanciar el concepto de vida cotidiana de la matriz de

¹⁶ Ágnes Heller, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Barcelona, Grijalbo, 1972, Pág. 39.

división de clases sociales existente en toda sociedad capitalista contemporánea, central o periférica, y en cuyo seno es como nuestro concepto adquiriría un sentido político específico.

Lo que tenemos que hacer entonces es, por una parte, poner atención en las características estructurales/concretas de esos sujetos para saber con cierto margen de precisión ese lugar que les es impuesto en la división del trabajo y, por otra, averiguar qué tipo de capacidades, sentimientos, pasiones, ideologías, etc., ponen en obra y con qué grado de *intensidad*¹⁷ lo hacen, asumiendo que a partir de esos códigos compartidos y transmitidos en forma de conocimiento de sentido común las clases sociales, y los sujetos que las componen, priorizan sus necesidades. Debemos por tanto movernos entre una apreciación que se desprenda a partir del hecho concreto y que nos permita acercarnos a la dimensión subjetiva de la vida cotidiana, dimensiones que evidentemente no se excluyen en tanto que ambas son reales y porque la relación que las une es dialéctica y no lineal.

Este primer punto metodológico obliga al estudioso de la vida cotidiana a permanecer en una actitud crítica y alerta respecto de la experiencia concreta de los movimientos político-sociales y nos previene así de evitar cierto tipo de determinismos abstractizantes, por ejemplo, del tipo de aquellos que quieren encontrar condiciones revolucionarias en todo lugar en el que existen relaciones objetivas de explotación y, peor aún, del tipo que niega toda posibilidad emancipatoria a pesar de que estas relaciones sean evidentes. Además, este

¹⁷ "Intensidad es violencia, fuerza, potencia, profundidad con la que ocurre algo." Raúl Prada Alcoreza, *Largo Octubre*, La Paz, Plural editores, 2004, Págs. 21-22.

método de interpretación propuesto nos permite acercarnos a “lo molecular” como “substrato de los acontecimientos”, tal como lo afirma Prada Alcoreza, a esas finas tesituras que muchas veces se escapan a los macro-relatos de los movimientos político-sociales y no quedarnos solamente con la figura final del fenómeno, “como si este producto terminado hubiese estado ahí, desde siempre, esperando a que alguien lo descubra.”¹⁸

En una sociedad subdesarrollada, como lo es la boliviana, el análisis de los fenómenos políticos de transformación ligados a la lucha popular que se ha movilizado en los años más recientes, no puede basarse únicamente en la descripción de las estructuras de producción para encontrar la explicación de la complejidad de dichas luchas, aunque desde luego no se puede obviar la fuerza determinante, de lo estructural. Ahora bien, si se liga a ese tipo de enfoque uno más que ponga la atención en lo molecular, o en la “narrativa interna de la clase”¹⁹ para descubrir los procesos de constitución y despliegue del *potencial antagónico de los subalternos* antes de que éste se haga evidente en la rebelión abierta, la vida cotidiana pasaría a ser una dimensión societal mucho más trascendente que el mero espacio de la reproducción acrítica del conocimiento y las prácticas adquiridas.

Sin embargo, este primer punto implica ya un problema que no podemos abordar en profundidad aquí y que tiene que ver con analizar rigurosamente todos los cambios efectuados en las estructuras económicas y productivas de

¹⁸ Raúl Prada Alcoreza, Los movimientos moleculares de la Multitud. Disponible en: www.herramienta.com.ar

¹⁹ Álvaro García Linera, *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, La Paz, Diakonia/Oxfam, 2005, Pág. 42.

nuestras sociedades, específicamente los relacionados con el mundo del trabajo, a raíz de la reciente fase de la globalización capitalista para conocer con precisión los datos recientes sobre la división social del trabajo.

Lo que sí es relevante señalar, y ésta es una segunda línea de trabajo que planteo, es la cuestión referente al sujeto que actualmente se moviliza. Conceptualizar al sujeto de la acción por lo general resulta útil para conocer sus definiciones estructurales y subjetivas, por lo que este problema no es menor.

Creo que hay cierto consenso, más allá de las distintas interpretaciones teóricas que se hagan, de que el movimiento obrero y sus organizaciones a nivel mundial, pero desde luego en algunas regiones más que en otras, han entrado en una suerte de repliegue táctico en la disputa pública del poder político desde hace ya varios años. No es desde luego dable derivar de ello que este movimiento está totalmente derrotado y mucho menos desaparecido por completo. Es más, hay que reconocer que la capacidad antagonista de los sectores populares actuales se debe en buena medida a las condiciones de posibilidad generadas por aquél. La presencia del potencial emancipatorio del movimiento obrero pervive en muchas experiencias recientes, particularmente en las que tienen vínculos francos con la lucha por el trabajo y desde el trabajo y con los bienes que éste genera, como una especie de referente histórico que provee de un “acervo de conocimientos a mano”²⁰ materiales y simbólicos que se reactualizan en función de las necesidades y de los objetivos actuales. En el capítulo siguiente expongo, por un lado, algunas de las causas estructurales

²⁰ Alfred Schutz y Thomas Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 2003.

que propiciaron la debacle del movimiento obrero y sus consecuencias en el plano de lo político organizativo e ideológico, y por otro, el grado de importancia que aún tiene la lógica de organización sindical entre las clases subalternas en Bolivia y la forma en cómo ésta se ha articulado, no sin pocas tensiones, con otras formas de organización política.

La cuestión a indagar es: qué *forma de expresión* asume entonces el sujeto radical de los movimientos político-sociales contemporáneos en Bolivia.

Las condiciones prevalecientes de dominación/emancipación por lo menos hasta finales de los 80's²¹, nos habituaron a pensar, en algunos casos acriticamente, en la "clase" como referente por excelencia de identificación, organización y lucha. Los discursos simplones, teóricos, políticos e ideológicos, que se apresuraron en decretar el "fin de la historia" pretendían deliberadamente negar, desde una postura triunfalista, las álgidas e irreconciliables contradicciones de clase imperantes en las sociedades, centrales y periféricas, y con ello legitimar, desde lo cotidiano como bastión de la normalización, las nuevas y viejas relaciones de explotación y dominación.

El concepto "clase" es en primer instancia la tipicidad, reduccionista en ese sentido como todos los conceptos de las ciencias sociales, de las relaciones sociales asimétricas que arrancan de la esfera de la producción y de la extracción de plusvalía y que divide, irreconciliablemente, a trabajadores y propietarios, a una pléyade de sujetos marginales (plebeyos, excluidos, oprimidos, etc.) que se juegan la sobrevivencia en la sociedad sin más posesión

²¹ En Bolivia, 1985 es la fecha clave en la que el movimiento obrero encuentra un límite que ya le será insuperable en tanto que movimiento representativo de los intereses políticos de los subalternos. Ver, cap. 2 y 3.

que su inteligencia, creatividad y sus capacidades físicas, de aquellos que controlan y disponen de los medios de producción y de los mecanismos a través de los cuales aseguran su reproducción como clase hegemónica.

Ahora bien, los sujetos clásicos de la “forma clase” eran los obreros asalariados, si con ello entendemos los trabajadores que vende su fuerza de trabajo como único medio de subsistencia, ubicado generalmente en los centros urbanos y que luchaba contra otros sujetos, otra clase, los burgueses, con características propias y evidentemente contradictorias a las suyas, el ser los dueños de los medios de producción, por el control total del Estado, porque éste representaba la cristalización histórica de los intereses de la clase hegemónica. Estos conceptos teóricos tenían un referente más preciso en los países industrializados pero como sabemos, en los países en los que el desarrollo industrial se impuso por la vía del colonialismo y el imperialismo las formas asumieron desde el principio una heterogeneidad mayor: esto es que, la fuerza de trabajo no estaba circunscrita ni única ni principalmente en el proletariado industrial y los dueños de los medios de producción no eran tampoco únicamente los burgueses de los centros urbanos. Conceptos como el de “colonialismo interno” y el de “formación social abigarrada”, aún vigentes y elaborados desde la periferia, dan cuenta de esos procesos de dominación y sobre-posición de elementos económicos, sociales y culturales.

Los movimientos político-sociales actuales, por tanto, no pueden ser comprendidos únicamente con las características del movimiento obrero que se desarrolló y luchó en América Latina durante casi todo el siglo XX pero, definitivamente, sí con la “forma clase” en tanto la sustanciemos, le demos

contenido con las energías y potencialidades emancipatorias que nos rodean. Si la “forma clase” es hermenéuticamente útil aún se debe a que las relaciones de explotación persisten, aunque se hayan difuminado, y porque *la negación de los sujetos subalternos a éstas sigue dándose en la lucha contra ellas*, aunque sus formas de organización para la lucha se hayan diversificado también.

La “forma clase”, como tipicidad de los marginales, engloba actualmente a una gran diversidad de sujetos, todos los cuales, desde sus marcos de acción e interpretación en y del mundo, luchan al movilizarse por transformar las condiciones que niegan su libertad.²²

La vida cotidiana cobra entonces una vitalidad renovada e inusitada al volverse el punto en el que la dominación se hace más aguda y desde donde los sujetos se resisten y rebelan. La vida cotidiana en el barrio, en la comunidad, en el municipio, no es sólo el espacio/temporalidad de la “reificación” sino primordialmente de la “insubordinación”,²³ lo cotidiano –dice Boaventura de Sousa Santos– deja de ser una fase menor o un hábito descartable para pasar a ser el campo privilegiado de la lucha por un mundo y una vida mejores.²⁴

La vida cotidiana es una categoría estructural y en ese sentido estructurante. Al ser la “suprema realidad” se logra imponer a la “conciencia de forma masiva, urgente e intensa en el más alto grado”.²⁵ Sin embargo es el

²² Sobre más elementos de la “forma clase”: Sergio Tischler, “La forma clase y los movimientos sociales en América Latina”, OSAL, *Observatorio Social de América Latina*. Año V N° 13, enero-abril, Buenos Aires, CLACSO, 2004.

²³ Véase: Sergio Tischler. “Tiempo de reificación y tiempo de insubordinación”, en: *Memoria, tiempo y sujeto*, Guatemala, BUAP/F&G editores, pp. 151-174.

²⁴ Boaventura de Sousa Santos, “Los nuevos movimientos sociales”, OSAL, *Observatorio Social de América Latina*, Septiembre 2001. pp. 177-184

²⁵ Berger y Luckmann, *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 2005,

mundo por excelencia de la intersubjetividad, de ahí que se sugiera que es imposible, o al menos resulta fragmentario, tratar de entender a los movimientos político-sociales actuales sin prestar atención a la gestación de las subjetividades radicales que tienen como ámbito primero a la vida cotidiana.

1.3.- Construcción y apropiación de la territorialidad política-societal.

La tercera línea que expongo va en este camino. Es de hecho una línea que tiene dos bifurcaciones problemáticas. Por un lado, hay que distinguir las nuevas territorialidades en las que se desplazan estos movimientos; por otro, hay que consignar la “intensidad”, racional a la vez que emotiva, con que los sujetos crean nuevas formas de subjetividad y de relacionalidad política.

La cuestión de la territorialidad tiene que ver aquí con espacios materiales que le dan sustento a las luchas, al sitio en el que se expresan y al valor simbólico que se alberga allí.

Como ya señalé anteriormente, si las características del movimiento obrero, en su mayoría, ya no comprenden a los movimientos antagonistas actuales, es dable sugerir que el espacio, en este caso el territorio, que le dio cabida haya sido también desbordado. Importa mucho que apreciemos las mutaciones en los sujetos provocadas por el trastocamiento en los espacios que *habita* entre otras cosas, porque cambian los referentes y los recursos inmediatos lo cual a su vez repercute en los procesos de más larga duración. Dice Zibechi:

El arraigo territorial es el camino recorrido por los Sin Tierra, mediante la creación de infinidad de pequeños islotes autogestionados; por los indígenas ecuatorianos, que expandieron sus comunidades hasta reconstruir sus ancestrales "territorios étnicos" y por los indios chiapanecos que colonizaron la selva Lacandona.²⁶

La territorialidad, por otra parte, se construye, no sólo se asimila; es decir, hablamos de lugares materiales pero sabemos que éstos sólo pueden ser relevantes en términos de lucha política, y en general en cualquier ámbito de la reproducción social, en tanto que en torno suyo se teje permanentemente una significatividad específica que los incorpora, desincorpora, conserva o transforma a una cierta identidad colectiva.

Si bien el concepto de *territorio* remite a una definición espacial (una porción de la superficie terrestre), la existencia de *territorios* no depende de un simple ejercicio cartográfico de delimitación y definición de fronteras sino que su existencia y demarcación resulta de que en determinado espacio material un grupo humano realice una actividad. Dicho en otras palabras es el uso (material y simbólico) del espacio (la apropiación social) lo que delimita las fronteras y define los territorios y no la relación inversa.²⁷

Seguramente para los obreros industriales la fábrica representaba mucho más que el sitio de la extracción de plusvalía, en parte porque allí era donde ésta se asimilaba como parte de un proceso de explotación que además se

²⁶ Raúl Zibechi, "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", en: *OSAL, Observatorio Social de América Latina. No. 9 (ene. 2003). Buenos Aires, CLACSO.*

²⁷ Mariana Elkish, "Zapatistas y Sin Tierra: Territorio y Movimientos sociales." Ponencia presentada en el XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, agosto de 2007.

continuaba fuera de la fábrica en la esfera de la circulación. Igualmente hoy los “caracoles”, “los campamentos y los asentamientos”, “las fábricas recuperadas”, “los ayllus” o los “barrios alteños” y “los barrios en los suburbios bonaerenses” se vuelven espacios de la prolongación societal y se incorporan como elementos imprescindibles para la producción-reproducción de lo cotidiano como dimensión socio-política de la realidad social.²⁸ Porto Gonçalves lo expresa así:

Dentro del actual contexto de reorganización social, surgen nuevas formas de territorialidad redefiniendo la funcionalidad de las territorialidades heredadas, entre las que se encuentra el Estado nacional. De nuestra parte, creemos que las territorialidades son instituidas por sujetos sociales en situaciones históricamente determinadas que condicionan los caminos posibles (bifurcaciones) del devenir histórico.²⁹

La *territorialización del conflicto socio-político* es pues, una de las características fundamentales de los movimientos socio-políticos contemporáneos en América Latina y en el caso boliviano este proceso ha tomado dimensiones importantísimas dado que la supresión de los poderes estatales por parte de los sectores populares movilizados se tejió en buena medida en base a los vínculos hondos que dichos sectores habían logrado enraizar en los territorios sublevados, como en el caso de la ciudad de El Alto.

Las subjetividades y las formas de relacionalidad política a las que hice

²⁸ Para una referencia rigurosa de la importancia de la territorialidad y las formas de lucha, específicamente en el caso argentino, véase: Maristella Svampa. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005, pp. 346.

²⁹ Carlos Walter Porto Gonçalves, *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI editores, 2001, págs. 81-82.

alusión anteriormente se materializan en discursos, demandas, formas organizativas y participativas, se definen o se aclaran en la lucha. Es en la lucha, o en la crisis, y no antes que podemos conocerlas y no porque no existan previamente, por ejemplo en forma de “infrapolítica” o de “discurso oculto”,³⁰ sino porque hasta ese momento despliegan su potencial crítico y hacen evidente su forma. Por tanto la intensidad que asume la dimensión de lo político en ellas resulta particularmente reveladora de la potencialidad emancipatoria a la que me he referido antes, y de la noción de poder que se pone en juego frente y contra el Estado, según los casos.

Una interpretación sesgada de la política, pero hegemónica, es la que encierra a esta actividad dentro de los límites de las instituciones de representación formal. Según esta lectura las opciones de participación se reducen a los tiempos electorales en los cuales la “sociedad civil”, es decir, la sociedad no política, hace un uso racional y funcional de sus libertades políticas, sin importar que éstas hayan sido conquistas de luchas anteriores. Ateniéndonos a esa forma procedimental está claro que lo político no tendría nada que ver con lo cotidiano en tanto que serían ámbitos de acción muy distanciados.

Sin embargo, los movimientos político-sociales actuales muestran otra posibilidad de entender lo político. La política se ha vuelto cada vez más dentro de estas experiencias una praxis societal que integra y proyecta las necesidades colectivas. Es en estos casos cuando lo político se combina con lo

³⁰ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ed. Era, 2004, primera reimpresión, pp.314.

cotidiano para obtener fuerza y sentido determinados. Lo político está presente en lo cotidiano de dos maneras, según Bolívar Echeverría:

Primero de una manera real, es decir, en calidad de actividad especialmente política, que prolonga ese tiempo extraordinario y hace de él una permanencia paralela en medio del tiempo cotidiano [...] en un sentido, completa y en otro prepara la acción transformadora de la institucionalidad social, propia de las grandes ocasiones de inflexión histórica. Y segundo [...] lo político se hace presente en el plano imaginario de la vida cotidiana bajo el modo de una ruptura igualmente radical, en unos casos difusa, en otros intermitente, del tipo de realidad que prevalece en la rutina básica de la cotidianidad.³¹

Este es, desde luego, un proceso que va a contracorriente porque la tendencia general de la sociedad moderna promueve un individualismo anárquico que insiste en separar a los sujetos de la toma de decisiones colectivas. Los discursos incluyentes, las prácticas asamblearias, la democracia participativa y las organizaciones horizontales, entre otros, han sido los mecanismos mediante los cuales estos movimientos encaran las adversidades a las que los enfrentan los sistemas políticos, las mismas que los contraponen con ellos.

Los movimientos político-sociales han caminado cada vez más de la resistencia a la confrontación, de lo contestatario a lo constructivo, del “poder de veto”³² al poder instituyente. De cualquier manera me parece que es arriesgado

³¹ Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI editores, 1998, págs. 78-79.

³² El “poder de veto” supone una capacidad desestructurante, una energía negativa de los movimientos sociales que se oponen y resisten a la embestida neoliberal que pretende llevar adelante proyectos que afectan de manera directa los intereses concretos de las clases trabajadoras. Esta es una capacidad que en su seno contiene múltiples posibilidades

afirmar que estamos ante el inicio de la refundación de la política o de la democracia como sistema. Debe tenerse en cuenta que hay contradicciones al interior de los movimientos en este nivel político que no dejan de representar debilidades y riesgos, como pueden ser el sectarismo o la incapacidad para leer a tiempo las coyunturas e inflexiones del sistema político.

Además, está claro que hay diversas apuestas que en algunos casos llevan a los movimientos a participar de la vida política institucional, ya sea convirtiéndose en partido ya sea formando un partido que funciona como “instrumento” de las clases populares y, en otros casos renuncian a la lógica partidista y buscan otro tipo de alianzas “desde abajo” lo cual implica procesos más lentos y sinuosos. En cualquiera de los dos casos se puede constatar que la capacidad de inclusión hacia otros sectores de la sociedad varía y por ende, la acumulación de fuerza política y de construcción de poder son también distintas. El caso del movimiento indígena-popular en Bolivia y del EZLN en México, me parece, son ejemplos claros de estas variantes.

Ahora bien, la territorialidad y la politicidad se conjugan de manera fundamental en los movimientos político-sociales latinoamericanos en tanto que sus prácticas se perfilan cada vez más como capacidades autonomistas. En el caso de los movimientos que critican la legitimidad del Estado en alguna de sus funciones principales como la garantía al trabajo, a la vivienda, la salud o la educación, han tenido que asumir ellos mismos la responsabilidad de llevar

transformadoras, si bien expresa incipientemente la politicidad de los subalternos, pues la resistencia es sin duda el paso obligado del antagonismo y tendencialmente de la autonomía. Ver: Raquel Gutiérrez Aguilar, “Perspectivas de la emancipación social a partir de los levantamientos y movilizaciones en México y Bolivia”, ponencia presentada en el Coloquio Internacional *Imperio y Resistencias*, UAM-X, octubre de 2005.

adelante proyectos de desarrollo social participativo y construir redes de solidaridad que les permitan buscar medios de crecimiento material.

Desde sus territorios, los nuevos actores enarbolan proyectos de largo aliento, entre los que destaca la capacidad de producir y reproducir la vida, a la vez que establecen alianzas con otras fracciones de los sectores populares y de las capas medias.³³

Es decir, en estas territorialidades, los movimientos construyen espacios autonómicos que les permiten a la vez manejar distintos grados de “poder político” que sirve como recurso de la resistencia y que pueden ser un recurso de muy larga duración, como en el caso de las comunidades indígenas del Altiplano boliviano, pero que también resulta fundamental en las crisis de rebelión abierta por cuanto que ese poder político previo puede alcanzar a dinamizarse e intensificarse en la lucha hasta alcanzar el horizonte del poder estatal.

Recapitulando.

Partir de lo cotidiano como enfoque de análisis de los movimientos sociales implicaría reconocer tres dimensiones articulantes que constituirían el núcleo de la propuesta:

³³ Raúl Zibechi, *op. cit.*

1. Distinguir las distintas territorialidades que dichos sujetos construyen, habitan, reconocen como propias y a partir de las cuales se podrían llegar a erigir como sujetos antagónicos.

2. Sujeto y territorio, en tanto dimensiones subjetivas y objetivas, se relacionan dialécticamente, en el caso que me interesa, es decir, en los movimientos sociales, mediante la política como praxis societal, no ya como profesión ni como actividad propia de espacios u organizaciones específicas, sino como prolongación de la misma vida cotidiana.

Así, se puede decir que la vida cotidiana constituye una dimensión fundamental en el proceso de politización de las clases sociales movilizadas, pero, entendiendo que la vida cotidiana es heterogénea, deben buscarse los mecanismos a partir de los cuales dicha movilización se materializa y cuyos vestigios son evidencia concreta de dicho proceso.

CAPITULO II

Las razones históricas

El segundo objetivo de esta investigación corresponde a un nivel de análisis histórico. Se trata de articular dialécticamente distintos momentos de una misma totalidad que sin embargo habrá que considerar por separado para ordenarles según el objetivo, a saber, el de conocer la historia de lucha de las clases subalternas en Bolivia a partir de la revolución nacionalista-popular de 1952. No se piense que esto responde a una mera justificación empirista sino que, en efecto, para discutir la condición actual de la movilización popular en Bolivia es imprescindible conocer, como mínimo, ciertos episodios fundamentales que fueron formando lo que podríamos llamar la memoria histórica, el acervo de experiencia y de lucha, de estas clases desde la fecha mencionada y que resulta determinante en el contexto de movilización y lucha más reciente.

Y sin embargo, decir que pretendo conocer la historia de las clases subalternas bolivianas es en verdad una tarea que no estoy en condiciones de cumplir satisfactoriamente por cuanto que ello constituiría por sí mismo una labor aparte que rebasa por mucho los alcances de este trabajo. Lo que presento entonces es una enumeración, más de procesos y coyunturas que de fechas y datos aislados, que me permiten trazar el hilo explicativo de mi argumento, mismo que irá cobrando sentido toda vez que lo confronte con las categorías usadas y al momento de plantear el análisis de la actualidad, del tiempo

presente.

Antes de seguir, me interesa entonces, puntualizar en estas líneas cuál es la referencia teórica-metodológica que utilizo para la recuperación y planteamiento de tal dimensión histórica.

El trabajo historiográfico aquí esbozado sirve ya, decía, como plataforma y escenario explicativo de los problemas y conceptos sociológicos enunciados en el capítulo precedente, pues para que la articulación entre vida cotidiana y praxis política que resalto en las movilizaciones político-sociales de Bolivia pueda ser abordada a partir de una matriz de conflicto social, o conflictualista, se requiere formular una argumentación que logre relacionar aspectos estructurales de esta formación económico-social con la dimensionalidad política y cultural de las clases sociales que luchan por la autonomía, es decir, por materializar el contenido de su práctica cotidiana en una esfera más amplia y compleja, como bien puede ser el Estado.

El principio o la necesidad de conocer la historia de las clases subalternas para luego poder discutir las luchas populares recientes se funda en el hecho de que es únicamente este acercamiento histórico lo que nos permitiría ubicar el contexto y las potencialidades del proceso de transformación sintetizado en el tiempo presente que condensa tanto el grado de composición de las fuerzas productivas como el nivel de acumulación de experiencia por parte de las clases subalternas y el papel que ocupan en los procesos en curso. René Zavaleta decía que:

Si bien la colocación estructural de una clase social es un problema que no puede omitirse, con todo, *es tan importante como eso la manera en que ocurre su historia o sea su devenir. Cada clase es entonces, lo que ha sido su historia.* Suponer que el desarrollo de una clase depende mecánicamente del desarrollo general del país (en lo económico y aún en lo cultural), es una hipótesis refutada por todos los datos de la realidad.³⁴

La metodología que empleo para distinguir “la colocación estructural” pero fundamentalmente el “devenir” de estas clases es la trazada por Antonio Gramsci para conocer la historia de las clases subalternas en tanto que en esas líneas queda registrado el recorrido dialéctico de una clase social desde su desprendimiento del “mundo de la producción económica” hasta la “autonomía integral” que en todo caso no necesariamente es un punto de llegada fijo, sino un proceso antagónico de rompimiento de la hegemonía, parcial o total, que se registra en la unificación de estas clases en el Estado.³⁵

Con la ayuda de ese punteo metódico podemos rastrear, en Bolivia, los procesos más trascendentes en la construcción de politicidad por parte de las clases subalternas y encontrar las coyunturas de inflexión que fueron ampliando el horizonte de lucha de éstas y, más aún, tal como lo argumentaré a lo largo de este trabajo, por el grado relativo de autonomía al que estas clases han llegado en los últimos años, proceso autonómico que ha avanzado tanto por la vía del

³⁴ René Zavaleta “Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia”, en: René Zavaleta, *op.cit.*, pág. 238. Cursivas mías. Zavaleta escribió sus apuestas teóricas en un contexto nacional en el que sin duda eran los proletarios mineros organizados en las grandes corporaciones obreras los que marcaban el ritmo del antagonismo social en Bolivia, de ahí que pudiera sugerirse que sus planteamientos no corresponden con el contexto actual de lucha. Me parece, sin embargo, que las sugerencias teórico-políticas *zavaletianas* son con mucho un punto de partida imprescindible para entender los procesos políticos contemporáneos de la sociedad boliviana.

³⁵ Antonio Gramsci, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”. *Antología*, págs. 491-493.

poder político institucional como por la de la movilización y del “poder de veto”³⁶ que en el contexto actual se transforma en un especie de dirección crítica frente a un gobierno que, tal como se ha dicho, gobierna según “el poder obediencial”.³⁷

Según Gramsci:

La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito.³⁸

Como se verá en este recorrido, existen varios puntos de crisis que deben ser contemplados y en algunos casos explicados más a fondo, crisis en las que los subalternos, hasta entonces considerados “actores secundarios”, “sujetos infrapolíticos”, hacen su aparición en el escenario de la política pública rompiendo con los cánones y moldes en los que los dominantes los tenían

³⁶ Durante el más reciente ciclo rebelde en Bolivia, es decir del 2000 al 2006, la fuerza de los movimientos populares lograron derrocar a gobiernos evidentemente neoliberales que venían implementando las políticas económicas que tenían a Bolivia como el país más pobre de América del Sur y uno de los más subdesarrollado del continente en general. Así pues, estas movilizaciones articularon fuerza política y organización socio-cultural y lograron imponer un “poder de veto” frente a tales gobiernos derechistas. Ver capítulo III de esta investigación.

³⁷ El “poder obediencial” ha sido un concepto formulado por Evo Morales Ayma, presidente de la República de Bolivia, en alusión a la lógica de gobierno participativo implementado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y las Juntas de Buen Gobierno (JBG) en Chiapas. Los zapatistas dicen: “el que manda, manda obedeciendo” con lo cual se afirma que el depositario del poder político de la comunidad no hace más que representar a ésta durante un lapso determinado y por tanto no es de ninguna manera el dueño de tal autoridad. Sobre la discusión de estos conceptos y su relación con la dimensionalidad política de la vida social, véase: Enrique Dussel, *20 tesis de política*, México, Siglo XXI editores, 2006, págs. 23-39.

³⁸ Antonio Gramsci, *op. cit.*, págs. 491-493.

conceptualizados y sujetos mediante formas de explotación y dominación concretas.

Existe sin embargo un momento crítico que hace las veces de condensador y propulsor de varias de las tendencias políticas de los grupos populares; la Revolución nacionalista-popular de abril de 1952 significa el rompimiento con la herencia oligarca y colonial de explotación y dominación e implica también un proceso, incipiente y débil, de unificación de los subalternos que habrá de terminar por ser cooptado en la institucionalidad partidista burguesa primero y luego por las elites militares que ocupan el Estado.

De cualquier manera, los diversos *ciclos sociales* desplegados a partir de entonces han llegado a su fin, en la forma en la que se manifestaron en esos años y, por ende, la revisión de la historia de los grupos sociales subalternos que se construyeron en esos ciclos es más accesible, sin que ello implique en absoluto, que sea ahora menos compleja. Si es o no posible, establecer conclusiones exitosas a partir de dicho proceso será algo que discutiré en la parte correspondiente al análisis del periodo 2000-2005. (Ver Cap. III)

Cabe decir, también como aclaración, que no he querido incluir en este recorrido histórico el análisis del periodo político que se abre a partir de 2006 con la toma de posesión de Evo Morales como presidente de Bolivia, y en consecuencia, no analizo las tensiones y dificultades que ha implicado la gestión de su gobierno en relación con las elites locales, particularmente en los departamentos de oriente, los intereses extranjeros y sobre todo con los movimientos político-sociales que le llevaron a tal cargo. Queda fuera también, la

discusión sobre la Asamblea Constituyente, ese otro proceso societal de gran envergadura para el presente y el futuro de Bolivia. El motivo de tales ausencias se justifica en el hecho de que la relación que es estoy planteando en este trabajo entre vida cotidiana y praxis política en los movimientos sociales bolivianos no alcanzaría todavía para lograr interpretar ese otro problema que surge cuando el gobierno en turno ha emanado directamente de los propios movimientos político-sociales populares pero que ahora tiene que enfrentar la disyuntiva entre, parafraseando a Gramsci, la verticalidad y autoritarismo heredados por el viejo sistema que no acaba de morir, y que las clases todavía dominantes se rehúsan a perder, y la nueva dinámica movimientista y tendencialmente horizontal de los sujetos subalternos que todavía no acaba de nacer, es decir, de consolidarse en una institucionalidad estatal propia.

Así, entonces, el análisis que hago me permite pensar que, de cualquier manera el propio estudio del gobierno “masista”, desde una perspectiva crítica, tiene que partir con todo, de la crisis socio-política que se vivió durante los cinco años anteriores a 2006, año de la toma de posesión presidencial, y ello porque en aquel momento se fue gestando un desprendimiento respecto de la hegemonía existente y una construcción de ciertos espacios y proyectos autonómicos, es decir, no sólo hubo contestación sino construcción, no sólo del poder de veto, sino del poder de institución estatal.

Por tanto, y para hacer esta interpretación histórica a la vez que sociológica utilizo el concepto de *ciclo societal*. Con él pretendo establecer distinciones al interior de un *ciclo histórico* más largo, de 1952 a 2005, y referirme a las diversas

síntesis espacio-temporales que se fueron construyendo y amalgamando en los distintos niveles de la acción político-social colectiva en Bolivia desde el 52.

Este concepto tiene un primer punto de partida en lo que René Zavaleta llamara, “formación social abigarrada”,³⁹ por cuanto que un ciclo societal sería un desprendimiento de alguna dimensión de la vida social, en este caso de la esfera de la acción político-social de los subalternos, una síntesis crítica de la formación social abigarrada como totalidad. Luis Tapia señala que, lo abigarrado, como característica estructural de Bolivia, se refiere a la:

*Condición de sobreposición de diversos tipos de sociedad que coexisten de manera desarticulada, estableciendo relaciones de dominación y distorsión de una sobre otras. El abigarramiento en general es producto del colonialismo. Se podría decir que mientras persiste algún margen de abigarramiento la condición colonial no ha desaparecido de ese ámbito de relaciones sociales y políticas.*⁴⁰

Por otra parte, el concepto de ciclo societal que aplico para acercarme al estudio de la lucha política, tiene cierta deuda, no sólo semántica sino también conceptual, de contenido, al que el propio Tapia formula como “condición multisocietal” y que enfatiza esa característica de coexistencia desarticulada de diversas formas sociales, de distintas concepciones y cosmovisiones del mundo

³⁹ René Zavaleta, “Las masas en noviembre”, en: René Zavaleta (comp.), *op. cit.*, pág. 17.

⁴⁰ Luis Tapia, *op.cit.*, pág. 10. Cursivas mías. En las líneas siguientes de este capítulo y el próximo expondré, apelando básicamente a textos y autores bolivianos, cómo es que la condición de abigarramiento producto del colonialismo fue y es aún un factor determinante en la capacidad antagónica de los movimientos político-sociales en Bolivia y cómo es que tal dominación colonial logra filtrarse hasta la dimensión de la reproducción cotidiana de la vida de los subalternos y los modos en los que desde ahí se resiste y lucha, mediante mecanismos societales, a la dominación y explotación. Desde esta perspectiva de análisis sostengo que la vida cotidiana como dimensión societal, puesta en movimiento en forma de ciclo de movilización y de lucha, como ciclo societal, es la respuesta de los subalternos frente a las clases hegemónicas.

sin contemplar forzosamente la matriz de explotación/dominación de las que éstas se desprenden y en las que tienen lugar.⁴¹

Al ser la de Bolivia una sociedad abigarrada y multisocietal, según Zavaleta y Tapia, sugiero entonces que la movilización popular tiene como matrices estructurales esas dos determinaciones, la explotación y la dominación a partir de la sobreposición inorgánica de modos productivos y de “socialidades”, generalmente presentadas en los discursos y en las prácticas concretas de los que las enuncian como dualidades antagónicas a fin justamente de simplificar la complejidad existente -español/indio, criollo/mestizo, mestizo/indio, etc.- y, es entonces desde el análisis de lo cotidiano que intento un acercamiento interpretativo a la densidad de la “multitud”⁴² en movimiento.

La pertinencia teórica-metodológica del concepto de ciclo societal se pone a prueba en el momento en que es necesario establecer relaciones entre un plano objetivo y otro subjetivo, es decir, para establecer el grado de determinación de la estructura sobre las clases y el grado de capacidad de éstas para transformar aquélla; es este un concepto que denota intensidad y no necesariamente cantidad estadística, es decir, que sus dimensiones son “cuantificables” en función de los grados de intensidad de la conflictividad política-social; cuándo o dónde se inician y cierran dichos ciclos societales es una tarea no fácil de precisar, justamente por el contexto abigarrado del que parten, sin embargo me

⁴¹ *Ibidem.*

⁴² Varios han sido los autores que han apelado al concepto de “multitud” para explicar ciertas características de los sujetos y de las movilizaciones recientes bolivianas, algunos atribuyéndole mayor peso descriptivo y otros más interpretativo. Me limito ahora sólo a señalarlo para más adelante dialogar directamente con algunos de ellos respecto de la pertinencia explicativa de este concepto visto que las rebeliones y el propio proceso socio-político han tenido un desenlace ciertamente muy complejo.

parece que sí podrían resultar indicadores analíticos de las transformaciones, unas veces intempestivas otras categóricas, del grado de politicidad y de la acción colectiva organizada.

Es entonces, un concepto que sirve para identificar el grado de “acumulación en el seno de la clase”⁴³ en un momento histórico determinado porque al ser síntesis histórica de un proceso de larga duración, tal como es la politización o la constitución de una *clase en sí* en una *clase para sí*,⁴⁴ nos ayuda a relacionar lo estructural con lo superestructural.

Por cuanto que se refiere específicamente a la praxis político-social en momentos determinados del proceso de “acumulación en el seno de la clase”, el concepto de ciclo societal que propongo estaría muy cercano al de “ciclo rebelde” que presenta Rivera Cusicanqui. Ella dice al respecto de éste que sería:

un conjunto de movilizaciones y acciones dentro de las cuales el acto mismo de la rebelión violenta (que supone por lo general algún acto punitivo) es sólo un momento de un proceso más amplio en el cual se ejercitan y combinan una variedad de métodos de lucha.⁴⁵

Esta definición pone por delante el momento de abierto antagonismo manifestado como “rebelión violenta” si bien supone que se inserta en un

⁴³ René Zavaleta, *op. cit.*, págs. 11-59.

⁴⁴ En este sentido estoy considerando la condición y origen estructural de las clases sociales en Bolivia, es decir, la existencia material de éstas a partir de los distintos modos de articulación con la esfera de la producción, sin embargo me interesa sobre todo poner por delante la dimensión socio-política en la que dichas clases se constituyen justamente como sujetos políticos, y la forma en que su politicidad cobra fuerza objetiva en la resistencia, el antagonismo y en la autonomía.

⁴⁵ Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980*, La Paz, Ediciones Yachaywasi, 2003, pág. 79.

“proceso más amplio en el cual se ejercitan y combinan una variedad de métodos de lucha”; por mi parte, acentúo que tanto la resistencia como el antagonismo y desde luego también los “episodios de autonomía” o de ruptura de la hegemonía⁴⁶ son procesos dialécticamente relacionados y que por tanto no sólo en la rebelión violenta sino también desde la resistencia, mediante el “discurso oculto” y la “infrapolítica”,⁴⁷ que son prácticas que implican necesariamente un fundamento y un sentido conscientes, existen acciones que propician la transformación y que paulatinamente van extendiendo los límites de las relaciones de poder y de la lucha por la hegemonía por parte de los subalternos.

Otra cuestión diferencial, y que es pilar de la investigación para analizar el proceso histórico que presento, en relación al concepto de ciclo societal, es que éste me permite trabajar a su vez con el concepto de *vida cotidiana* desde una plataforma de análisis político y social, que articula o trata de abordar dicho problema sociológico a partir de una interpretación procesual, no determinista ni ontológica, sino fundamentalmente dinámica. En el ciclo societal están contemplados varios procesos sociales que arrancan desde la vida cotidiana que dan forma, sentido y dirección a la lucha política.

⁴⁶ Ver: Gramsci, op. Cit.; y Massimo Modonesi, “Autonomía, antagonismo y subalternidad”, en, Albertani, Rovira y Modonesi (coords.), *La Autonomía Posible*, En imprenta.

⁴⁷ El concepto de resistencia lo tomo de: James C. Scott, *op. cit.* En esta obra el autor ofrece un análisis del concepto en el que privilegia las características activas y tendencialmente disruptivas hacia las que se dirigen las prácticas de resistencia y las aborda en contextos en los que si bien los sujetos no rompen con las formas de dominación hegemónicas, es decir, no salen de la reproducción de la subalternidad, ésta no es tampoco vista como una condición estática sino como una relación de poder. Por cuanto que en esta investigación me interesa poner de relieve la importancia de la vida cotidiana en los procesos de movilización y lucha política el concepto de resistencia es de particular relevancia en tanto que me permite ubicar los códigos, los valores, y los conflictos que se disputan en y desde la cotidianidad, desde el discurso oculto y la infrapolítica, y que tendencialmente se proyectan hacia planos más generales.

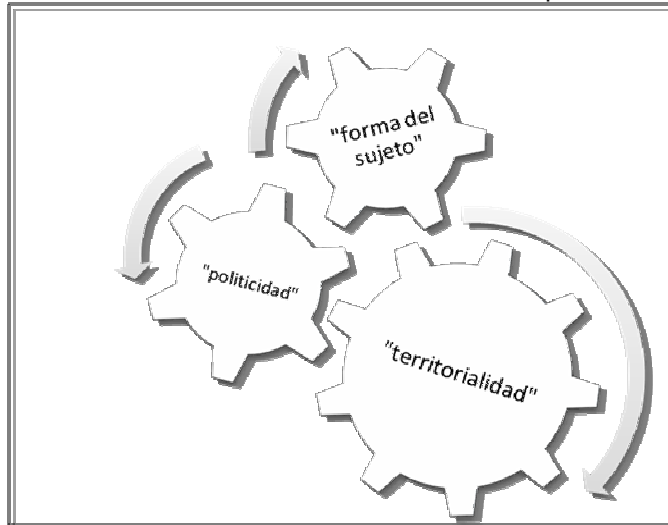
Para que el concepto de “ciclo societal” sea una herramienta analítica útil en estos estudios se debe poner atención en tres elementos que lo integran y que fueron planteados en el capítulo previo:

1) cómo se da la relación entre las condiciones objetivas y subjetivas en lo cotidiano en el contexto de una formación económica-social determinada;

2) qué formas asumen los sujetos de las movilizaciones socio-políticas, entendiendo que de ello se desprenden también las formas de las organizaciones de las que éstos hacen parte y que son las que los definen como sujetos políticos;

3) cuáles son las características del(os) tipo(s) de territorio(s) que dichos sujetos significan como propios, mismos que les sirven para definirse -o articularse frente a otras clases y frente a formas de organización que representan intereses antagónicos a los suyos y, al grado de politicidad presente entre los subalternos, mismo que como he dicho no sólo se manifiesta como rebelión abierta sino que está presente en lo “molecular” articulándose de esta manera, lo cotidiano y lo político, como praxis sociales.

Ciclo societal.
Ariculación de las dimensiones socio-políticas



En este sentido es que apelo al ejercicio de leer la historia no únicamente por las fechas o los acontecimientos particulares sino por los procesos socio-políticos que les fueron dando forma. Así, podría parecer arriesgado señalar que en la historia corta de Bolivia, la que va de 1952 a 2005, y que en su conjunto podríamos categorizar como un solo *ciclo histórico*, el cual inicia con la ruptura del orden oligárquico minero-terrateniente y se cierra con la crisis del modelo de “unipolaridad multipartidista de derechas”,⁴⁸ llevando por en medio la historia del nacionalismo revolucionario, la del movimiento obrero, de la militarización, del ascenso de la lucha indígena y de la imposición del neoliberalismo, tenemos suficientes elementos socio-políticos que podrían permitir sugerir que existen por lo menos cuatro ciclos societales (lo nacional-popular; la militarización como política estatal y como contexto de resistencia; el katarismo o la reinsurgencia indígena; el cierre democrático y el asenso del neoliberalismo) y el inicio de otro

⁴⁸ Ver: Álvaro García Linera (coord.), *op. cit.*, pág. 13.

(lo indígena-popular) y esto en función de que dan cuenta de procesos distintos, aunque dialécticamente articulados, de relacionalidad y acción política de las masas, todos los cuales implicarían coyunturas de ruptura y estabilidad, de ascenso de la movilización y de repliegue de ésta, y por lo tanto no podrían ser categorizados y analizados en una misma línea ascendente.

Hoy, se puede decir que las clases subalternas en Bolivia sin ser homogéneas, como nunca lo han sido, han encontrado en el sector indígena-popular, rural y urbano, al núcleo fuerte y al sostén de la movilización política reciente. Esta constatación, aunque relativamente obvia para los observadores especializados, no deja de ser importante, por cuanto que si bien los sectores y organizaciones indígenas nunca desaparecieron del “campo político”⁴⁹ boliviano su presencia estuvo por un largo periodo a la sombra de las organizaciones, los repertorios y las lógicas de movilización de la clase obrera. De ahí entonces que es necesario poner atención a la propia historia de estos grupos para trazar las principales líneas de interpretación que permitan entender por qué, ahora,

⁴⁹ Tomo el concepto de “campo político” de la formulación hecha por Pierre Bourdieu y que permite, según este autor, “analizarle y comprenderle con relativa autonomía frente a otras realidades sociales de las que se diferencia y con las que es posible compararlo”. Sin embargo, Bourdieu define esta realidad como “un campo de fuerzas y un campo de luchas por transformar las relaciones de fuerzas”, de ahí que entonces podemos asegurar que el campo político boliviano no puede entenderse sin considerar definitivamente la acción de las clases subalternas, más aún porque la acción de estas clases “transforma el estado del campo (o porque muchas cosas cambian si se lo suprime)”. Pierre Bourdieu. *El campo político*, La Paz, Plural editores, 2001, pág. 17. El campo político, entonces, no se refiere únicamente al espacio cerrado al interior de las instituciones formalmente llamadas políticas e identificadas con la institucionalidad estatal, sino que contemplaría el espacio de interrelación entre éstas y las múltiples organizaciones que coexisten paralelamente con ellas que bien pueden tender hacia su incorporación o fusión con el Estado o bien pueden buscar objetivos anti-estatales. Como trataré de argumentar en este trabajo, esta constatación de la influencia y de la capacidad de transformar las relaciones de fuerzas en el campo político boliviano por parte de las clases subalternas es fácilmente verificable en distintos momentos de inflexión histórica, en distintos ciclos societales, de la sociedad boliviana al punto de que dichas clases y sus diversas organizaciones se han convertido, hoy por hoy, en agentes con poder constituyente de Estado. Para una aplicación del concepto en el caso boliviano, ver: Álvaro García Linera, *op. cit.*

resultan fundamentales en la disputa del poder político.

Anticipando una hipótesis que he de desarrollar posteriormente, puedo decir que, actualmente existe una cierta ideología y proyecto político, expresados en las luchas recientes, que se mueven en el sentido que marca e impulsa lo *indígena-popular*, así como antaño lo hiciera bajo la égida de lo *nacional-popular* como movimiento e ideología de los subalternos. Ello encierra por lo menos un problema político estratégico sustantivo que es el hecho de que la figura del Estado, como proceso y como horizonte de unificación, sigue presente en las prácticas antagónicas.

Por lo tanto, me interesa rescatar particularmente dos ciclos sociales en la historia corta de Bolivia durante periodos determinados para ver de qué manera esas características que los distinguen se anudan en el tiempo y se proyectan como dos fuerzas transformadoras distintas pero complementarias.

Uno de ellos es el ciclo social de lo nacional-popular, hegemonizado en su totalidad por la iniciativa y la capacidad disruptiva del movimiento obrero encabezado desde el 52 por la Central Obrera Boliviana (COB) como órgano superior de organización. Este ciclo, tuvo periodos más protagónicos que otros, hablando de movilización y lucha, y se mantuvo presente en el campo político boliviano hasta 1985 y aún después es importante destacar cómo sus contenidos no han acabado de diluirse en la memoria colectiva de las clases subalternas, si bien ya no con la misma capacidad de irradiación que tuvieron en el pasado, por lo cual su historia es fecunda en el conjunto de estas clases.

El otro ciclo social que me interesa enlazar con el anterior es el que

protagonizan las organizaciones y luchas propias de los sectores indígenas que tienen una presencia destacada a partir de la década de los 70's cuando surge el katarismo indianista, proceso socio-político que abrirá la discusión sobre la situación de colonialidad incorporando esa tendencia en el campo político. Hay que rastrear esas vetas de resistencia y lucha para tratar de entender qué significa el proyecto de "descolonización" en el ciclo actual y por qué es que se puede pensar en que lo indígena-nacional tiene ahora esa capacidad o alcance estatal.

Regresando de nuevo a Gramsci, me permito citar *in extenso* para que quede claro el tipo de metodología a contemplarse en esta cuestión:

Hay que estudiar, por tanto: 1) la formación objetiva de los grupos sociales subalternos, por el desarrollo y las transformaciones que se producen en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que conservan algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; 2) su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias, y las consecuencias que tengan esos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación o neoformación; 3) el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener el consentimiento y el control de los grupos subalternos; 4) las formaciones propias de los grupos subalternos para reivindicaciones de carácter reducido y parcial; 5) las nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos; 6) las formaciones que afirmen la autonomía integral, etc.⁵⁰

Lo que estoy proponiendo en esta primera parte es que la historia de las

⁵⁰ Antonio Gramsci, *op. cit.*, pág. 491-492.

clases subalternas en Bolivia puede ser leída, en efecto, con base en el punteo metódico planteado por Gramsci y que, a partir de ahí, el contexto de la actual situación política de estas mismas clases, hasta donde he dejado la investigación, podría interpretarse como un proceso de construcción autonómico aún no definido pero que a diferencia de otras coyunturas de rebelión y abierto antagonismo, tal como lo ilustraré en los siguientes puntos, en esta ocasión es dable afirmar que dicho proceso depende de la capacidad que éstas tengan para afirmar, vía sus propias organizaciones políticas, el proyecto político que enarbolan y logren además establecer una nueva correlación de fuerzas a nivel interno, es decir, que están en “posibilidad real” de alcanzar transformaciones que antes habían sido pactadas como concesiones frente a un poder estatal con profundas *raíces coloniales* que supo actualizar mecanismos de dominación en cada momento de inflexión y crisis.

Esta posibilidad real pasa por la fuerza que los movimientos socio-políticos lograron establecer en su momento frente al Estado neoliberal y ahora frente a la reacción de las clases todavía hegemónicas y, que se mantiene en buena medida por la solidez de la relacionalidad a nivel de vida cotidiana de las clases subalternas que toman parte en los movimientos sociales.

Cuando Gramsci menciona las “formaciones políticas”, en el texto citado, parecería que se refiere exclusivamente al partido político como la forma de organización política decisiva. Si bien sabemos que la definición que hace él del partido en muy poco tiene que ver con la idea de una estructura vertical y jerarquizada, para el objeto de nuestra investigación y en correspondencia con la

historia real del proceso boliviano, este concepto, el de formaciones políticas, tendrá que abarcar también, necesariamente, a otro tipo de organizaciones que, como ilustraré en adelante, han sido mucho más trascendentes en la formación de la comunidad para la lucha política y en camino hacia la unificación. Los partidos políticos bolivianos rara vez representan el interés de los subalternos, ya que, generalmente, son estructuras ligadas a intereses de clase distintos, en los que la participación de éstos es invariablemente de forma reducida; en todo caso, será importante señalar en su momento el cambio que se ha venido dando en el ejercicio político desde la formación de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP) en los 90's del siglo pasado y, con el Movimiento al Socialismo (MAS) en los últimos años.

Entonces, me refiero fundamentalmente a tres “formas de organización” que implicarían, a su vez, varios tipos de formaciones políticas, que han dejado su impronta en la historia colectiva de las clases subalternas bolivianas: la *forma sindicato*, la *forma multitud* y la *forma comunidad*.⁵¹

Las tres son mecanismos o herramientas de organización del sentido común, del imaginario y de la densidad de la fuerza política colectiva; en determinado ciclo societal pudieran aparecer combinadas a tal grado que resulta difícil establecer una distinción plena, en otros, cada una de ellas puede asumir una tendencia predominante y en algunos casos llegar a subsumir a las otras bajo su lógica, pero nunca anularlas. De hecho, hay que decir que cada una de estas *formas* correspondería a la definición abstracta de las formaciones

⁵¹ Álvaro García Linera, “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia”, en: Álvaro García Linera, *et al.*, *Tiempos de rebelión*, págs. 7-79.

políticas correctas a las que da cabida. La COB, la CSUTCB, la Coordinadora Nacional por la Defensa del Agua y de la Vida, el MAS, el MIP, los ayllus, markas, etc., son las formaciones políticas concretas que dan cuerpo a la lógica de cada una de esas tres formas.

Es más, estas tres distintas formas de socialidad política, y sus respectivas formaciones políticas, de los subalternos en Bolivia, nos obligan a tener muy presente lo que el mismo Gramsci apuntaba sobre su metodología, a saber, que esas distintas etapas o procesos no necesariamente se encuentran en la historia de estas clases de manera lineal, es decir, que una etapa no asegura el advenimiento de la siguiente, pues si la historia de los grupos subalternos es “necesariamente disgregada y episódica” y además es verificable que su tendencia a la unificación “se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dominantes [...] incluso cuando se rebelan y levantan”,⁵² tenemos, por tanto, que estar muy atentos a las evidencias históricas que estos grupos ofrecen y, procurar no perder de vista los *grados relativos de autonomía de los subalternos*, pues es ahí donde se puede comprobar su potencialidad transformadora y comprender los ciclos sociales de rebelión en su contexto de gestación.

⁵² *Ibidem*, pág. 93.

2.1.- La revolución nacional-popular del 52: movimiento plebeyo, y la fuerza de la “paradoja señorial”.⁵³

El proceso revolucionario iniciado en 1952 resultó ser para Bolivia, lo que para México fue el cardenismo (1934-1940) y, en general para América Latina la década de los 30's y 40's. Con las debidas distancias entre los distintos casos, se inicia en estas fechas la apertura del populismo como política estatal, que habrá de dejar una huella perdurable en los sistemas políticos y económicos de la región, ya sea en partidos políticos, corporaciones obreras y campesinas y en los sindicatos de masas o en los modelos de industrialización y nacionalización de recursos estratégicos pero también y, quizá de manera más importante, podría decirse que, como forma de participación subordinada al Estado, implicó para las clases trabajadoras, una manera peculiar de la organización del “sentido común” y del imaginario social, una suerte de sentimiento de pertenencia al propio Estado como pilares del crecimiento y desarrollo económico de sus respectivos países.

De ahí que este periodo haya representado algo más que la consolidación de una mera ideología paternalista y acaso sea también un catalizador de la memoria colectiva y, en algunos casos, de la movilización y lucha política popular.

Al igual que en otras regiones, el populismo no es en Bolivia algo que haya

⁵³ “Aquí, la persistencia de lo señorial es un índice de que la nacionalización no se ha cumplido. La medida en que lo señorial es lo dominante es un índice que la nación no es la forma primordial de organización de la sociedad.” Luis Tapia, La producción del conocimiento local. Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/bolivia/cides/libro1/indice.html>, pág. 171.

surgido de la noche a la mañana ni tampoco un trámite administrativo que haya sido arreglado en algún despacho burocrático. El nacionalismo popular arrancó como un proceso democrático y, en ese sentido, como proyecto de las clases trabajadoras y sus ideólogos que, en cierto momento histórico, se alejan y rompen con el régimen oligárquico contribuyendo directamente con su praxis política a la crisis de ésta como clase hegemónica.

Sin embargo, como se sabe, hay una discordancia o asimetría entre la capacidad disruptiva de las clases populares, que generalmente son quienes se arrojan (o los que son lanzados) a la lucha, y lo que finalmente realizan los dirigentes políticos, sobre todo cuando no existe en las primeras una verdadera disposición hacia la democracia como sistema, aunque ésta haga presencia en sus prácticas cotidianas, y como sucedió en Bolivia, cuando además no logran construir un programa de gobierno propio que procure traducir la diversidad existente y materializarla en un proyecto estatal sólido, a pesar del gran poder político que acumulan y que hacen irrumpir en determinado momento, y por tanto no logran romper con las amarras que las mantienen sujetas al núcleo hegemónico.

Por ello resulta importante establecer claramente la distinción al interior del nacionalismo popular, como modelo de organización estatal y como proyecto político de los subalternos. Como modelo de organización estatal, está claro que este proyecto político fue fundamental para la institucionalización y normalización de la dominación burguesa en el periodo en la que ésta se constituye y se afianza como clase hegemónica, que por su parte no rompe

nunca totalmente con la vieja estructura oligarca, cuyas propias estructuras de explotación compartirán espacio y tiempo histórico con la explotación capitalista. Esta forma populista, ligada desde el principio con la institucionalidad estatal surgida del 52, será nombrada como nacionalismo-revolucionario (NR), identificado evidentemente con las siglas del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), y cuyo arraigo sigue vigente todavía entre la clase política y la burguesía nacional, formulado desde entonces como estrategia ideológica de exclusión y “estigmatización”.

Por otra parte, está el nacionalismo popular como movimiento político que, como señalo antes, arranca como una tendencia de inspiración subalterna y cuya importancia se ha revelado desde entonces en distintas coyunturas de crisis socio-política, mostrando cuán densa y potente puede ser la fuerza de la masa popular que exige para sí el control de su nación, interpelando para ello y haciendo crítica de esas mismas instituciones, normas y símbolos que los mantienen dominados; cuando me refiera a este segundo aspecto, hablaré de lo nacional-popular. Como dice Prada:

Hay que distinguir, sin embargo, el populismo de lo popular, mejor dicho, de lo nacional-popular. Lo nacional-popular se opone desde el mestizaje radical, lo urbano-popular, y la especificidad histórica territorial del proletariado, a las formas de explotación del capitalismo. Se trata de formas de resistencia desarrolladas desde la periferia del sistema mundo capitalista frente al circuito perverso de la dependencia. La historia de lo nacional-popular, puede seguirse desde la posguerra del Chaco...⁵⁴

⁵⁴ Raúl Prada Alcoreza, “La revolución india”, en: Marxa Chávez, *et. al.*, *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*, La Paz, Editorial Tercera Piel, 2006, pág. 134.

En este sentido, se puede coincidir ampliamente con Mamani, cuando dice que el nacionalismo revolucionario (NR) es un “ideologema blancoide”, término que evidentemente realza la fuerza étnica que asumió tal forma de organización estatal en Bolivia. Por su parte Tapia, maneja esta idea en el sentido de un “estigma de la indianidad” que mantiene la “exclusión por criterios de raza y cultura”, incluso después de la revolución del 52, que a pesar de que acepta ampliar ciertos márgenes a nivel del estado, bajo la forma de derechos de ciudadanía, no impacta en la relacionalidad societal en donde dicho estigma es todavía “práctica corriente”.⁵⁵

Así pues, la diferenciación conceptual entre populismo entendido como ideología y práctica de la clase burguesa que se materializa en el control del aparato estatal, en el caso de Bolivia sería el nacionalismo-revolucionario del MNR, y el movimiento subalterno de lo *nacional-popular* encabezado principalmente por el sindicalismo minero, implica la constatación de dos proyectos sociales antagónicos. De un lado, al consolidarse el monopolio del poder estatal en manos del MNR, partido que representaba los intereses de la burguesía en formación y no las aspiraciones de la clase trabajadora, se logran rearticular las diversas fuerzas reaccionarias y conservadoras del país, con lo que las posibilidades de una radical transformación social se ven prontamente clausuradas. En cuanto al movimiento nacional-popular, es decir, el movimiento de los subalternos, se puede decir que éste no tuvo la capacidad para definir un

⁵⁵ Ver: Pablo Mamani Ramírez, “Racismo colonial y poder indígena”, s/editor, s/lugar de edición; y Luis Tapia, *La condición multisocietal*, págs. 101-114.

programa estatal propio, no supo rebasar los límites impuestos por el NR y ello le impidió ejercer verdaderamente su poder político a pesar de haber sido su fuerza de masa lo que logró desmantelar al Estado oligarca.

Zavaleta es concluyente en este sentido: “El principal resultado del período fue la presencia global de las masas y su organización. Que los obreros no supieran explotar su poder no resta en absoluto importancia al hecho irreversible de que actuaran como clase de poder”; más adelante, sentencia: “No hay nada tan terrible como no ser dueño de la victoria que uno mismo ha obtenido.”⁵⁶

2.2.- Génesis de dos proyectos societales antagónicos: el Nacionalismo-Revolucionario y lo Nacional-Popular.

El inicio del nacionalismo-revolucionario, o populismo, y la gestación de lo nacional-popular, como identidad política subalterna, están directamente relacionados con el decaimiento del poder político y económico de lo que podríamos llamar las oligarquías terratenientes y mineras⁵⁷ y ambos procesos tienen su punto más dramático después de la Guerra del Chaco en los 30's (1932-1935), como lo sugiere Prada, aunque al ser éste un proceso de construcción hegemónica a nivel socio-político y societal, y no sólo económico

⁵⁶ René Zavaleta Mercado, “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)”, en, Pablo González Casanova (coord.), págs. 105 y 109.

⁵⁷ Hasta finales del siglo XXI la economía nacional de Bolivia estaba sustentada básicamente en sus exportaciones de plata. Sin embargo este producto entró en un franco descenso a nivel mundial a penas iniciando el siglo pasado por lo que la economía y el tipo de comercio basado en este tipo de producción implicaron modificaciones estructurales sustanciales en Bolivia.

es dable sugerir que el proceso tiene una gestación en los años a penas posteriores a 1900 y, por otra parte, también es posible asegurar que por primera vez, a partir del Chaco, se puede hablar en Bolivia de un crecimiento de la “idea nacional” a nivel de las clases subalternas -que será fundamental como principio de conocimiento entre los subalternos- en contraposición a la postura regionalista y de elite de las clases dominantes.

Efectivamente, 1932 marca el proceso de “conocimiento directo” de diferentes sectores sociales que hasta ese momento habían vivido asignados a un cuadro básicamente desintegrado: el del capitalismo minero y el de la masa rural precapitalista.⁵⁸

Hay que enfatizar pues, que aunque se desprenden de una misma matriz de crisis Estatal, la que vendrá después del Chaco, son proyectos encarnados por dos clases vinculadas a la estructura económica del país desde posiciones distintas y con ideologías y aspiraciones de clase también diferentes.

Una, era en ese momento la clase pequeño-burguesa, principalmente comerciante, urbana y con cierto grado de formación académica, que se diferenciaba de la clase hegemónica, de los grandes mineros y terratenientes, en que su ideología, aunque no sus condiciones materiales, eran propiamente burguesas, es decir, existía ya en ella un desprendimiento subjetivo respecto de la oligarquía, lo que por otro lado le fue útil al momento de entablar alianzas interclasistas para lograr alcanzar sus objetivos. La otra era la clase obrera que

⁵⁸ Cayetano Llobet Tabolara, “Apuntes para una historia del movimiento obrero en Bolivia”, en: Pablo González Casanova (coord.), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1984, pág. 316.

en su mayoría correspondía al sector de trabajadores de la minería, pues era la producción de estaño la más importante de las ramas productivas de Bolivia; la característica definitiva de ésta es su capacidad indiscutida de levantarse con la hegemonía sobre el resto de los sectores subalternos y de ser también portadora de un discurso y de prácticas que pugnaban por rebasar el tipo de dominación ejercida por el Estado oligárquico.

La gran diferencia entre una y otra, fue que la primera logro construir una formación política propia capaz de articular en torno suyo a las diversas fuerzas progresistas del momento manteniéndolas siempre bajo su creciente hegemonía.

El gran incremento de la extracción de estaño de las minas bolivianas como proceso estructural-económico, “de 1900 a 1920 el valor del estaño se elevó de 14 660 000 pesos bolivianos a 122 200 000”,⁵⁹ repercutió de manera fundamental en la formación de un incipiente proletariado ligado a esta actividad económica y, también, tendencialmente, en el tipo de orientaciones que las organizaciones políticas de este sector asumieron frente al estado y las clases dominantes; es decir, en la dimensión superestructural, justo acompañando el crecimiento de la minería estañífera como principal producto de exportación de toda la economía boliviana, los grupos de interés laboral y de defensa de los derechos de los trabajadores empiezan también un cierto proceso de expansión y construcción de poder político que paulatinamente gana terreno frente al estado boliviano.

⁵⁹ *Ibidem*, Pág. 321.

Basta con tener presente la constatación de que ya a principios del siglo XX⁶⁰ se comienzan a formar una serie de organizaciones gremiales y sindicales de distinto cuño e inspiración ideológica que irán construyendo y acumulando las experiencias que alcanzan su punto neurálgico en el 52. A penas en 1905 se crea “la primera unión de estilo moderno o sindicato en Bolivia, que fue organizado entre los trabajadores gráficos de La Paz. En 1906 y 1907 también surgió el primer intento de sindicalización minera en los centros de Tupiza y Potosí”; “El primer intento de una actividad intersindical éste se produjo en 1908 con la organización, aunque de escasa vida política, de la Federación Obrera de La Paz”; “El 1° de mayo de 1912 los sindicatos de trabajadores y las hermandades de artesanos de La Paz tuvieron éxito al organizar el primer desfile del Día del Trabajo en Bolivia”; “La Federación Obrera Internacional (1912) llegó a fundar el primer periódico reconocidamente obrero, *Defensa Obrera*”; en ese mismo año “los trabajadores de la extremadamente importante red ferroviaria, organizaron con éxito su primer sindicato local, la Sociedad Mutualista Ferroviaria de Oruro”; producto del impacto de la primera guerra mundial y del contacto que estas organizaciones comenzaron a tener con movimientos obreros más avanzados de países vecinos, especialmente el chileno, se “organizaron las primeras federaciones de gremios en las capitales de departamentos, primero en

⁶⁰ Hay antecedentes de organizaciones laborales, de tipo artesanal y obrero, de movilizaciones y resistencia contra imposiciones patronales ya durante la segunda mitad del siglo XIX. Ver: Álvaro García Linera (coord.), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, págs. 29-31. Por razones de corte temporal, me interesa resaltar el proceso de acumulación de experiencia y de formación de la politicidad desde principios del siglo XX, por cuanto que es desde entonces que el movimiento obrero y sus organizaciones y formas de lucha van tiñendo con su peculiaridad al conjunto de las clases subalternas y también sumando y asimilando aspectos de la experiencia y acervo compartido entre los sectores populares.

Oruro y luego en 1916 en Potosí y en 1917 en Cochabamba”,⁶¹ etc.

Después de la fundación, a finales de 1921 en convención especial realizada en Oruro, del Partido Socialista, el movimiento laboral boliviano, si bien con no pocas limitaciones y derrotas, inicia una inercia de acumulación de experiencias que le permiten tener cierto margen de maniobra frente a los partidos tradicionales, lo que no significa necesariamente un rompimiento frente a la hegemonía tradicional. La huelga de 1923 en las minas de Uncía y Llallagua encabezada por la Federación Obrera Central de Uncía, cuyo final trágico resultó en una masacre multitudinaria perpetrada a manos de las tropas militares, tuvo consecuencias importantes en la escalada contra el gobierno liberal de Saavedra.

A partir de estos años cobra vigor en Bolivia la influencia del anarquismo como línea ideológica que dará empuje a diversas organizaciones sindicales gremiales, artesanales y obreras, y que será también una de las líneas que determinarán el por qué de la preeminencia de los sindicatos sobre los partidos políticos como formas de organización y lucha de los subalternos; pues de la mano del sindicalismo anarquista se plantea desde muy temprano una distancia que desde entonces se ha mantenido casi irreconciliable entre ambas formaciones políticas a pesar de que el anarquismo no ha vuelto a tener tal capacidad de dirección ideológica.

La clave estaría en que el sindicato tiene una relación tendencialmente más estrecha con la base social que lo integra y, por tanto, permite una comunicación

⁶¹ *Ibidem*, Pág. 317-318.

y participación de éstos mucho más constante y con mayores grados de responsabilidad; es decir, no permite una dirección ajena a los propios intereses de los trabajadores, lo que hablaría también de un rompimiento clasista, tendiente hacia el sindicalismo independiente y a la democracia directa más que al sectarismo entre ellos y los grupos burgueses intelectuales y partidistas que, por entonces, participaban también en el campo político contra-oligárquico pero frente a quienes los “artesanos libertarios” tenían una actitud distante y preventiva. Hay que recordar que este sindicalismo libertario tiene sus principales focos entre los artesanos urbanos de principios del siglo XX y logró pronto echar raíces entre los sectores más desposeídos, los pequeños artesanos, los trashumantes urbanos, y sobre todo las mujeres y los indios.

La razón histórica de esto es que, los anarquistas, antes que los socialistas y los comunistas, lograron descubrir y criticar las raíces coloniales de la sociedad boliviana incorporando en sus discursos y prácticas políticas la necesidad del desmantelamiento del aparato opresor estatal burgués pero sin adelantar, como condición *sine qua non*, la construcción de un nuevo régimen de gobierno con distinta administración burocrática.

Uno de los principales centros anarquistas de esos tiempos fue la Federación Obrera Local (FOL) que desde 1927, año de su fundación, llevó a cabo diversos actos de movilización entre los que se cuentan huelgas, mítines, asambleas, protestas por causas nacionales e internacionales, con una amplia gama de recursos propagandísticos como periódicos, boletines y manifiestos, y en la que militaron, directa o indirectamente, los principales líderes anarquistas

urbanos y también rurales como Luis Cusicanqui, el cacique indio Santos Marka T'ula,⁶² Rómulo Chumacero, a través del cual también tomaron parte en los actos de la FOL intelectuales como Tristán Marof y Oscar Cerruto; ligado a esta Federación se formó, en el mismo año, el Sindicato Femenino de Oficios Varios (SFOV) que en pocos años cambiara su nombre por el de Federación Obrera Femenina (FOF) toda vez que se fueron sumando a ésta sindicatos femeninos de diversos gremios.⁶³

Un ejemplo más sobre la relación que se daba entre grupos politizados de las zonas urbanas y las demandas indias, aunque si bien de distinto cuño, se da durante el gobierno de Hernando Siles, que por su parte inició su gobierno con un distanciamiento con el gobierno antecesor de Saavedra representante de la lógica clientelar y represiva liberal-republicana, al rodearse de otras importantes figuras anti-saavedristas como el militar David Toro, el intelectual Franz Tamayo y el “genuinista” José María Escalier líder del Partido Republicano Genuino, cuando grupos estudiantiles universitarios de La Paz hacen su primera aparición en el campo político boliviano.

Esta generación de jóvenes universitarios, receptores intelectuales ávidos de las ideas socialistas de Europa y que hacían eco de las tendencias autonomistas universitarias manifestadas en Córdoba, Argentina, en 1918,

⁶² La militancia o identificación ideológica con el anarquismo por parte de los líderes indios no es un dato que esté del todo claro, sin embargo es cierto que hubo un encuentro constante entre ambos movimientos en el que los indios participaban de las asambleas y las convenciones obreras, mientras que éstos influían directamente en las rebeliones de aquéllos como en Chayanta, en 1927. Ver: Silvia Rivera Cusicanqui, “Breve historia del anarquismo en Bolivia”, en: Silvia Rivera Cusicanqui y Zulema Lehm, *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, Taller de Historia Oral Andina THOA, 1988, págs. 40-43

⁶³ *Ibidem*, 21-101.

tomaron para sí posturas radicales dentro del campo político nacional que no habían sido defendidas antes por ningún partido, sino por los sindicatos. El considerado “problema del indio en Bolivia”, fue el gran ejemplo:

En marzo de ese año [1926] la Iglesia, con el apoyo completo del gobierno de Siles, había lanzado la Gran Cruzada Nacional Pro-Indio. La idea total de la campaña, era recaudar fondos con destino a la educación indígena, crear escuelas especiales de artes y oficios, becas, etc., en el entendido de que el principal problema del indio era la falta de educación.⁶⁴

Ante esta pretensión clerical y del gobierno recién instituido, los universitarios, a través de la Federación Universitaria de La Paz, expresaron su total oposición al proyecto, expresando que:

“... la incorporación del indio a la civilización no debe ser patrimonio de ningún credo religioso. Toda tendencia de redención del indígena debe descansar en un fenómeno eminentemente económico: la propiedad o enfiteusis de la tierra y como consecuencia de este postulado, la alfabetización y educación técnica.”⁶⁵

Este documento de inusitada crítica materialista, se adelanta, por ejemplo, en un par de años a la publicación de la obra de Mariátegui en la que éste desarrolla sus planteamientos, elaborados a partir de la interpretación original del marxismo, sobre la realidad indígena de su país,⁶⁶ en absoluto alejada de la

⁶⁴ Herbert S. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana*, pág. 109.

⁶⁵ El Diario, 18 de abril de 1926. Pág. 18. Citado en: Herbert S. Klein, *op. cit.*, pág. 110.

⁶⁶ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Ed. Era, 1979, págs. 35-45.

que por aquellos años se vivía en Bolivia, y recuerda las vehementes frases que más de veinte años antes escribiera González Prada en las que hacía la crítica social respecto de que “la cuestión del indio, más que ser pedagógica, es económica, es social”, y en el que aseguraba que su liberación no sería obra del corazón condolido de los opresores sino del ánimo sublevado de los oprimidos.⁶⁷

Indudablemente tendrían que pasar varias décadas más para que en Bolivia se diera un movimiento social de alcances políticos mucho más amplios y profundos en el que la realidad de explotación y dominación del indio fuera puesta en cuestión y, como bien señalaba González Prada, esa sería una lucha llevada a delante por ellos mismos. Lo interesante de esta manifestación temprana de lucha y reivindicación de los derechos y necesidades del indio por parte de un grupo no vinculado directamente con ellos, radica en el hecho de que dicha manifestación es reflejo de una actividad permanente por parte de las propias comunidades indígenas (ver 1.5 y 1.5.a) y, en ese sentido, los sectores estudiantiles no hacen más que expresar en lo ideológico-político algo que en la práctica nunca había dejado de suceder, pero el mérito radica en que introducen en el campo político -al menos en un nivel discursivo- una veta de lucha ajena a los grupos hegemónicos prevalecientes.⁶⁸

De hecho, como se verá más adelante, ya desde las primeras décadas del siglo pasado las comunidades indígenas entran en un intenso ciclo de

⁶⁷ Manuel González Prada, *Horas de lucha*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1976, págs. 332-343.

⁶⁸ Estudios recientes sobre las dinámicas de resistencia y de lucha de las comunidades indígenas, principalmente en el Altiplano boliviano, muestran que la articulación entre sectores progresistas radicales urbanos y los indios particularmente cuando éstos, se organizaron en torno a la demanda de recuperación de las tierras comunales o en torno a la necesidad de construcción de escuelas rurales.

movilizaciones que arrancan desde demandas muy locales, pero que poco a poco les dan la pauta para entrar en contacto con diversas organizaciones urbanas y líderes obreros y gremiales, por lo que es dable decir que el contacto se da en ambas direcciones.

Volviendo al punto, hay que decir sobre la Guerra del Chaco que pese a todo el desastre que significó política y militarmente, sin mencionar las miles de muertes que implicó y la debacle moral que le siguió, la derrota frente a Paraguay propició lo que ya se venía vislumbrando como inevitable, es decir, la crisis orgánica de la oligarquía minera que a su tiempo no logró imponer las condiciones de un orden político propio.

La Guerra del Chaco, por su parte, extendió la crisis económica a toda la estructura política e ideológica de la sociedad, evidenciándose una crisis del Estado a distintos niveles. Basado en la alianza de la oligarquía minera y terrateniente que consolidó su poder en las décadas de 1890-1920, el Estado adquirió consistencia política con la organización de partidos representantes de las clases dominantes, estableciéndose ideológicamente el predominio del liberalismo. A partir de la Guerra del Chaco se resquebrajó esta estructura política y amplios sectores de la clase media, hasta entonces apoyo del régimen y fuente de su legitimidad, empezaron a cuestionar el orden tradicional en su conjunto.⁶⁹

Como lo apunto anteriormente, es a partir de esta coyuntura socio-política de la historia boliviana que crece la idea de lo nacional entre las clases subalternas y eso codifica el posterior desarrollo político de éstas, pues la relación que se establece con la apenas incipiente burguesía urbana determina

⁶⁹ Fernando Calderón y Jorge Dandlrm, "Movimientos campesinos y Estado en Bolivia", en: Fernando Calderón y Jorge Dandler (comps.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Ginebra, UNRISD / CERES, 1986, págs. 17-50.

los límites del proyecto revolucionario que se avecinaba.

Para comprender el posterior desarrollo del horizonte político de las clases subalternas es imposible no tener en cuenta que el nacionalismo, como proyecto revolucionario con un marcado origen popular, fue el primer detonante de la política de masas y por ende se convirtió, desde entonces y hasta la actualidad, en un “referente a mano” que se ha actualizado en innumerables ocasiones siempre en función de las necesidades que en cada ciclo societal se hacen urgentes.⁷⁰

Los ejemplos de organización y lucha política de las clases subalternas, mencionados antes, explican por qué fue que el Chaco, como fenómeno societal, tuvo una capacidad tan impresionante de síntesis y fue propulsor de un proyecto que había nacido en el seno mismo de los subalternos y que a partir de ese momento sólo sería posible de realizar por ellos mismos.

Es a partir del Chaco que el nacionalismo se “funde” con la clase obrera boliviana en la medida en que aquél canaliza los intereses de ésta, les da una formulación política coherente y una visión clara de sus enemigos. Y en ese espacio político la meta no es el socialismo.

⁷⁰ Por eso no resulta casual ni tampoco una simple argucia ideológica que García Linera, sociólogo y Vicepresidente de Bolivia, haya utilizado la relación entre lo nacional-popular para definir al “evismo”, entendiendo con ello al ciclo abierto con el gobierno de Evo Morales y a la trayectoria política que le llevó a tal cargo, como una “estrategia de poder”[...] “hecho colectivo revelado como una práctica”. Ver: Álvaro García Linera, “El evismo: lo nacional-popular en acción”, *OSAL*, núm. 19, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pág. 25. El acierto de tal definición está en el hecho histórico de la importancia que ha tenido entre las clases subalternas la construcción de una nación boliviana en la que su existencia cultural y su participación política y económica no sea subordinada o anulada por la lógica dominante de gobierno, cosa reitera desde el 52. El error, en absoluto menor, cabe en tildar a un movimiento con alcances similares a lo nacional-popular, de tan compleja magnitud, con el nombre de un líder político, lo cual puede ser leído como una vieja reminiscencia clientelar y paternalista, que subsume la lógica movimientista, restringiéndole su capacidad autonómica, frente al poder estatal. Ver capítulo III de este trabajo.

Es la nación.⁷¹

Estos ejemplos nos presentan también otra de las características más importantes del movimiento popular en Bolivia, que adelanté líneas arriba y que incluso ahora no deja de ser importante para explicar la lógica movimientista más reciente, el hecho de que en esta historia la forma más significativa de organización no haya sido el partido político sino el sindicato.

La formación de sindicatos empieza a principios del siglo XX, pero nuevamente es después del Chaco y, fundamentalmente tras la revolución del 52, que esta organización se vuelve importantísima entre las clases subalternas para disputar desde ahí al Estado y para actuar como bloque frente a la iniciativa de las clases dominantes. Es también cuando surge el sindicato campesino, primero ligado a “reivindicaciones de carácter reducido y parcial”, siguiendo a Gramsci, como la instalación de escuelas rurales en las comunidades, con particular fuerza durante el gobierno del militar progresista Villarroel, ente que serviría de puente entre el sindicalismo minero y urbano y otros sectores radicales y las comunidades indígenas que, posteriormente, se volverá pieza clave en el desmantelamiento de las haciendas y del “pongueaje” en los años inmediatos a la revolución de abril y a la conquista de los derechos civiles posrevolucionarios (Ver, 1.5 de este capítulo).

No debe pensarse, de cualquier manera, que el sindicalismo fue siempre autónomo y crítico frente al aparato estatal, de hecho, después del Chaco, el

⁷¹ Cayetano Llobet Tabolara, *op. cit.*, pág 322.

gobierno estatal promueve la creación de los sindicatos; el sindicalismo en Bolivia es uno de los procesos políticos más complejos, tumultuosos y difíciles de analizar, por cuanto que a través de él se construyó toda una maquinaria societal que incluía toda clase de mecanismos asociativos, solidarios, prebendales, movimientistas, autoritarios, entre otros.

Ya desde 1936 el gobierno decreta la sindicalización obligatoria; posteriormente otros gobiernos promovieron la estructuración de organizaciones sindicales con carácter nacional como la CSTB en 1939, la FSTMB en 1944, la CGTFB en 1950, etc. El sindicalismo emergerá en el escenario como creación autónoma pero también como iniciativa tolerada y luego apuntalada por el propio Estado. Esta doble naturaleza del sindicato, llena de pensamientos permanentes, contradicciones y desgarramientos que inclinan la balanza hacia la autonomía obrera en unos casos, o hacia su cooptación estatal, en otros, atravesarán su comportamiento en las décadas posteriores.⁷²

Un ejemplo ilustrativo del nivel de autonomía política y el tipo de discurso manejado por el sindicalismo minero en los años a penas anteriores a la revolución del 52 se encuentra plasmado en la Tesis Central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), aprobadas en la ciudad de Pulacayo, en noviembre de 1946. En este documento, de marcada inspiración marxista por su contenido conceptual e interpretación histórica, se realiza una descripción pormenorizada de la composición orgánica del capital en Bolivia así como de las necesidades de la clase trabajadora y del tipo de transformación política de la que el propio sindicalismo tendría que hacer parte. El análisis que entonces realizaba la FSTMB, al inicio de la segunda posguerra,

⁷² Álvaro García Linera (coord.), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, pág. 43.

y luego de una larga acumulación de la identidad nacional-popular de los subalternos en Bolivia, expresaba la necesidad de liberarse de la explotación oligarca y de avanzar en los objetivos democráticos que condujeran a la revolución socialista.

La particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas, de realizar la unificación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetivos democráticos-burgueses que inaplazablemente deben realizarse [...] Los trabajadores del subsuelo no insinuamos que deben pasarse por alto las tareas democrático-burguesas: lucha por elementales garantías democráticas y por la revolución agraria imperialista. Tampoco negamos la existencia de la pequeña burguesía, sobre todo de los campesinos y de los artesanos. Señalamos que la revolución democrático-burguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse solo en una fase de la revolución proletaria.⁷³

Es innegable, pues, que las Tesis de Pulacayo hayan tenido algún grado de influencia en las reformas emprendidas por el MNR luego del 52, aunque en efecto, tampoco se expresaron en su plenitud en el nuevo Estado. Más allá de eso es, sin duda, un documento que deja constancia del grado de politización de las clases subalternas, y de un sector, el “más combativo”, que finalmente sí logrará ejercer hegemonía entre los subalternos y será el referente de luchas frente al Estado del Nacionalismo-revolucionario.

De ahí, que la insurrección del 9 de abril de 1952 sea un suceso nada ordinario en la historia de Bolivia y de América Latina en su conjunto, por cuanto

⁷³ Tesis Central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), s/f de edición.

que expresó de manera relativamente clara los distintos procesos socio-políticos que de diversas vías se sedimentaron en toda la región y fueron reflejo de los modos en que la organización económica se venía dando, en algunos casos, desde por lo menos el último cuarto del siglo XIX.

El régimen de exportación primaria había colocado a casi todos los países latinoamericanos en una situación de evidente dependencia respecto del capital internacional, y permitió que en particular el capital norteamericano conquistara desde entonces el monopolio sobre los mercados regionales.

Así pues, los procesos de urbanización, industrialización, proletarización, etc., dados a principios del siglo XX, habían configurado nuevos sujetos que se movían en escenarios distintos a los históricamente vinculados con el trabajo directo o indirecto de la tierra que habían primado en el XIX, y que habían hecho de las luchas y rebeliones populares episodios aislados y sofocados.

Pensar la constitución de una clase social requiere efectivamente tomar en cuenta todas las posibles variables, estructurales como superestructurales, para no quedarnos con la idea de que dicha constitución se da de manera lineal y progresiva sino que implica procesos de ascenso y repliegue que están marcados en buena medida por las reacciones de la clase dominante, como bien señala Gramsci.

Es importante tener en cuenta esto, porque permite explicar cómo fue que el campo político se empezó a poblar de organizaciones, demandas y actores que, en principio tenían un origen socio-económico distinto de quienes controlaban y hegemonizaban dicho campo y, por otra parte, entender también cómo se

construyó este nuevo proyecto estatal que ya no podía prescindir de la participación, velada o abierta, de las clases populares, asalariadas, que habían crecido exponencialmente a partir del auge del estaño y, que resultaban fundamentales para la consolidación del estado nacional.

El partido encargado de tal construcción estatal fue el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), partido típicamente populista, que a partir más de discursos y prebendas interclasistas, como método de contención de la fuerza de la masa popular, que de un verdadero proyecto incluyente, organizó y condicionó la participación de las clases trabajadoras, cuya fuerza pero inconsistencia le habían llevado al control del aparato estatal, e impulsó de esa manera a la pequeña burguesía boliviana.

El MNR era el partido de la revolución democrático burguesa en Bolivia, fue el creador del actual Estado burgués boliviano (que no tiene nada que ver con el anterior) y fracasó al intentar llevar a cabo esa revolución con métodos populistas, es decir, con los métodos burgueses de ese momento [...] Pero el hecho de englobar a la mayoría del país le permitía al MNR un margen de maniobra extensísimo, incluso para que la insurrección triunfara como una improvisación.⁷⁴

2.3.- La difícil construcción de la ciudadanía.

Enseguida de la revolución popular del 52 se iniciaron una serie de “reformas” que lograron abrir ciertos horizontes de participación efectiva de las

⁷⁴ René Zavaleta, *El poder dual en América Latina*, pág. 81-83.

clases trabajadoras, verdaderas protagonistas de la insurrección de abril. Además de la nacionalización de las minas en ese mismo año y la firma del decreto de la Reforma Agraria en agosto de 1953, el decreto de voto universal, que por primera vez igualaba a indios y mujeres y a la clase trabajadora con el resto de los sectores privilegiados por el régimen oligarca.

De hecho, el largo ciclo del MNR inició con el co-gobierno de las clases trabajadoras afiliadas a la Central Obrera Boliviana (COB), “organización de organizaciones sociales” que fue creada el 17 de abril de 1952 con el auspicio de la Federación Sindical de Trabajadores de Mineros de Bolivia (FSTMB) y que se convirtió desde entonces y hasta 1985 en el principal núcleo de unificación de los trabajadores asalariados, entre los cuales, los mineros fueron siempre la punta de lanza del movimiento obrero, y en el conjunto de las clases subalternas.

Este es un ciclo societal en el que se aprecian nítidamente las características del movimiento obrero en Bolivia y en el que su fuerza y capacidad de organización y movilización llegan a ser tan sobresalientes, por encima del resto, que podemos sugerir que dentro de los subalternos, los obreros de la COB logran ejercer su hegemonía y de la mano de ésta se abre el horizonte de un proyecto societal más democrático e incluyente.

García Linera,⁷⁵ enumera una serie de particularidades del movimiento obrero que explican su fuerza, sus alcances y limitantes, mismas que podemos resumir de la siguiente manera para entender por qué es que sindicalismo y

⁷⁵ Álvaro García Linera, *Sociología de los movimientos sociales* en Bolivia, págs. 29-103.

construcción de ciudadanía son procesos paralelos -incluso sinónimos- en la historia reciente de Bolivia:

1.- Célula organizativa en torno al centro de trabajo. Sindicato como unidad.

2.- Discurso unificador y construcción de un proyecto de larga duración sobre la base de la permanente valoración de la fuerza de trabajo manifestada en última instancia como lucha por la defensa salarial.

3.- Formación de una red organizativa, sólida, jerárquica, disciplinada y sobre todo con fuerte presencia física y arraigo moral y simbólico a escala nacional.

4.- Capacidad de movilización conjunta, escalonada y siempre logrando impacto en todo el territorio nacional.

5.- Deliberación, discusión y asimilación del proyecto obrero a partir de prácticas internas democráticas. Combinación entre horizontalidad y verticalidad en la toma de decisiones.

6.- Identificación del Estado-nacionalista como regulador del conflicto e instancia máxima de interlocución.

Analizando con detenimiento estos seis puntos podemos tener una imagen relativamente acabada de lo que fue el movimiento obrero en aquella época y entender con este ejemplo cómo se articula la relación entre vida cotidiana y movimiento político-social, apelando para ello a los recursos teóricos que presenté en el capítulo anterior y que conforman un ciclo societal único.

El primero de estos puntos refiere, a la que quizá es la condición fundamental sin la que ninguna acción social colectiva logra sostenerse como una posibilidad real en un contexto de permanente tensión y conflicto frente a la “iniciativa de los grupos dominantes”; esta condición es ese “anclaje estructural”, que en el caso del movimiento obrero estaba materializado en el centro de trabajo. Cuando en las líneas anteriores hice alusión a la territorialidad como dimensión física, material, pero también como espacio de producción y reproducción de valores y significados compartidos me refería justamente a los procesos de identificación del sujeto social en tanto que miembro de una colectividad, que se lleva a cabo desde la práctica cotidiana de roles y responsabilidades dentro de una territorialidad que alberga y protege ese sentido unitario de clase.

2.4.- Militarización y clientelismo: el Pacto Militar-Campesino (PMC).

El gobierno del MNR surgido de la revolución de abril encuentra su límite en el año de 1964, fecha para la cual ya se habían reconstituido las más importantes fuerzas reaccionarias y establecido de nuevo el pacto político, militar y económico con el imperialismo norteamericano. Es importante recalcar, que lo que se agota en el 64 es la forma burguesa-corporativista en que cristalizó la revolución de abril, es decir, buena parte de la institucionalidad populista que fue dirigida y administrada por un partido reformista que en el fondo nunca atacó ni logró dismantelar de raíz las viejas estructuras de explotación económica.

La militarización asume, entonces, el papel de represión y contención clientelar en un momento en el que el modelo burocrático-corporativo del MNR se paraliza. De cualquier manera no puede decirse, tampoco, que bajo la égida del militarismo barrientista se haya logrado contener a todas las fuerzas populares del campesinado, si bien no hay duda de que su poderío movimientista se reduce en un grado dramático. En todo caso, lo que sucede con el General Barrientos es un proceso de desmantelamiento ante la opción estratégica de no ver perdidas las conquistas de los años anteriores y mantener de esa manera su presencia política, si bien limitada, dentro de la estructura estatal.

Por ejemplo, el PMC,

tropezó en el propio frente campesino cuando Barrientos quiso llevar a la práctica las recomendaciones norteamericanas de imponer un impuesto universal a la propiedad de la tierra. Se había formado en la conciencia del campesinado una imagen perdurable de su relación con el Estado, que legitimaba la vigencia de ciertas concesiones incuestionables. Así, Barrientos acabó echado a pedradas cuando

quiso explicar las ventajas del impuesto a una concentración campesina en Achacachi.⁷⁶

El PMC inicia, de cualquier manera, un ciclo societal en el que la dinámica de las clases subalternas tiene que entrar en un periodo de repliegue, volver sobre las bases y negociar a través de las corporaciones prebendalmente con la institucionalidad del Estado que echa a andar a su vez la fuerza de su maquinaria represiva buscando con ello arrebatarles los espacios autónomos de organización política.

Este ciclo societal militarizado se prolonga hasta 1978, sin embargo, se empalma de una manera muy interesante a partir de 1971 con la Asamblea Popular, con un nuevo ciclo caracterizado por el ascenso de la movilización indígena-campesina que signará casi en su totalidad esa década.

Luego de la muerte de Barrientos en 1969 y hasta 1971 se viven un par de años, bajo los gobiernos de los militares nacionalistas Alfredo Ovando (septiembre 1969-octubre 1970) y Juan José Torres (octubre 1970-agosto 1971), en los que diversas fuerzas populares, pero sobre todo el movimiento obrero organizado en torno a la COB, recobran su empuje democrático y una renovada tendencia socialista.

La Asamblea Popular será la cristalización de ese intento nacional-popular por romper con las rémoras del proyecto nacionalista-popular sobre el que todavía se había apoyado Barrientos y que, justamente, por ello se hacía

⁷⁶ Silvia Rivera Cusicanqui. "Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)", en: Pablo González Casanova (coord.) *Historia política de los campesinos latinoamericanos*. México, Siglo XXI editores, Tomo III, pág. 196.

imperioso trascenderlo.

2.5.- La reinsurgencia indígena-campesina.

Hablar de movilización indígena posterior al 52 de *grosso modo* es referirse fundamentalmente al katarismo indianista de los 70's. Sin embargo, para continuar con la línea de análisis que hemos estado trabajando, es importante rastrear algunos episodios clave en la historia de dichas luchas anteriores a 1952, y aún en los años posteriores a la revolución, para lograr aprehender sus características específicas y para ver de qué manera las luchas indígenas se combinan, a veces matizándose hasta ser casi imperceptibles y otras asumiendo la organización hegemónica, con el conjunto de las luchas democráticas en el país.

Para lograr tal comprensión sobre las luchas campesinas e indígenas en Bolivia, es necesario plantear la relación en tres dimensiones estructurales que configuran la participación de estos sujetos en el campo político, a saber, la dimensión de clase, la étnico-cultural y la de nación.⁷⁷

En ese sentido es obligado establecer el vínculo entre la “memoria corta” y la “memoria larga” de las luchas de las comunidades indígenas para comprobar de qué manera estos dos catalizadores de la movilización se articulan siempre en la contemporaneidad, haciendo ese puente entre memoria-crisis-utopía.

⁷⁷ Xavier Albó. “Etnicidad y clase en la gran rebelión Aymara/Quechua: Kataris, Amarus y Bases. 1789-1781”. En: Fernando Calderón y Jorge Dandler (comps.), *op. cit.*, págs. 53-119.

Esta triple dimensionalidad societal que planteo aquí como plataforma sobre la que se proyecta la lucha política indígena-popular en Bolivia en los años recientes, tiene que ver de hecho con una realidad mucho más compleja ya que implica, directamente, la propia cosmovisión de dichas comunidades sociales a la vez que permite observar la intrincada forma de relacionalidad con otras culturas y formaciones sociales.

Memoria-crisis-utopía, representan un puente entre pasado, presente y futuro como tiempos históricos y como espacios sociales cargados de significatividades y subjetividades específicas; pero no de una forma parcial o excluyente sino dialéctica, que a partir de síntesis abiertas mantienen la dinámica de la sociedad y que de olvidarse harían no sólo imposible la comprensión sociológica de los procesos de lucha, sino también complicarían las posibilidades de encuentro entre diversas expresiones concretas de la resistencia, del antagonismo y de la autonomía.

La restauración del orden cósmico -que la idea de un tiempo histórico lineal y progresivo rehúsa comprender, a no ser como un “volver atrás la rueda de la historia”- puede ser aprehendida también con el concepto de **nayrapacha** [...] pasado, pero no cualquier visión de pasado; más bien, ‘pasado-como-futuro’, es decir, como una renovación del tiempo-espacio. Un pasado capaz de renovar el futuro, de revertir la situación vivida [...] Esta visión de la historia [podría iluminar] la interpretación de la rebeldía indígena, pasada o contemporánea.⁷⁸

Por lo antes expuesto, es necesario remontarnos a las postrimerías del siglo XVIII con la rebelión de los Kataris que se inserta a su vez en un ciclo de

⁷⁸ Silvia Rivera Cusicanqui, *Pachakuti: los aymara de Bolivia frente a medio milenio de colonialismo*, La Paz, Taller de Historia Oral Andina THOA / Ediciones Aruwiyiri, 1991, pág. 10.

ascenso de luchas y rebeliones que le anteceden, el ciclo revolucionario del siglo XVIII, pero que sin duda encuentran ahí un momento de claridad singular pues representa uno de los esfuerzos más logrados hasta entonces de romper con las amarras coloniales, es decir, un rebelión francamente anticolonial, una “nueva conquista”⁷⁹ pero esta vez por parte de los propios indios; también la guerra federal de 1899 en la que los indígenas participan, primero como parte de las tropas liberales y, después enarbolando un proyecto propio⁸⁰ y, porque fueron ellos en aquel momento, antes incluso que las organizaciones obreras, los que al abrir el horizonte de las luchas subalternas en el siglo XX pusieron por delante la lucha anticolonial como condición de un nuevo pacto nacional.

Este es probablemente uno de los rasgos más complejos de las luchas indígenas, rasgo que les diferencia dentro de la complejidad de expresiones políticas subalternas pero que a la vez permite establecer vínculos de unidad con el resto.

Tal como se argumentó, anteriormente, en relación a la acumulación de experiencia de los obreros, en el periodo que va de la guerra del Chaco a la Revolución del 52, lo nacional-popular jugó en el nivel material de reproducción de la vida y en el imaginario social de estas clases un papel de catalizador, de detonante de la lucha política que desembocó en la ruptura de la hegemonía impuesta por las clases dominantes desde principios del siglo XX.

Pues bien, entre los grupos indios, particularmente los del Altiplano,

⁷⁹ Sinclair Thomson, *Cuando sólo reinasen los indios. La política Aymara en la era de la insurgenia*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2007, primera reimpresión, pág. 3.

⁸⁰ Silvia Rivera Cusicanqui, “Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)”, págs. 146-207.

aymaras y quechuas,⁸¹ el anticolonialismo antes que el nacionalismo, pero sin excluirlo, juega ese papel unificador dentro de la subalternidad que ha permitido ir ampliando paulatinamente el horizonte de sus luchas.

El hecho de que sea la crítica a la colonialidad antes que la asimilación a una idea de nación lo que movilice a las comunidades indígenas del Altiplano es una cuestión que se explica históricamente. El referente más importante proviene sin duda de la rebelión indígena de finales del siglo XVIII cuando indígenas aymaras,⁸² se levantan en armas frente a las expoliaciones sufridas por el orden colonial y llevan a delante ese intento de una “nueva conquista”, con el afán de recuperar el control sobre sus tierras y la libertad sobre su trabajo.

Aquella rebelión, finalmente frustrada por el mejor armamento de las fuerzas reales tuvo, sin embargo, tremendas consecuencias en el imaginario de las clases subalternas, pero también entre los dominantes que todavía están vigentes y se han reactualizado en el más reciente ciclo rebelde. Sobre este tema existen ya muchísimos trabajos, aquí recupero algunos de los puntos que me parecen más importantes y que tienen que ver con esa triple dimensionalidad del conflicto señalada párrafos arriba:

⁸¹ Hasta los años noventas del siglo pasado, las comunidades indígenas de la región de la amazonia no habían tenido una participación activa en el campo político boliviano por lo que la referencia está siempre ubicada en la región altiplánica, que es además la que tiene un peso demográfico mayoritario, sin mencionar la importancia económica, política y aun cultural. Por otra parte, es también en los ochentas y durante los noventas cuando indígenas aymaras y quechuas se desplazan hacia el oriente, particularmente a la región del Chapare, expulsados del Altiplano por la crisis económica de la minería, lo que implicó una traslación también de las lógicas de organización y movilización política impregnada por el sindicalismo minero y campesino. Ver: 1.6 y 1.7 de este capítulo.

⁸² La rebelión “Panandina” empezó en la capitania del Alto Perú, lo que hoy es Perú, con la sublevación del cacique José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru, que encabezaba a indígenas quechuas y se extendió hasta la región del Charcas, al Altiplano boliviano, donde los principales focos de insurgencia estuvieron protagonizados por indios aymaras, liderados primero por Tomás Katari y después por Julián Apaza, Tupac Katari. Ver: Sinclair Thomson, *op. cit.*

1) Ante el permanente ataque por parte de los q'ras (criollos, mestizos y peninsulares) los indios defienden una noción de justicia e igualdad basada, en parte, en su propia tradición comunal y, sobre el principio de ciertas legislaciones y autoridades coloniales. Así, por ejemplo, antes de empuñar las armas el primer Katari, Tomás Katari, exigía al corregidor español Alós le fuera respetado su “derecho ancestral para ser kuraka de su parcialidad” por lo que “emprendió a pie un largo viaje de 600 leguas (3 000 kms.) hasta Buenos Aires, la sede virreinal a la que pertenecía Potosí”. Sin embargo la respuesta del corregidor fue el encarcelamiento para Katari en varias ocasiones y el asesinato para otros indios que exigían derechos similares. A partir de entonces inicia la rebelión en la región de Chayanta y Charcas que después fuera liderada por Julián Apaza, Tupaj Katari.⁸³ Este tipo de ejemplos se repiten en 1899 y en el “primer ciclo de rebeliones indias” del siglo XX.⁸⁴ Ello explica la contemporaneidad de las luchas indígenas en cada momento histórico, pues lejos de querer redimir un pasado prehispánico, éstas buscan articularse con la sociedad haciendo valer sus derechos. Una relación similar se da en el caso de la escuela rural implementada por el Estado oligárquico de principios del siglo pasado para aculturizar a los indígenas, en tanto que para ellos representaba una manera de hacerse de herramientas para poder interpelar a los dominantes en sus propios términos.

⁸³ Xavier Albó, *op. cit.*, págs. 67-70.

⁸⁴ Silvia Rivera Cusicanqui, *op. cit.*

2) Apropiarse de ciertas leyes y normas de los dominantes para lograr articularse de una manera más equitativa con el resto de las clases sociales no equivalía a restituir o a continuar con la aceptación de los mecanismos de explotación y dominación y, sin embargo esta disposición podría arrojar luz sobre la “tendencia a la unificación” de los subalternos, en el sentido gramsciano, lo que refiere también a la visualización temprana y permanente por parte de los indígenas del Estado como espacio relacional de conflicto más que como un ente abstracto. Es decir, se asume que la participación o incidencia en el Estado, que por lo demás comienza desde los ámbitos más locales, impactará de forma determinante en la vida cotidiana de las comunidades, por lo que se convierte en un objetivo constante. Entonces, las rebeliones indígenas llevan en su seno la tendencia a la transformación radical de las estructuras de dominación que pasan por las instituciones estatales como eje neurálgico desde donde ésta es diseñada, administrada y ejecutada. Dicha transformación estatal, lo que ahora ha dado en llamarse “descolonización del Estado”, es el aporte más importante de las rebeliones indias al conjunto de las luchas democráticas en Bolivia, si bien ello no resuelve los problemas estratégicos de alianzas con otras clases. La transformación de la estructura estatal no es únicamente en función de la raza, es decir, no se trata de una confrontación burda entre indios y q’ras, mucho menos entre civilizados y bárbaros, sino de la explotación del capital sobre el trabajo y contra la dominación cultural e ideológica a nivel superestructural.

La relación crucial **no** se define en términos de un conflicto de “razas”, opuestas irremediamente por diferencias hereditarias de “sangre”, **ni** en términos de un conflicto entre dos “razas” separadas por la indeleble brecha entre dos culturas diferentes. Si la relación más crucial es la sujeción de una fuerza de trabajo compuesta por el 70 a 75% de la población y su forzosa exclusión del producto social, entonces la transformación del sistema no requiere el genocidio, sino la destrucción del aparato que asigna automáticamente a individuos a uno u otro estamento, transfiriéndose el poder a manos de un campesinado hasta entonces dominado.⁸⁵

Esto mismo, con distinciones de contexto, puede registrarse en 1781; en 1899; en 1924; 1953; 1973 y más recientemente en 2001 y 2003.

3) La “violencia” como ordenador de la relacionalidad societal en Bolivia es otra de las profundas marcas que han dejado las confrontaciones entre indios y q’aras desde la época colonial hasta la actualidad y que termina por configurar el significado de la colonialidad, el cual va más allá de la exclusión o sometimiento étnico o racial y que impacta de forma directa en las relaciones económicas, políticas y sociales.

Como ya se señaló, el obrero de las minas de estaño representó en el desarrollo de la democracia boliviana a la clase más emprendedora. Después de la revolución del 52 los indígenas-campesinos asumieron también un rol disruptivo y en algunos casos más radical que los propios mineros, tal como se dejó ver con la toma de las tierras de las haciendas en 1953 y de esa forma

⁸⁵ Andrew Pearse, “Campesinado y Revolución: el caso de Bolivia”, en: Fernando Calderón y Jorge Dandler (comps), *op. cit.*, pág. 335.

presionar al MNR para que a fines del mismo año se decretara la reforma agraria la cual “reflejó el cambio de la correlación de las fuerzas sociales y expresó el carácter inmediato de las reivindicaciones del campesinado: eliminación del gamonalismo, servidumbre, reafirmación de la conciencia nacional del campesinado, de su ciudadanía, la distribución de tierras, educación”.⁸⁶

Sobre el proceso posterior a la revolución de abril es importante señalar la importancia que tuvieron los sindicatos campesinos en la organización e interpelación de estas clases y el Estado nacionalista-revolucionario. Cabe recordar que el sindicato campesino es otra de las formaciones políticas en las que las clases subalternas encuentran un medio de organización, de resistencia, frente a la crisis posterior al Chaco y que además les permite establecer vínculos políticos e ideológicos con sectores urbanos.

Sin embargo, la capacidad movimientista de este sector ligado fuertemente a la *territorialidad* rural, dejó de significar un polo dinámico del antagonismo social casi después de la reforma agraria, en parte porque ésta, prácticamente solamente sirvió para atemperar la crisis social desatada por el campesinado, pero no representó realmente la “política agraria del Estado” que más bien estuvo dirigida hacia “la expansión de las fronteras agrícolas” y, a la capitalización del sector mediante la formación de “empresas agroganaderas”⁸⁷ y, durante la siguiente década principalmente por su filiación al Pacto Militar-Campesino (PMC), como se explicó en el apartado anterior.

⁸⁶ Fernando Calderón y Jorge Dandler, *op. cit.*, pág. 35

⁸⁷ *Ibidem.*

De ahí que la insurgencia del katarismo-indianista de la década de los 70's signifique no solamente el resurgimiento de las comunidades indígenas, tanto en el campo como en las ciudades del Altiplano, sino principalmente el hecho de que ese despertar implicó que apareciera en el "campo político" boliviano posterior a 52 el *indígena como sujeto político antagónico* y se iniciara así, el debate sobre los procesos de dominación colonial que habían prevalecido después de la propia revolución y fueron manejados por el NR como mecanismos de integracionismo y, en el fondo como una manera actualizada de la dominación.

Para ubicar en una dimensión crítica la experiencia del katarismo es necesario leerlo a partir de las distintas coyunturas de resistencia y lucha de las comunidades indígenas, para situarlo en su contexto histórico y extraer de ahí algunas de las conclusiones que todavía hoy no han dejado de tener importancia.

Como hemos visto en los puntos anteriores la acumulación en el seno de la clase obrera en el preámbulo y en los años siguientes al 52, fue posible en gran medida a partir de la actividad político-ideológica-militar que las organizaciones sindicales llevaron a cabo principalmente cuando se colocaron como antagonistas del Estado. El caso de las luchas indígenas tiene también una fuerte carga de antagonismo antiestatal pero con una característica propia fundamental: el hecho de que en este caso lo que se disputa no está necesariamente dentro de los marcos institucionales liberales y tampoco pasa por las ideologías de izquierda (troskista, marxista, comunista, etc.).

Lo que nos interesará es observar cómo la lucha por la posesión de la tierra, el espacio de la reproducción colectiva, ha adquirido rasgos cada vez más unificadores al convertirse en una lucha por la *territorialidad indígena*, en una nación que permanentemente les ha mantenido fuera de las decisiones que les afectan directamente.

La resistencia indígena, la sobrevivencia de lógicas de organización y movilización política pasa, entonces, necesariamente por la puesta en práctica de los “acervos de conocimiento” que se construyen, conservan o transforman en las relaciones cotidianas de la colectividad.

Según lo planteado, anteriormente, con la revolución nacional-popular se inicia un proceso crítico de acumulación en el seno de la clase obrera que permitió la disputa contra el Estado. Si bien este fue en sus inicios un proyecto de las clases trabajadoras, muy pronto encontró sus límites al convertirse en un proceso de dirección burgués-oligárquico y al quedar atrapado también bajo las imposiciones imperialistas, es decir, que los dos frentes contra los que se había iniciado la revolución, antioligarquía y antiimperialismo, se volvieron pronta y trágicamente las cabezas directivas del proyecto nacionalista y con ello la fuerza de los sindicatos quedó subsumida, subalterna.

2.6.- “Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre”.⁸⁸ El Katarismo como proyecto descolonizador.

El movimiento indígena-campesino posterior a la revolución del 52 tiene en el katarismo-indianista de los años 70's su más clara y aleccionadora expresión. Las raíces profundas del katarismo provienen de la “memoria larga” de las comunidades indígenas aymara y quechua del Altiplano boliviano y rearticulan las tradiciones de resistencia y lucha que llevaron a delante, en 1781, Tupac Katari y Bartolina Sisa, además de Pablo Zárate Willka en 1899 durante la llamada guerra federal.

La de Katari y la de el “terrible Willka” son apenas los nudos más gruesos de un larguísimo proceso de resistencias y luchas indígenas en la historia colonial y post-colonial de Bolivia y, en ese proceso el katarismo juega un papel a la vez de síntesis de los anteriores y de prefiguración de los venideros, es decir, de las recientes movilizaciones y rebeliones indígenas aymaras y quechuas a partir del año 2000, porque ya en él se expresan de manera nítida los contenidos emancipadores de las luchas indígenas, pero también de las significativas expresiones de los pueblos amazónicos a principios de los 90's del siglo pasado, por lo que su revisión no deja de ser importante para entender justamente el más reciente “ciclo rebelde” en las que el núcleo de las comunidades indígenas han resultado fundamentales en el proceso.

⁸⁸ Tomado de: Manifiesto de Tiawanacu. Incluido en: Guillermo Bonfil Batalla (comp.), *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, págs. 216-223.

En base a esta lógica, podemos pensar que el katarismo implicaría para los indígenas en tanto que clases subalternas, en un primer momento la aparición de “formaciones propias [...] para reivindicaciones de carácter reducido y parcial”, que encontrarían un límite infranqueable en el contexto de cierre de los años 80's pero que se convertirían sin duda en el germen de “las nuevas formaciones que afirmen la autonomía”

Decir que el katarismo de los años 70's es un movimiento descolonizador, se debe a que su irrupción y presencia en la vida política hace nuevamente evidente la dinamicidad de los grupos subalternos indígenas que traen consigo la carga de una forma de dominación característica de la sociedad boliviana, y que nunca más dejará de ser un detonante de movilización y lucha: la “subalternidad racial”.

El peso específico de este tipo de relacionalidad social determina desde el principio, los márgenes y límites de las posibilidades de acción de los subalternos convirtiéndose en la estructura de dominación en torno a la cual se articulan el resto. Por tanto, el hecho de que sean estos grupos dominados los que construyen, por medio de sus organizaciones, un discurso político-ideológico que hace visibles dichos mecanismos de exclusión y que procura ir rompiendo con las estructuras de dominación sobre la base de valores raciales (discursivas, políticas y sociales) pero también económicos, representa un esfuerzo de participación crítica en el campo político boliviano.

Así, el manifiesto de Tiawanacu (1973), documento matricial de este movimiento, expresa con agudeza la situación de colonialidad a la que estaban sujetos estos pueblos:

Nosotros los campesinos quechuas y aymaras, lo mismo que otros culturas autóctonas del país [...] nos sentimos económicamente explotados y cultural y políticamente oprimidos. En Bolivia no ha habido una integración de culturas sino una superposición y dominación, habiendo permanecido nosotros en el estrato más bajo y explotado de esa pirámide. Una de ellas, quizá la mayor de todas, es la falta de participación real de los campesinos quechuas y aymaras en la vida económica, política y social del país. Pensamos que sin un cambio radical en este aspecto será totalmente imposible crear la unidad nacional y un desarrollo económico dinámico, armónico, propio y adecuado a nuestra realidad y necesidades.⁸⁹

Este documento es rico por el diagnóstico y balance que ofrece sobre la propia situación política de las comunidades indígenas y campesinas y sobre el contexto político boliviano en el que critica la limitación de la revolución del 52 por cuanto que muchos de sus impulsos democráticos quedaron cooptados por la lógica clientelar y paternalista del MNR y luego por el militarismo barrientista, así como la recurrencia de los partidos políticos y del sistema político en general por minimizar las capacidades políticas de los indígenas, y afirma que:

[...] la única solución está en la auténtica organización campesina [...] El campesinado ha sido una fuerza pasiva porque siempre se quiso que fuera algo totalmente pasivo. El campesinado es políticamente lo que los políticos han querido que sea: un mero sustentáculo para sus ambiciones. Solamente será dinámico cuando se lo deje actuar como una fuerza autónoma y autóctona.⁹⁰

Sobre el katarismo de los 70's pueden desprenderse tanto elementos positivos como negativos. Me parece, sin embargo, que el balance de esa década es alentador en tanto que sí se logró construir una identidad subalterna

⁸⁹ Manifiesto de Tiawanacu, *op.cit.*, págs. 216-223.

⁹⁰ *Ibidem*, págs. 220 y 221.

política, sentando las bases sólidas de un movimiento indígena-campesino autónomo, impulsado por prácticas y saberes comunitarios tanto rurales como urbanas, que a la postre sería fundamental como memoria que articula contenidos emancipadores.

Los orígenes del movimiento están en las postrimerías del gobierno militar de Barrientos, cuando en protesta por la intención de establecer un “impuesto único agropecuario por la propiedad individual de la tierra”⁹¹ se organiza el Bloque Independiente Campesino que implica un tendencial rompimiento con el PMC, y que luego tendrá una participación restringida en la Asamblea Popular. De ahí se empezaron a gestar distintas organizaciones tanto sindicales como políticas y culturales que tenderán puentes de comunicación –parte de la estrategia consistía en la emisión radiofónica de programas en lengua aymara– entre una nueva generación de líderes sindicales y campesinos de las comunidades rurales y los jóvenes indígenas aymaras y quechuas, establecidos en las zonas urbanas, principalmente en La Paz, que supieron mantenerse y ampliar sus canales de influencia política-ideológica, incluso durante el gobierno militar de Hugo Bánzer (1971-1978).

Es justamente después de la “masacre de valle” en 1974, en Tolata y Epizana, cuando el katarismo entra en una fase de radicalidad política que muchas veces obliga a la clandestinidad y cuando se hace evidente que el consenso y diálogo con el gobierno está clausurado, es decir, la reacción represiva de la dictadura banzerista contra las comunidades indígenas y

⁹¹ Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980*, La Paz, Ed. Yachaywasi, 2003, pág. 144.

campesinas lograron

quebrar el sustento ideológico de la subordinación campesina al Estado [...] En efecto, la masacre del valle se convertirá en el tema fundamental de denuncia del Pacto Militar-Campesino y de toda la herencia de corrupción y manipulación que había dejado el MNR. Ello permitió el fortalecimiento de las corrientes del sindicalismo agrario independiente, en especial del katarismo, y la sustancial modificación de las percepciones colectivas del grueso del movimiento campesino-indio y mestizo frente al Estado y la estructura de poder heredados de la revolución nacional.⁹²

Paulatinamente, entonces, el katarismo pasó de ser una corriente culturalista, de promoción y defensa de los valores de la cultura indígena-campesina anclada en la memoria de Tupaj Katari y de la resistencia histórica de las comunidades con un alcance regional, a convertirse en una línea sindical que fue la principal tendencia de ruptura con el oficialismo estatista ganando filiaciones a nivel nacional aunque, fundamentalmente en el altiplano y acercando vínculos político-ideológicos con el sindicalismo minero criticando a la vez, las tendencias ortodoxas de la izquierda nacional.

Así, en 1978 se forman dos organizaciones más al interior del katarismo, el Movimiento Revolucionario Tupaq Katari (MRTK) con relaciones “más flexibles hacia las organizaciones de izquierda”⁹³ y el Movimiento Indio Tupac Katari (MITKA) con un discurso mucho más esencialista, renuente a las alianzas con los sectores de la política no indígenas. La consolidación sindical del movimiento katarista se da en 1979, con la organización de la Confederación Sindical Única

⁹² *Ibidem*, pág. 158.

⁹³ *Ibidem*, pág. 169.

de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) afiliada a la COB lo que uniría aún más las relaciones entre sindicalismo campesino y el minero, alianza que resultara fundamental en la oposición abierta al golpe militar de Busch ese mismo año.

2.7.- Crisis económica y cierre democrático. El vuelco neoliberal.

El esquema económico implantado desde 1952, que tuvo su mayor impacto a partir de la nacionalización de las minas, encontró su límite estructural a principios de la década de los 80's. En esto, no pueden obviarse desde luego los cambios que se dieron en la economía global desde finales de la década anterior, y que se hicieron visibles justo en estos años, siendo América Latina una de las regiones en las que el modelo neoliberal se pusiera en práctica con más prestancia y Bolivia, junto con Chile, los primeros países de Latinoamérica en los cuales se implementó de la mano de las dictaduras militares.⁹⁴

Hasta donde hemos avanzado en esta revisión sumaria de la historia de las clases subalternas en Bolivia, la década de los ochentas, a diferencia de otros momentos de crisis y repliegue, representa una coyuntura que marca la culminación del ciclo societal anterior caracterizado por la confrontación antagónica entre lo popular, campesinos, indígenas y obreros, y el bloque militar que se prolonga hasta 1978 cuando Hugo Banzer llama a elecciones generales que terminarán con el intento de golpe de Estado del Gral. Natusch Busch en

⁹⁴ En el año de 1985, el presidente Víctor Paz Estenssoro firmaba el Decreto Supremo 21.061.

noviembre de 1979; y a partir de ahí se da un proceso complejo de democratización que arrancaría nuevamente desde la acción de las clases subalternas, de lo que en aquel momento Zavaleta bautizara como la *multitud*⁹⁵, un colectivo abigarrado de sectores populares, entre los que ya figuran los indígenas aymaras del Altiplano como sujetos políticos, pero que sigue manteniéndose bajo la dirección del movimiento obrero, del sindicalismo y de la COB como cabeza.⁹⁶

De esta manera se inicia lo que desde mi perspectiva llamaría como el *ciclo societal neoliberal* y que como los otros, tiene sus propias particularidades, estructurales y a nivel de la praxis política de los subalternos; ya que a pesar de registrarse lo que García Linera llama “unipolaridad multipartidista de derechas” en el marco del campo político boliviano no deja de haber tensiones entre el Estado y los subalternos que paulatinamente van convirtiéndose en fisuras en el interior de las estructuras de dominación y nuevas crisis socio-políticas.

La relevancia de este ciclo societal radicaría en el hecho de que es en él cuando tienen lugar una serie de *reformas* y procesos económicos, políticos y

⁹⁵ Con el paso de los años, y con mayor relevancia a partir de los procesos de rebelión iniciados en el año 2000, el concepto de multitud se ha tornado fundamental para su explicación y análisis. Actualmente son varios los autores que lo utilizan y, aunque podría decirse que existe cierto consenso en su definición, es también dable decir que siguen persistiendo diferencias sutiles en su aplicación. En el siguiente apartado abordaré parte de este debate. En el caso de Zavaleta, pareciera darle un uso mucho más descriptivo que analítico, es decir, le resta importancia al concepto y da énfasis al proceso concreto en el que se inscribe su uso. En su análisis, en particular del proceso de democratización popular de 1978-1980, la multitud es acaso una confluencia, no menor pero a la postre intrascendente, de varios sectores populares que todavía encuentran en el movimiento obrero el eje articulador de las demandas. Dice Zavaleta: “Lo que se produce en realidad es una asonada de la multitud, un aquelarre de la muchedumbre. El actor es el pueblo de La Paz” [...] “Debe resumirse diciendo: la revuelta de la multitud, conmovida de una manera no quiliástica sino programática, porque la interpelación es proletaria...” René Zavaleta Mercado, “Las masas en noviembre”, en: René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia, hoy*, págs. 20 y 22.

⁹⁶ *Ibidem*.

sociales que le dan fuerza y sentido histórico, más allá de las coyunturas nacionales e internacionales a las rebeliones populares más destacadas en la historia corta de Bolivia, las que han implicado una transformación más profunda en la correlación de las fuerzas materializadas en el Estado, mismas que sin ser definitorias aún, posibilitan vislumbrar horizontes concretos de autonomía integral.

La pregunta crítica consistiría en: cómo articular estos dos polos contextuales y conflictivos que son la crisis económica, expresada como hiperinflación, y el cierre democrático que implica la cancelación o negación de cualquier mecanismo de mediación y negociación entre las clases trabajadoras y el Estado y, de ahí con el mercado. De entrada, pudiera parecer contradictorio que justo en los años posteriores en los que los militares dejan el control del aparato estatal y se reproduce en aparente tranquilidad y prosperidad el sistema político institucional, es decir, cuando la democracia retorna a la dinámica pública vía partidos políticos, se diga que lo que se vive en realidad es una época de “cierre democrático”.

La apuesta por un sistema de partidos políticos y por el establecimiento del sistema de democracia representativa como mecanismos que logran establecer pactos y vínculos más directos, y por tanto libres de la burocracia estatista, entre las del “fuerzas mercado” y la “sociedad civil” fue un propósito perseguido por la región entera a partir de los ochentas⁹⁷ y respaldado por no pocos intelectuales y académicos convertidos, con el paso de los años, en los

⁹⁷ Ver: Atilio A. Boron, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, págs. 149-184.

ideólogos de la transición y de las reformas estructurales, mostrando nuevamente que el fin de las ideologías no es sino la re-actualización y agudización de éstas, en este caso, otra estrategia ideológica de ofensiva conservadora.

“...el sistema democrático boliviano ha alcanzado el “umbral de la regularidad” creando algunas condiciones políticas necesarias para su consolidación progresiva [...] este eje político se constituyó en torno a tres partidos mayoritarios (MNR, ADN, MIR). Su conformación ha sido posible por el gran desplazamiento del horizonte ideológico que se ha producido tras el derrumbe del populismo y de la ortodoxia marxista. Las tendencias ideológicas prevaecientes convergen con matices diferentes en la corriente internacional de modernización neoliberal de la economía y del Estado [...] el cambio del horizonte ideológico ha reducido notablemente los antagonismos que dominaron la política boliviana. Los conflictos radicales en torno a las grandes utopías políticas ya no dominan la lucha política y ceden ante un tipo de competitividad de carácter pragmático que se organiza en relación a problemas concretos.⁹⁸

Y sin embargo, me parece que el argumento tenía un problema insuperable desde el inicio. Desmantelar el aparato estatal buscando barrer de tajo con el corporativismo, el burocratismo, el clientelismo, entre otros, con el afán de la muy esperada modernización y democratización de dicha estructura como preámbulo necesario, a su vez, para la recuperación y prosperidad económica y la estabilidad política tenía como condición indispensable para su propia realización la ruptura o distanciamiento entre las esferas de “lo social y lo

⁹⁸ René Antonio Mayorga, “Gobernabilidad, la nueva problemática de la democracia”, en: Mario Miranda Pacheco (comp.), *Bolivia a la hora de su modernización*, México, UNAM, 1993, págs. 331 y 333.

político” y, con ello, el desconocimiento de las más arraigadas tradiciones de lucha y movilización y, también de una cierta forma de *socialidad integradora* presente en las prácticas concretas y en los imaginarios colectivos de los dominados, negándose otra vez, ahora desde la semiótica neoliberal, la capacidad de las clases trabajadoras, de los subalternos, para organizarse como sujetos políticos. De ahí que no se pueda hablar en ningún sentido de democracia bajo esos términos, en un país en el que el pluralismo, “la condición multisocietal” que lo define, es invisibilizada y más aún, involucrada permanentemente en dinámicas ascendentes de dominación y explotación.

Luis Tapia habla del tipo de “síntesis histórica” que implica el neoliberalismo en Bolivia y describe:

“... es un horizonte interior que se proyectó y articuló en base a un núcleo oligárquico compuesto por elites económicas y políticas locales y otro grupo de burócratas y consultores internacionales que aportaron una buena parte de los planes y proyectos de la reforma. Por esto, se podría decir que es un horizonte interior armado desde arriba y desde fuera predominantemente, al que le prestan soporte algunos procesos, ideas individuos desde dentro y a lo largo del país.⁹⁹

Lo anterior nos permite reflexionar que el neoliberalismo en Bolivia fue ciertamente una política económica de emergencia -en sus inicios-, que tenía el objetivo a corto plazo de frenar la crisis económica con medidas de ajuste y reconversión de patrones de acumulación de capital, pero que pronto, es decir,

⁹⁹ Luis Tapia, “La densidad de la síntesis”, en: Álvaro García Linera, *et. al.*, *El retorno de la Bolivia plebeya*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2000, pág. 68.

en un lapso no mayor de quince años, produjo una serie de convulsiones sociales, políticas y culturales que revelaron la “densidad de la síntesis” propiamente neoliberal que es bien descrita por Tapia en la cita anterior.

El despido masivo de obreros de las minas de estaño, luego de la privatización de los yacimientos nacionales, más de 20 000 trabajadores que supuestamente serían “relocalizados”, representó la marcha forzosa hacia centros laborales, rurales y urbanos, que fueran capaces de absorber esa fuerza de trabajo. Sin embargo la crisis económica nacional era de tal magnitud que la informalidad del trabajo se volvió casi una regla general. Toranzo Roca, la describe así:

El agotamiento del patrón de acumulación, sustentado en el desplome de la minería, agravado por la política de empleo del régimen de Paz Estenssoro ***trajo de la mano un incremento nunca visto de la sobre población relativa***. El aumento del desempleo abierto, del subempleo, de la desocupación disfrazada y del fenómeno de la migración; el recrudescimiento del trabajo estacional, el aumento desmesurado del pequeño comercio en general, de las ocupaciones por cuenta propia, alteran drásticamente la estructura poblacional y su composición de clase.¹⁰⁰

El neoliberalismo, como modelo económico implantado para un funcionamiento periférico, generó mecanismo de supervivencia, de asociación y resistencia entre las clases subalternas llevando el núcleo del conflicto social y la disputa por el poder político a distintos espacios y encarnando la “subjetividad política” en diversos sujetos y grupos. Así, es dable sugerir que de la

¹⁰⁰ Carlos F. Toranzo Roca, *op. cit.*, pág. 129. Negritas en el original.

transformación drástica sufrida en estos años en la “estructura de poblacional y en la composición de clase” de la sociedad boliviana hayan cambiado también las formas en cómo el conflicto político se manifestaba entre dominados y dominantes, entre explotados y explotadores, de ahí también que la potencia socio-política de las comunidades indígenas surja como un mecanismo con contenido articulador entre las clases subalternas.

2.8. Criminalización del cultivo de la hoja de coca e insurgencia del movimiento cocalero.

Por aquel tiempo, la única actividad productiva que representaba una oportunidad concreta para recuperarse de la crisis era el cultivo de la hoja de coca, por lo que muchos de estos mineros del estaño encontraron en los valles de los Yungas y en el Chapare cochabambino un sitio propicio para su establecimiento familiar y para la reproducción material de su fuerza de trabajo.

Sin embargo, este nuevo proceso de colonización de las tierras de Oriente se da en un contexto de alineación de la administración del gobierno nacional frente al creciente intervencionismo estadounidense y, de organismos multilaterales que pugnaban por una “erradicación forzosa” de los cultivos de hoja de coca como medida de freno para el consumo de cocaína en los países desarrollados, principalmente en EUA.

La Ley 1008 -Ley del Régimen de la Coca y Sustancias Controladas- del 19 de julio de 1988, constituye el marco legal que regula las políticas estatales frente a la coca, sobre la que se sustentaron posteriores políticas gubernamentales como El Plan de Acción Inmediata Opción 17 Cero (1994), o el Plan por la Dignidad (1997).¹⁰¹

Allá donde los cultivos son considerados “excedentarios” o “ilícitos”, principalmente en la región del Chapare, en las tierras bajas de Cochabamba, se busca su erradicación total en aras de frenar la producción para el narcotráfico. Sin embargo, se sabe que ningún otro cultivo que pueda sustituir a la hoja de coca tiene los mismos rendimientos agrícolas, ni mucho menos puede igualar los ingresos obtenidos por éste.

El problema relacionado con la coca, pasa más por lo social, y en los últimos años también por lo político, que por lo económico. Los pobladores tradicionalmente asentados en el Chapare y los que llegaron en las distintas fases de colonización de la región, principalmente aquellos que arribaron luego de 1985, la mayoría mineros expulsados de sus centros de trabajo, establecieron en torno a este cultivo fuertes redes de cooperación y organización comunitaria, cuyo trabajo permanente reditúa efectivamente en un modo de subsistencia material que se incrementa en ciertas coyunturas internacionales, de ahí las constantes incursiones para el freno del cultivo, pero cuyo cultivo ha representado una de las pocas opciones para miles de familias “relocalizadas”.

¹⁰¹ Pablo Stefanoni, *El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)*, Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Pág. 17-18. Programa Regional de Becas CLACSO. 2002. Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/stefanoni.pdf>

Es fundamentalmente en ese contexto de permanente criminalización de los cultivos de coca por parte del Estado boliviano, que a su vez hace eco acrítico de los organismos internacionales y del gobierno norteamericano, que toma fuerza -primero a nivel regional y, paulatinamente, en las organizaciones de escala nacional como la CSUTCB- el “movimiento cocalero” cuya importancia política ha estado relacionada con el hecho de haber convertido la defensa de la hoja de coca en una demanda nacional al construir en torno a ésta “una narrativa de tipo culturalista”, que les permite encontrar respaldos desde mediados de los 80’s y, durante los años 90’s en diversos sectores populares, entre los indígenas del oriente y del altiplano.¹⁰²

Las organizaciones de los cocaleros han llegado a convertirse desde finales de la década de los ochenta en el máximo exponente de las luchas sociales en Bolivia a causa de su proverbial arrojo, y de la espectacularidad de sus movilizaciones. Ya desde 1994, cuando las federaciones de cultivadores de coca organizaron la *Marcha por la Vida, la Coca y la Soberanía Nacional* se dejó ver la capacidad masiva de convocatoria que tenían, al ser el núcleo más dinámico de las organizaciones campesinas adheridas a la CSUTCB y también en el conjunto de las luchas populares.¹⁰³

Destacan en el movimiento cocalero dos tendencias de estructuración que los ubicarán como sujetos políticos reconocidos: por un lado la organización de seis federaciones locales que se dan a la tarea de buscar y alcanzar la unidad

¹⁰² Pablo Stefanoni y Hervé Do Alto, *Evo Morales de la coca al palacio. Una oportunidad para la izquierda indígena*, La Paz, Imprenta Cervantes, 2006, pág. 51

¹⁰³ Ver: Andreu Viola Recasens, “¡Viva la Coca, Mueran los gringos!”, págs. 29-58.

ideológica y política necesarias para representar y defender un verdadero frente de intereses comunes; y por otro su temprana inclinación a participar en la vida política institucional buscando representaciones electorales, primero vía alianzas con partidos políticos establecidos y, luego consolidando *formaciones políticas propias* que paulatinamente van ganando legitimidad al interior del movimiento y espacios de representación institucional.

Primero fue la Asamblea de los Pueblos Originarios en 1992, confluencia política de diversos sectores indígenas y campesinos con motivo de los 500 años de la conquista española; luego la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP) en 1995; en 1998 el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP); en 1999 el Movimiento al Socialismo (MAS-IPSP) y el Movimiento Indio Pachakuti (MIP) en el 2000. Sin embargo la relación de estas diversas formaciones políticas de los subalternos, campesinos e indígenas que han incorporado las dinámicas de organización sindical, nunca ha estado ajena a tensiones y distanciamientos político-ideológicos entre ellas, fundamentalmente, en lo que se refiere a la estrategia de participar o no en las lógicas de la política institucional. Resulta de singular importancia resaltar su presencia durante todos esos años en los que se vive una época de cierre democrático y cuya participación y fuerza acumuladas serán de vital importancia en el ciclo 2000-2005.

2.9.- La retirada del minero como sujeto radical del campo político.

Entonces, la convulsión económica y política que propició la crisis de los años 80's y, que fue resultado en lo inmediato, de la aplicación del modelo neoliberal implicó que en la Bolivia contemporánea, heredera de la Revolución del 52, se cerrará un largo ciclo de política estatal, de aproximadamente 30 años, del nacionalismo-revolucionario, que como he sugerido antes, podría estar complementado o distinguido en su interior por otros ciclos societales que permitirían seguirle la pista a las clases subalternas en sus dinámicas de resistencia y antagonismo, para encontrar las distintas claves que ayudarían a explicarnos el ciclo societal de 2000-2005.

La Nueva Política Económica (NPE) tuvo al menos dos mecanismos para llevar adelante la desestructuración del movimiento nacional-popular signado, como ya hemos visto, por la presencia del sindicalismo; por un lado la desaparición objetiva de los centros de trabajo y con ello las distintas formas de asociación que se sostenían al interior y que permitían no sólo la reproducción material de los trabajadores y sus familias, sino también la afirmación de su vínculo identitario; y por otro, el despido masivo y la supuesta relocalización, en los años posteriores a la aplicación de la NPE, debilitaron la capacidad de articulación política representada por los mineros, es decir, se propició un mecanismo de ofensiva ideológica que logró dismantelar a los sindicatos y a los obreros -por lo menos aquellos que pertenecían a la COB y a la FSTMB- en tanto clase objetiva y su legitimidad ideológica, incorporando a las clases subalternas en un proceso sinuoso de despolitización y desmovilización.

La desproletarización global de la sociedad junto al fenómeno de la terciarización anómala de la economía, sumados a las distorsiones poblacionales y laborales que genera el narcotráfico, redefinen la estructura de clases de la sociedad [...] La modificación del fundamento estructural del movimiento popular, resumida en la desproletarización, **se expresa en el plano ideológico como una despolitización de la sociedad civil y una pérdida de la centralidad minera**, cuyos rasgos ya se presentan en la realidad. La despolitización referida no es un resultado de la desproletarización, ésta es únicamente una de sus explicaciones; existen otras de carácter político que poseen igual o más importancia. Entre ellas está el grave desgaste sufrido por la izquierda udepista durante su paso por el Gobierno entre 1982-85. Recordemos que el hundimiento de la economía en esa época en una metáfora real de 8.000 % de inflación. De otra parte, al referirnos a la despolitización lo que queremos mencionar es que, **se pierden o desvanecen las viejas creencias y conductas políticas fundadas en una paradójica credibilidad en la asociación: democracia de masas y nacionalismo revolucionario.**¹⁰⁴

Sin duda se asiste con ello al fin de un largo ciclo en el que el sindicalismo encabezó la parte más avanzada de las luchas democráticas en Bolivia. Dicho ciclo tiene su punto de partida en la Revolución nacionalista-popular de 1952, pero como he procurado mostrar en estas líneas logró echar raíces hondas entre el grueso de los sectores subalternos en Bolivia, de tal suerte que la irradiación de su potencial transformador también está presente en otros sectores y en diversos momentos de crisis políticas.

¹⁰⁴ Carlos F. Toranzo Roca, *op. cit.*, págs.132-133. Negritas en el original. Más adelante, el mismo autor dice sobre la COB y la FSTMB que: "No sólo se deprimió lo obrero dentro de la COB, ya por la desproletarización efectiva o por la anemia de su emisión ideológica, sino que asistimos a una realidad en la cual **el propio influjo cobista dentro de la sociedad civil se debilitó**. Más aún, no es exagerado afirmar –por lo menos para el corto plazo y para este instante coyuntural- que la COB se deslegitimó frente a la sociedad; su calidad de instrumento político idóneo está puesta en duda. La penetración de algunos rasgos de prebendalismo en fracciones de la clase obrera durante la UDP, el uso irreflexivo de la huelga general, el fracaso de la cogestión obrera en COMIBOL, los excesos del sindicalismo bancario y, en menor grado, de los empleados públicos, son otros tantos eslabones que **tejieron una mirada de rechazo o cuando menos, cultivaron una posición dubitativa y de recelo en muchos sectores sociales respecto de la COB y de la FSTMB.**" Págs. 142-143. Negritas en el original.

Es la muerte de la COB, esto es, del sentido, de las condiciones y proyecciones de la acción en común obrera que prevalecieron durante 40 años, pero también de la manera de inclusión del sindicato en la composición estatal. Es la muerte entonces no del sindicalismo sino de una particular manera material y simbólica de ser del sindicalismo que ya no existen ni van a existir más. Es también la muerte de una *forma* de la condición obrera y del movimiento obrero y no así del Movimiento Obrero que en los siguientes años podrá adoptar otras formas históricas.¹⁰⁵

La constatación de este hecho histórico me es importante por otra cuestión, la cual se presentará con más profundidad en el apartado siguiente. La retirada del minero como sujeto radical del campo político, luego de 1985 y hasta por lo menos el año 2000, tendrá un impacto doble: por un lado toda la experiencia generada desde el 52 dejará una enseñanza indeleble en la memoria de lucha, de resistencia y de conquistas entre los subalternos que la égida de los años neoliberales no podrá desaparecer, es decir, se convierte en un “acervo de conocimiento” socio-político que será reactualizado en la crisis del tiempo presente; por otro lado, es justamente ese acervo reactualizado lo que permitirá también ampliar los horizontes de acción, de lucha y de proyección política, pues al no encontrar en el Estado neoliberal ni en sus instituciones a ningún interlocutor legítimo entre los subalternos, tal como sí ocurría hasta el 85, la posibilidad de ocuparlo con un proyecto distinto al enarbolado por el movimiento obrero en los años anteriores se hará posible.

¹⁰⁵ Álvaro García Linera. “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política”. En: Álvaro García Linera, *et, al., Tiempos de rebelión*, pág. 38.

CAPITULO III

“Volveré hecho millones”¹⁰⁶

Consideraciones sobre la lucha indígena-popular en Bolivia, 2000-2005.

Con la revisión histórica presentada en el capítulo anterior, es posible enfrentar ahora el reto de caracterizar el periodo más reciente de lucha y movilización en Bolivia que ha llevado a los movimientos político-sociales de raíz indígena-popular a las esferas más importantes de dirección estatal. Me interesa, sobre todo analizar la constitución, el accionar y revisar los escenarios de lucha de dichos movimientos, con el propósito de sugerir una definición conceptual de lo que ha sido esta última etapa en la historia de Bolivia.

Con base en esos planteamientos preliminares, este periodo que va de la “Guerra del Agua” a las elecciones presidenciales de 2005, implicaría la existencia de un nuevo ciclo societal, un nuevo ciclo de socialización de la rebelión.

Como lo sugiero en líneas anteriores, la idea del ciclo societal correspondería a la constatación de las dos matrices estructurales de las que se desprende la movilización socio-política en Bolivia, es decir, de su carácter

¹⁰⁶ Tomado de Xavier Albó, *op. cit.*, pág. 77. En: Fernando Calderón y Jorge Dandler (comps.), *op. cit.* La frase, atribuida a Tupaj Katari antes de ser asesinado, refiere a la fuerza que tiene entre los indígenas bolivianos, principalmente en el Altiplano, la memoria histórica de sus luchas emancipatorias y a la frecuente reactualización de sus contenidos en las coyunturas de crisis. Así, la apelación a la figura de Katari implica la reactivación de la *memoria* en la *crisis* y teniendo como horizonte, como utopía, la transformación social que el propio Katari enarbolara en el siglo XVIII.

abigarrado y multisocietal. De ahí que no se esté proponiendo en absoluto una nueva manera de leer la historia contemporánea de Bolivia, sino sólo una suerte de estrategia teórica para analizar el “presente social” y para acercarse a la crisis, caracterizada por la emergencia de los movimientos político-sociales y su enfrentamiento abierto con las estructuras de dominación estatales, frente a la forma vigente de democracia representativa y al sistema neoliberal, por las que esta sociedad ha atravesado recientemente.

Como lo plantea Pablo Stefanoni, lo que surge en estos años de movilización es “el desborde electoral de los movimientos sociales en 2002, y la emergencia de una nueva “conciencia nacional”, de matriz indígena-popular”.¹⁰⁷

Me parece que la conformación de una identidad o “conciencia nacional”, que encuentra en lo indígena-popular su sustento y su proyección, no es un dato que pueda darse *a priori*, es decir, no se puede perder de vista que dicha identidad se fue erigiendo, en estos últimos años, como un proceso de construcción antagónica dentro del conjunto de las clases subalternas. En primer lugar hay que distinguir, que dicha conciencia nacional está compuesta por dos matrices distintas, que hacen referencia a tradiciones y mecanismos de resistencia y lucha de cuño diferente. De un lado está la antiquísima historia de rebelión indígena, que cobró sus perfiles más característicos y duraderos desde finales del siglo XVIII y que desde entonces se ha rearticulado en innumerables ocasiones, siempre con igual fuerza, quizá no con una capacidad tan amplia de irradiación como ha sucedido recientemente. La otra tradición de lucha, la de lo

¹⁰⁷ Stefanoni, Pablo, *op. cit.*

popular, hace referencia a las distintas formas en que las que las clases trabajadoras fueron conquistando espacios frente al aparato estatal, casi a todo lo largo del siglo XX, y que fue fundamental luego de la revolución de 1952, cuando esas clases trabajadoras, a la cabeza de las cuales se encontraban las estructuras del sindicalismo minero, se volvieron cogobierno junto con el MNR. Por lo menos en el siglo XX, las articulaciones entre ambas “matrices subalternas” no fueron constantes, y cuando se lograron, no decantaron precisamente en procesos de transformación radical. Así pues, pensar ahora en lo “indígena-popular” como un bloque articulado, nos obligaría a tratar de descubrir los perfiles de esta nueva alianza entre los grupos subalternos y ver de qué forma ésta puede impulsar el proyecto en curso.

El mismo Stefanoni apunta que:

Hubo que esperar varios años para que surgieran o se recuperaran –no sin dificultades– formas alternativas de organización, acción y construcción de identidades colectivas, que crecieron en protagonismo junto a la temprana pérdida de legitimidad del modelo de desarrollo neoliberal, y que fueron capaces de interpelar al conjunto de los sectores afectados por la fortísima ofensiva contra el espacio público. De esa forma se fue revirtiendo el ciclo de derrotas y dispersión operado desde mediados de los años ochenta, y las tradiciones de resistencia, oposición y lucha que caracterizaron al movimiento popular boliviano “renacieron” del declive de sus anteriores formas de organización, con una importante carga de renovación y un creciente protagonismo de las organizaciones campesino-indígenas...¹⁰⁸

¹⁰⁸ *Ibidem.*

Cronología del conflicto social en Bolivia 2000-2005. Construcción del ciclo societal de lo indígena-popular

"Guerra del Agua". Movilizaciones en contra de la concesión por 40 años a la trasnacional Bechtel para el suministro de Agua en Cochabamba. Huelgas generales, marchas y asambleas masivas que aislan a la ciudad del resto del país. Configuración de la *movida* como sujeto político que logra recuperar la administración del agua como bien colectivo. Abril de 2000.

Elecciones generales. MAS 20.9% de votos. Triunfo de Sánchez de Lozada con 22.5%. 2002

Marchas y manifestaciones en contra de la aplicación de impuestos en La Paz y el Alto; 29 personas muertas por el ejército y 205 heridos. Febrero 2003.

"Guerra del Gas". Movilizaciones que paralizan al país entero; Paros, bloqueos, huelgas en Huanuni, Warnasa, el Alto, Santa Cruz, Cochabamba, Potosí, los Yungas, Sucre, además de marchas de todos estos sitios hacia La Paz, para exigir la dimisión de Sánchez de Lozada, la nacionalización del Gas, el rechazo al ALCA, el juicio a los responsables de las muertes y la convocatoria a la Asamblea Constituyente. Derrocamiento de "Goni". Octubre 2003

Elecciones generales anticipadas. Triunfo del MAS con 54.7% de los votos totales. Diciembre de 2005.



Paros, bloqueos y movilización indígena en el Altiplano aymara en contra de la erradicación de la hoja de coca, y contra la ley INRA organizados por la CSUTCB.

30,000 cocaceros marchan hacia Sucre e instalan bloqueos en Potosí, Chapare, y los Yungas en oposición a la erradicación de la hoja de coca. Enero 2003

Marchas y huelgas en la Paz y el Alto en contra de la pretensión del gobierno de exportar gas hacia EUA, vía Chile; las manifestaciones se oponen también al ALCA. 8 de septiembre de 2003.

Huelga de hambre de 1000 indígenas aymaras encabezados por Felipe Quispe. Bloqueos de caminos en Omasuyos y en el Alto.

Movilizaciones de la COB, la Coordinadora Nacional de Recuperación y Defensa del Gas, el MST y la UPEA. 19-29 de septiembre.

Movilización de la FEJUVE del Alto en contra de la empresa multinacional "Aguas de Illimani"; se suman la Coordinadora en Defensa del Gas y el MAS; los bloqueos se reactivan en Potosí, los Yungas, Chuquisaca, el Chapare y Potosí. Febrero/Marzo 2005. Movilizaciones y bloqueos en 8 de los 9 departamentos para exigir la abrogación de la ley de hidrocarburos vigente. Carlos Mesa dimite y Eduardo Rodríguez Veltzé asume como presidente y convoca a elecciones generales en diciembre del mismo año

3.1. El ciclo societal y la dialéctica memoria-crisis-utopía.

Entonces, y según lo sugerido en el capítulo precedente, analizar el proceso reciente de movilización político-social en Bolivia del 2000 al 2005, nos convoca a preguntarnos sobre esos cambios operados en las estructuras políticas que clausuraron una “forma” específica de organización, movilización y proyección de las clases subalternas, que estaba ligada fuertemente a la “agregación por centro de trabajo”, es decir, a la lógica sindical, o como decíamos en el apartado anterior siguiendo a García Linera, a la “forma sindicato”.

En este capítulo, me apoyo en la relación dialéctica entre *memoria-crisis-utopía* a partir de la cual sugiero los perfiles de este último ciclo societal abierto en 2000 y que, según mi entender, tendría un posible punto de llegada en 2005 con la elección presidencial; he decidido no continuar el recorrido interpretativo hacia los acontecimientos generados a partir del gobierno del MAS, pues, como lo mencioné anteriormente, me parece que ello requeriría muchos más elementos de análisis, sobre todo en términos cualitativos que tendrían que ver con la conflictiva relación movimiento-partido-gobierno y con la reacción de las clases dominantes del oriente, todo lo cual no podría ser considerado cabalmente con la propuesta de comprensión que ahora planteo en este trabajo.

Para buscar alcanzar tal propósito, es que apelo a la categoría de “ciclo societal” pues quiero resaltar la densidad socio-política que está contenida en ese proceso de rebelión de las clases subalternas bolivianas. Los movimientos sociales, las organizaciones, las demandas, las formas de lucha y los repertorios de acción desplegados en la crisis, en suma, las subjetividades

políticas, sociales y culturales que se fueron materializando al ritmo de la insurgencia popular, y que finalmente derivaron, o mejor dicho, encontraron su “horizonte de posibilidad” en el proyecto indígena-popular.

Lo pienso como proceso, arriesgándome a considerar la totalidad más que las particularidades de la coyuntura. Y sin embargo sugerir que este lapso puede considerarse como un todo implicaría tener que señalar o rescatar sus especificidades en aras de no volverlo un simple cuerpo homogéneo, esto es, rescatar lo que, anteriormente, se había pretendido al hablar de la relacionalidad dialéctica entre memoria-crisis-utopía. Ello se debe fundamentalmente a que pongo en el centro del debate la cuestión del *poder político*, su construcción, su sentido y forma, así como su importancia en la visibilización de posibles escenarios futuros, que por su lejanía, mas no por su irrealidad, no dejan de ser utopías.

Dicho poder político se fue logrando hilvanar a partir de una serie de “valores” que recorrían al conjunto de las clases subalternas, en su historia y en su cotidianidad, que logran en cierta coyuntura articular a una pléyade de sujetos, organizaciones y movimientos, asociados en un principio como *multitud* pero que paulatinamente derivarían en la mencionada identidad indígena-popular.

Defender la soberanía nacional frente a las intervenciones extranjeras, principalmente las norteamericanas, lograr una representación política auténtica, es decir, criticar de manera frontal a la elite política dominante y al sistema de partidos prevaleciente, denunciar los mecanismos de dominación cultural y

política que habían permeado a la sociedad en su totalidad, defender de manera irreductible los bienes y las riquezas naturales para el usufructo de los propios bolivianos, como el agua y el gas, fueron algunos de esos valores colectivos que las clases subalternas defendieron en las calles, frente a la policía y al ejército.

Me parece que ese cambio sustantivo, que implicaría romper con la heterogeneidad, dispersión y espontaneidad, características todas útiles y destacables en ciertos momentos de la coyuntura, y pasar hacia la identificación con una organización política que se involucra en la lucha del campo político institucional y, desde ahí, logra interpelar a las clases dominantes rompiendo con las barreras materiales y simbólicas que habían cerrado toda posibilidad de democratización y de representatividad de los subalternos, además de no perder la autonomía del movimiento popular que sigue defendiendo y conquistando “trincheras” de la sociedad civil, implicaría un giro radical que invita a reflexionar justamente sobre los procesos socio-políticos gestados “desde abajo”.

La discusión es entonces la que tiene que ver con la construcción de poder político, desde la sociedad –organizaciones, movimientos y sujetos- y hacia el Estado como estructura, que se vale de sus propios partidos, usándolos como los “instrumentos políticos” de los subalternos. En este sentido, me parece que el Movimiento al Socialismo y también el Movimiento Indígena Pachakuti que encabezara Felipe Quispe, son ya, siguiendo de nuevo a Gramsci, formaciones políticas que afirman la autonomía de los grupos subalternos todavía dentro de los viejos marcos y que tendencialmente podrían afirmar la autonomía integral,

sobre todo el MAS que finalmente llega a la dirección del Estado.¹⁰⁹

No hay que perder de vista que junto a la dinámica movimientista, entre la “Guerra del agua” en 2000 y la “Guerra del gas” en 2003, en las elecciones generales del 2002, el MIP obtiene el 6.09 % de la votación y el MAS un sorprendente 20.94 % lo que lo coloca en aquel momento como la segunda fuerza política electoral del país.¹¹⁰

Este dato podría sugerir dos elementos importantes a considerar, sobre todo por los resultados electorales de 2005. Por un lado la tendencia hacia el ejercicio institucional del voto como instrumento de legitimación democrática y por ende un cierto reconocimiento de las instituciones como espacios de unificación y de representación efectiva. Hay que recordar que un poco esa es la iniciativa con la que se forma la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos en los 90’s, la tesis del instrumento político que luego sería retomada por el MAS. Y, paralelo a esto, se encuentra la constatación de la crítica abierta hacia los partidos políticos de las clases dirigentes y, la renuncia a depositar la confianza electoral en ellos, la cual que se hará del todo explícita al exigir la renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada en 2003, y de ejercer presión sobre Carlos Mesa hasta su salida en junio de 2005 y evitando que asumiera la presidencia Hormando Vaca Díez, presidente del Senado.

En síntesis, la reafirmación desde los movimientos de que aunque las gestiones estatales en los últimos años, por lo menos desde 1985, han sido

¹⁰⁹ Antonio Gramsci, *op. cit.*

¹¹⁰ Datos tomados de Hugo José Suárez, *op. cit.*, pág 101.

particularmente violentas hacia las clases subalternas implementando políticas neoliberales ortodoxas, el Estado como mecanismo y como conjunto de relaciones sociales que posibilita las transformaciones y la política institucional como uno de los medios posibles para llegar a él siguen presentes entre los subalternos. La diferencia con el pasado radicaría en el cambio cualitativo que se da entre los sujetos que se movilizan, las formas de organización a las que apelan y en el proyecto socio-político que buscan materializar transformándolo en un horizonte de Estado.¹¹¹

Félix Patzi Paco escribe al respecto que:

Como un cuarto momento de este recorrido del movimiento indígena fue la organización y consolidación de Partidos Políticos (Movimiento Indígena Pachacuti y Movimiento hacia el Socialismo) con fines de participar en los espacios de poder instituidos por la clase dominante como es la democracia representativa. A diferencia de los partidos de composición étnica criolla mestiza, los indígenas organizaron partidos ligados al movimiento social. De ahí que sean estructuras políticas que en ocasiones no se distinguen los límites de

¹¹¹ Ya en 2002, luego de esas elecciones en las que participan el MAS y el MIP empezaba a prefigurarse la dificultad que conlleva la relación entre partido político y movimiento social de frente a lo que vendría en 2003 y hasta 2005, pues la intensidad y el recurso de la movilización frente a lo que seguía considerándose como injusticias, la venta del gas boliviano y la falta de representación popular de los gobiernos de Sánchez de Lozada y de Mesa, no pararía y la presencia del MAS y MIP en las cámaras tampoco resultaba del todo satisfactoria y menos cuando el MAS concedió ciertas prerrogativas a Mesa con relación a la nacionalización de los hidrocarburos. Sobre la conflictiva relación partido/movimiento luego del 2002: "En el plano interno, la entrada masiva del MAS-IPSP en el parlamento plantearía una nueva serie de dificultades a este movimiento cuya victoria consolidaba la apertura hacia otros grupos sociales más allá de los sectores campesinos e indígenas [...] Además, el costo del pasaje del terreno social al institucional fue mucho más elevado para los indígenas, enfrentados a una lógica parlamentaria no ajena para los "clases medieras" pero tan distante de las prácticas del sindicalismo campesino. El "capital militante" forjado a lo largo de años de práctica sindical campesina se reveló poco adecuado para este nuevo escenario [...] Para los líderes sindicales o comunarios la integración al Parlamento se fue convirtiendo en un difícil aprendizaje, que debió enfrentar, como contratiempo adicional, el racismo con el que fueron recibidos en ambas cámaras." Pablo Stefanoni y Hervé Do Alto, *op. cit.*, pág. 79. Ver también: Fabiola Escárzaga. "Bolivia: la formación de los actores de la insurrección de octubre de 2003". En: *Estudios Latinoamericanos*, Edición especial, enero-diciembre de 2005.

partido y de movimiento. Por lo tanto, la potencialidad de estos movimientos radica precisamente en esa fusión entre partido y movimiento. Entonces la disconformidad del modelo económico y de la estructura política administrada por la élite criolla mestiza no solamente se expresó en los movimientos sociales, sino también fue evidente en las urnas de mayo 2002, por eso que el **MAS** obtuvo el segundo lugar en la votación general con un 22% y el **MIP** el quinto lugar con el 5%. Esto significaba que la disconformidad con la actual estructura del modelo y de administración del poder no solo radicaba en la población rural, sino también lo eran la población urbana. Además hay que considerar que las poblaciones de los barrios marginales de las ciudades metropolitanas son fundamentalmente indígenas.¹¹²

Entonces, diría que de 2000 a 2005 lo que sucede en Bolivia son una serie de movilizaciones socio-políticas, ancladas sobre la experiencia y la memoria histórica de la larga resistencia de las clases subalternas cuyos vestigios más destacados se encuentran en la Revolución nacionalista-popular del 52, en el caso del acervo vigente para la tradición obrera, y en las insurgencias indígenas del finales del siglo XVIII, de finales del XIX principios del XX y de la experiencia katarista en los 70's del mismo siglo, en la emergencia del movimiento cocalero y de una multitud subalterna, popular y plebeya que hizo política desde lo cotidiano, desafiando a las estructuras de dominación estatales y económicas.

Todo ello, constituiría un ciclo societal específico, porque se trata de experiencias densas de politicidad popular y de movilización que dinamizan las características de la crisis, imprimiendo un sentido específico al presente social y redibujando el horizonte utópico en el sentido en que ya se ha explicado.

Pablo Mamani expresa esta idea al referirse a la complejidad y

¹¹² Félix Patzi Paco, *Movimiento multiforme sin hegemonía*, Disponible en: www.faustoreinaga.org.bo, pág. 2.

multidimensionalidad de esta transformación socio-política:

Bolivia es parte de la experiencia de subversión semántica, somática, visual y material de los cuerpos sociales soterrados desde los momentos extraordinarios y, desde los momentos cotidianos. Aquí surgen nuevos mecanismos de organización socio-política y territorial basados en los saberes/conocimientos y haceres/prácticas del mundo indígena y sus interfaces o interconexiones con los conocimientos/tecnologías no indígenas.¹¹³

3.2. Las formas de la lucha y el proceso de politización.

El sujeto protagonista de este “ciclo de rebelión”, si consideramos los momentos más densos de la coyuntura, es un sujeto polimorfo y multifacético, que expresaría seguramente los sentimientos e interpretación arrastrados por generaciones de una “sociedad excluyente” que reproduce la violencia, la estigmatización y la discriminación sobre valores raciales, culturales, sociales, políticos y económicos, valiéndose para ello de las estructuras del Estado como centro de irradiación de esa exclusión.

Es importante señalar que la emergencia de un sujeto con tales características en el plano socio-político está a la vez condicionado por cambios en las estructuras materiales de acumulación, producción y distribución de la riqueza social, esta última condicionante es tan importante como la primera si que queremos descubrir el potencial transformador de dicho sujeto. García

¹¹³ Pablo Mamani, “Gobiernos barriales y su poder: Guerra del Gas en El Alto-Bolivia”. En, *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*, pág. 90.

Linera apunta que:

Hoy la inversión extranjera y local está desplegando en cambio un modelo desagregado de inversión técnica y ocupación laboral. Los procesos productivos en general como los de la minería, el petróleo, la industria han sido fragmentados en pequeños núcleos de inversión intensiva de capital y reducida fuerza de trabajo asalariado. En áreas como la del comercio y la banca se ha dado lugar a una descentralización de tareas. Está surgiendo así un modelo económico, técnica y poblacionalmente atomizado en pequeños centros de trabajo articulados en red de manera horizontal entre sectores de economía moderna, mercantilizada pero además [...] igualmente articulando verticalmente a áreas de economía artesanal tradicional, familiar y campesina por varias vías: compra-venta de fuerza de trabajo temporal precaria bajo consumo empresarial temporal; compra-venta de fuer fuerza de trabajo en la forma de productos semielaborados que luego son integrados a procesos industriales o comerciales empresariales; consumo de productos industriales como parte de la reproducción de la economía campesina-comunal y de las unidades económicas doméstico-artesanales urbanas; acceso a mercancía-dinero vía crédito y ahorro; y, por último, confiscación expropiación empresarial, de las condiciones de reproducción vital de la sociedad (agua, tierra, servicios básicos). La particularidad que asumen estos nuevos vínculos de dominación entre dos niveles de la estructura social dualizada de la sociedad boliviana, es decisiva para entender las actuales modalidades de reconstrucción del tejido social plebeyo.¹¹⁴

Esta cita de García Linera, nos da una idea más de lo que ha representado, en términos estructurales, para las clases subalternas de Bolivia el impacto del neoliberalismo, y que ya comentábamos anteriormente, en el sentido de sus particularidades de restructuración económica y la orientación del Estado hacia las políticas transnacionalizadas. Tales cambios en las dinámicas estructurales de una sociedad ayudan en parte a dimensionar las transformaciones ocurridas

¹¹⁴ Álvaro García Linera, "Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política". En: Álvaro García Linera, *et. al.*, *Tiempos de rebelión*, pág. 34-35.

en términos ideológicos y políticos y, en el caso de Bolivia ayudarían a tener la perspectiva general de lo que ha sido este último ciclo de rebeliones en los que la *multitud* protagoniza las coyunturas de crisis.

Es en esas coyunturas cuando la heterogeneidad de energías de esos “cuerpos sociales soterrados”, de los que habla Mamani, y la espontaneidad inspirada en el sentimiento de “injusticia”¹¹⁵ bloquean carreteras y sitian los centros geográficos de poder, toman las calles, construyen barricadas, se enfrentan con el ejército y entierran a los caídos en la lucha.

Podemos concluir entonces que ese sujeto heterogéneo, polimorfo y espontáneo es la “multitud” de la que los intelectuales bolivianos han escrito en estos años.

Por ejemplo, durante la “Guerra del Agua” en Cochabamba, si bien existía una organización que procuraba la unidad, la Coordinadora Departamental por la Defensa del Agua y de la Vida, la práctica cotidiana de las movilizaciones y los enfrentamientos que se sucedían día a día en las calles tendían más hacia la irrupción intempestiva de la multitud y, a partir de allí, a un reconocimiento de las diferencias entre individuos y a una cierta identificación en la acción.

La politización de lo cotidiano y la puesta en práctica del “sentido común”, del conocimiento compartido por la multitud hicieron posible que su fuerza cobrara un sentido específico, constituyéndose así como sujetos que hacían patente su interés de disputar su lugar en el campo político nacional:

¹¹⁵ Ver: Barrington Moore, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM-IIS, 1996, pp. 481.

Y pese a todo en la ciudad había un sinnúmero de bloqueos: por supuesto no esas vistosas acciones donde grandes contingentes asalariados se movilizan de manera ordenada; sino más bien, una enorme cantidad de bloqueos pequeños, de vecinos, de trabajadores por cuenta propia, de gente pobre que sólo subsiste desplegando toda su creatividad y su energía: esa gente luchó y participó de la misma manera como vive y trabaja, formando grupos con sus iguales e ingeniándose las para hacerse sentir [...] No tardó en aparecer toda la experiencia de lucha y de cohesión de los vecinos hoy dispersos, que antes fueron trabajadores regulares de alguna empresa, o mineros que vinieron al valle hace más de 10 años ...¹¹⁶

Otro momento de explosión de la multitud se vivió en octubre de 2003, cuando la “Guerra del Gas” evidenció la acumulación socio-política de los subalternos y su fuerza a la hora de construir poder político. De esa coyuntura de lucha se desprende la tendencia hacia la Asamblea Constituyente y la nacionalización de los hidrocarburos, la llamada “Agenda de Octubre”, con lo que se levanta la bandera de la soberanía nacional y la necesidad de llevar adelante un nuevo “proyecto societal”¹¹⁷ donde la identidad indígena-popular comenzará a perfilarse como definitiva en el campo político boliviano.

Raúl Prada recuerda los sucesos de octubre de 2003 como la síntesis de la memoria y las experiencias de los movimientos sociales en Bolivia, en particular el ciclo de movimientos que se abre en 2000 con la Guerra del Agua y en 2003, con la Guerra del Gas, mismo que es abordado desde la irrupción de este sujeto peculiar de la acción, ya no la clase obrera ni tampoco específicamente los

¹¹⁶ Gutiérrez, García, Tapia, “La forma multitud de la política de las necesidades vitales”. En, Álvaro García Linera, et. al., *El retorno de la Bolivia plebeya*, pág. 138.

¹¹⁷ Felix Patzi Paco, “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003”. En: Forrest Hylton et. al., *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2003, págs. 199-279.

sectores indígenas, sino desde la *multitud* en movimiento que encarnaría el “intelecto general autonomizado”.¹¹⁸

Luego de la Guerra del Gas fue mucho más evidente el cambio de dirección en los movimientos que haría patente la ruptura total con las instituciones del Estado y con esa forma de hacer política, pues si algo ya no podía ser tolerado era la constante actitud “entreguista” y conciliadora hacia las empresas transnacionales que recibían los mayores beneficios de la exportación del gas. Felipe Quispe, el Mallku, líder del MIP y de la CSUTB, expresó en aquel momento:

Es evidente, pues, que si se lleva adelante este negocio, Bolivia recibirá migajas como regalías. Por otra parte, mientras California encenderá cada noche sus luces de neón con el gas boliviano, aquí en el altiplano nuestros hermanos seguirán cocinando sus alimentos con bosta de vaca y de burro, como lo hacen hoy. Por eso este proyecto es inviable, indigno de realizarse, económica y políticamente. Primero se debe recuperar la propiedad sobre el gas y luego exportar.¹¹⁹

Como se sugiere en el segundo apartado de este trabajo, y siguiendo a García Linera, se pueden considerar tres formas políticas de organización socio-política entre las clases subalternas en Bolivia (forma sindicato, forma multitud y forma comunidad), que recorren la memoria de distintas luchas, tanto en la historia corta como en la historia larga de éstas, y que emergen en el presente, cuando éste asume forma de crisis, para mostrar la densidad y la capacidad de estas clases y sectores populares para resistir y oponerse a las injusticias.

¹¹⁸ Raúl Prada Alcoreza, *Largo octubre*, pág. 43.

¹¹⁹ Citado en: Pablo Stefanoni y Hervé Do Alto, *op.cit.*, pág. 82.

Dentro de estas maneras de organizar la movilización y lucha sociopolítica, la “forma multitud” tuvo particular importancia en estos años recientes dado que en torno a ella se materializaron diversas características que fueron definiendo el horizonte político que se concretizó en las elecciones del 2005.

Hablar entonces de la multitud o más específicamente de la “forma multitud” es referirse a un tipo determinado de sujeto socio-político y también a sus estrategias y formas de politización por cuanto que con ello se está hablando de procesos anteriores de tipo estructural, que contribuyeron a la configuración de tales formas de organización –crisis económicas, migraciones internas, etc.- y procesos superestructurales o ideológicos, propios y ajenos a los subalternos que propiciaron también la particularidad de dicha forma.

Nuevamente García Linera señala:

Lo decisivo de la multitud es que a diferencia de la muchedumbre, que permite agregar individualidades sin filiación o dependencia alguna que no sea la euforia de la acción inmediata, ésta es mayoritariamente la agregación de individuos colectivos, esto es, una asociación de asociaciones donde cada persona que está presente en el acto público de encuentro no habla por si mismo sino por una identidad colectiva local ante la cual tienen que rendir cuenta de sus acciones, de sus decisiones, de sus palabras [...] La multitud no es un arremolinamiento de desorganizados, sino, por el contrario, organizada de personas organizadas previamente, como en su tiempo lo fue la COB, *sólo que ahora contando como nudos de reunión estructuras territoriales.*¹²⁰

En efecto, la fuerza de la multitud movilizada fue fundamental en el saldo de

¹²⁰ Álvaro García Linera, “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política”, Álvaro García Linera, *et. al.*, *Tiempos de rebelión*, pág. 41-42. Cursivas mías.

este ciclo societal para la acumulación de fuerza y el vislumbramiento de un verdadero proyecto político de transformación popular. Este proyecto popular se construye, como ya se había señalado líneas arriba, desde dos matrices subalternas que en la crisis desatada en 2000 y que transcurre con distintos perfiles hasta 2005 decantará en el gobierno del MAS. La otra fuerza socio-política relevante en este ciclo societal es la enarbolada por las comunidades indígenas, principalmente las comunidades aymaras del altiplano, quienes hicieron valer su peso demográfico pero sobre todo sus mecanismos de organización comunal, de movilización y rotación de las responsabilidades, de toma de decisiones, mismas que se sostienen desde las prácticas societales cotidianas y que fueron determinantes para hacer de la crisis del aparato estatal neoliberal el escalón sobre el cual levantar su propio proyecto y participar directamente en el campo político boliviano.

La insurgencia indígena del altiplano representaría entonces la reactivación de la memoria histórica de resistencia de las comunidades en una coyuntura socio-política de crisis impulsando el proyecto descolonizador que daría un impulso definitivo a este proceso de transformación social. Siguiendo a García Linera:

La rebelión aymara del altiplano precisamente ha podido acontecer porque allí se han agolpado penurias contemporáneas con herencias históricas y representaciones de la vida que leen el pasado, que significan el mundo vivido como un hecho de dominación colonial que debe ser abolido. De ahí la profunda carga de política de la acción de las comunidades, en sus simbolismos, en su discurso corporal y en su manera de escindir el mundo entre q'aras y aymaras hay toda una recuperación de la historia, una

denuncia del racismo interno que acompaña la vida republicana y una propuesta de democratización del poder, de lo público, de la producción de lo común.¹²¹

Esta forma de organización es a la que se denomina como “forma comunidad” ya que responde a la presencia y acción de las comunidades indígenas, que como ya se señaló, hicieron efectivo su poder territorial sitiando y acosando los centros y los símbolos de poder político.

Como lo apunto al inicio de este apartado, la identidad indígena-popular se fue construyendo de a poco como un frente articulador entre las clases subalternas y fue llenando el campo político de “lo popular” con sus estrategias de lucha, su presencia y la demanda radical de descolonización del Estado.

Me parece que no se puede decir que lo indígena, o la forma comunidad haya agotado en ese ciclo 2000-2005 el campo de lo popular y tampoco se podría sugerir que logra imponer su hegemonía al interior de dicho campo tal como lo hiciera otrora la forma sindicato. Hay que recordar que esa hegemonía que tenía el movimiento obrero al interior de las propias clases subalternas se construyó en ciclos mucho más largos, tal como he intentado mostrar en el capítulo anterior, y cuando finalmente logran alcanzar “cierto grado de unificación” después de la Revolución de 52 ésta se ve rápidamente amenazada, controlada y subalternizada por la iniciativa de las clases dominantes.

Las luchas indígenas de este ciclo fueron avanzando desde demandas

¹²¹ *Ibidem*, pág. 67.

parciales en cuanto a su capacidad de articulación, y locales o regionales por su ubicación y repercusión geo-estratégica, hasta lograr hacerse de la batuta de los movimientos sociales al participar en las jornadas de defensa del gas y desconocer, de facto, a las instituciones estatales. Es entonces cuando ese “ethos comunal”¹²² logra en verdad convertirse en el nodo articulador de la transformación política en Bolivia.

En autores como Félix Patzi y Pablo Mamani, ambos sociólogos aymaras, pareciera leerse que la fuerza disruptiva y transformadora de los movimientos indígenas en este ciclo fue desde siempre una constante, si bien acentuada en algunas coyunturas específicas. Ellos apelan a una revisión de larga duración, de la historia larga en las rebeliones indígenas para demostrar que entre las comunidades ha estado siempre latente el proyecto de ruptura con las tradiciones de dominación estatal liberal, que en el caso de la relación entre indígenas/Estado ha sido siempre fundamentalmente una forma de dominación étnica llevada adelante por los blancos/mestizos, que han sido siempre la minoría demográfica en el país, sobre la mayoría indígena a la cual siempre se le han regateado, o sencillamente negado, sus capacidades como sujeto político.¹²³

Sin embargo, lo que sí es una constante entre las comunidades indígenas es un cierto grado de politicidad que les permite lograr articular desde lo cotidiano fuertes lazos identitarios y redes de solidaridad material y simbólica

¹²² Félix Patzi Paco, *op. cit.*

¹²³ *Ibidem*; Ver: Pablo Mamani, *El rugir de las multitudes: La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*, La Paz, Ediciones Yachaywasi, 2004, pp., 212.

que hacen de sus movilizaciones hechos de alcance nacional. Al igual que con la multitud, que mantiene relaciones fundadas en las reciprocidades barriales y territoriales, lo que les permite un reconocimiento colectivo y una capacidad de movilización conjunta, las comunidades indígenas se articulan como un todo en los momentos de crisis y hacen explícita su composición política, presente ya desde lo cotidiano.

La politicidad es un proceso de larga duración que en los momentos de crisis encuentra efectivamente canales de expresión material, que a su vez permiten alcanzar o visualizar horizontes de “poder político” mismos que tendencialmente pueden cristalizar en el poder del aparato estatal. Por eso me parece que es hasta después de octubre de 2003 que lo indígena se vuelve hegemónico entre lo popular, lo suficiente como para que sea su *proyecto político*, sustentado en las demandas populares de nacionalización y asamblea constituyente que para ellos representa el proyecto de descolonización del Estado, el que logra ser asumido como la demanda general de las clases subalternas.

Ahora bien, en la práctica me parece que es dable sugerir que la forma multitud y la forma comunidad se articulan de forma permanente logrando así consolidar un movimiento antagónico masivo que tiene núcleos regionales pero que alcanza a irradiar su fuerza política a una escala mucho más amplia. Retomando nuevamente de García Linera la formulación sobre estas formas de organización y movilización podemos observar las sintonías y complementariedades existentes entre ambas:

Forma Multitud	Forma Comunidad
1. Modo de organización territorial y flexible [...] multifacética, compleja y generalizada urdimbre organizativa de la sociedad subalterna enraizada en ámbitos locales de preocupación.	1. Sustitución del poder estatal por un poder político comunal. Preeminencia de las autoridades comunales sobre las instituciones estatales y la práctica asamblearia para discutir y decidir las demandas, los objetivos y las formas en las que la movilización debe llevarse a cabo.
2. Tipo de reivindicaciones y base organizacional [...] gestión del agua, el acceso a la tierra y el precio de los servicios básicos que en conjunto delimitan el espacio de riquezas vitales y primarias que sostienen materialmente la reproducción social.	2. Sistema comunal productivo aplicado a la guerra de movimientos. Rotación permanente de los comunarios en movilización y resistencia y trabajo colectivo y por turnos en el frente de lucha (barricada, bloqueo, etc.)
3. Identidad. Articulaciones tras-clasistas y multisectoriales que sobre la base de la organización territorial y el tipo de demandas atraviesan a un conjunto heterogéneo de sujetos.	3. Ampliación de la democracia comunal al ámbito regional-nacional.
4. Soberanía y democratización social. Traslado de las prácticas cotidianas de “la asamblea, la deliberación y la consulta directa” al ámbito de las movilizaciones que permitían la relación entre “niveles horizontales” y “niveles escalonados” en lo regional, departamental y nacional que lograron reemplazar al Estado “como mecanismo de gobierno, como sistema de mediación política y como cultura de obediencia”.	4. Política de la igualdad. Ruptura simbólica con la lógica de la dominación racial prevaleciente en el Estado como resultado de la acumulación de fuerza y poder político de las comunidades indígenas. Demanda de igualdad que eleva las necesidades materiales y la cultura indígena al mismo nivel que la cultura dominante.
5. Institucionalidad y amplitud. Carencia de “mecanismos duraderos de convocatoria y consulta que permitan rutinarizar ámbitos de presencia de sus componentes”.	5. Política de la identidad y la alteridad. Reconocimiento, a partir del despliegue de los valores y conocimientos indígenas, de una identidad política específica frente a la identidad opresora.

3.3. La territorialidad y el despliegue del poder político.

La territorialización del conflicto social asume características específicas entre una población que ha sido diezmada por la permanente crisis económica y por la embestida ideológica del neoliberalismo pero que hacia el interior de sus organizaciones, en la práctica cotidiana de su socialización y politización, no ha perdido la fuerza de la identificación colectiva y la iniciativa de la acción conjunta.

Esto es lo que Mamani llama “microgobiernos barriales” y que a partir de los enfrentamientos de octubre del 2003 se harán evidentes entre las poblaciones indígenas-populares de La Paz y El Alto. Los microgobiernos barriales estarían definidos por:

Un amplio proceso de producción de la vida social urbana indígena-popular que tiene relación con las propias estructuras internas de organización barrial, las experiencias de vida cotidiana y los sistemas de interrelacionamiento interbarrial. Los microgobiernos están contruidos por un largo proceso de interrelación interna (al interior de la ciudad) y relaciones externas (con las provincias) [...] Se ha tejido un conjunto de actos, identidades, estrategias, sentidos en el manejo y uso del espacio social urbano y su relación con las áreas rurales (similares o moldeadas a las comunidades y ayllus del mundo andino).¹²⁴

La distribución y organización de la vida cotidiana a partir de una nueva configuración territorial –relacionada con los cambios a nivel de la estructura productiva de las últimas décadas- no sólo permite la posibilidad de la

¹²⁴ Pablo Mamani. *Microgobiernos barriales. Levantamiento de la ciudad de El Alto (Octubre 2003)*, La Paz, CADES, 2005, pág. 10.

reproducción de estrategias de sobrevivencia colectiva sobre las que se sustenta el funcionamiento adecuado de las instancias de autoridad estatal, sino que en los hechos, aquellas instituciones estatales son suprimidas y remplazadas por las propias autoridades y prácticas de los subalternos haciendo de la construcción territorial el espacio de la politicidad antagónica.

Como se puede apreciar en la tabla anterior, los sujetos movilizados tanto en la forma multitud como en la forma comunidad se organizan sobre la base previa de una identidad territorial que los cohesiona físicamente y que les permite luego moverse y reconocerse como miembros de una colectividad con demandas y estrategias de lucha deliberadas de forma horizontal y participativa lo cual hace que el movimiento pueda ser efectivamente más importante, en ciertos momentos de la crisis, que los líderes o aún que las organizaciones coordinadoras (Coordinadora del Agua, FEJUVE-EI Alto, CSUTCB, COR, etc.).

Territorialidad y politicidad son elementos que se complementan y que hacen parte del proceso de construcción de poder político por parte de los subalternos.

El poder político entre los movimientos sociales que le dieron forma a este ciclo societal no se dio de forma homogénea y acabada desde el inicio del proceso, por el contrario se fue construyendo y materializando conforme la crisis se fue agudizando. Modonesi sugiere la distinción y articulación entre tres tipos de poder que responderían a condiciones estructurales diferentes del conflicto: poder sobre; poder contra; y poder hacer, que corresponden a la subalternidad, al antagonismo y a la autonomía. El autor propone una lectura sincrónica y

diacrónica del proceso para hallar las combinaciones y simultaneidades en el plano concreto y evitar lecturas etapistas del conflicto social.¹²⁵

Así, la idea sugerida anteriormente respecto a que el movimiento indígena-popular fue alcanzando distintos “horizontes de poder político” se apoyaría en la argumentación planteada sobre la existencia de un ciclo societal específico caracterizado por la presencia de formas de organización y movilización estructuradas en torno a la multitud plebeya y, a la fuerza de las comunidades indígenas que hicieron efectivas sus construcciones territoriales para desplegar desde esas trincheras, que fueron copando la geografía del poder estatal hasta suprimirlo, la intensidad de sus prácticas políticas.

¹²⁵ Massimo Modonesi, *op. cit.*

Consideraciones Finales.

Todo lo sugerido en este trabajo tiene la intención de presentar un acercamiento interpretativo a los sucesos socio-políticos que se sucedieron en Bolivia desde 2000 y hasta las elecciones triunfantes del MAS en 2005, y plantear que dicho periodo implicaría, según la interpretación propuesta, ya un ciclo político sin retorno en el conjunto de la sociedad boliviana. Por ello, es que he querido sugerir que esos cinco años han representado para el conjunto de las clases subalternas un nuevo proceso de acumulación de experiencias socio-políticas que podrán convertirse en el punto de partida de otros posibles escenarios de construcción estatal.

Este periodo, relativamente corto, el *ciclo societal de lo indígena-popular* como he propuesto aquí, ha permitido la visualización, en su expresión más dramática, de la *crisis* permanente en la que ha vivido la sociedad boliviana durante las últimas dos décadas, desde mediados de los años 80's, cuando es desmantelada la estructura institucional de representación popular que se materializaba en las organizaciones sindicales y cuando el Estado deja de funcionar como una estructura de mediación entre el mercado, internacional y nacional, y la sociedad trabajadora que es arrojada en proporciones masivas a la economía informal.

Para no perder de vista una parte de las prácticas y tradiciones políticas de este ciclo reciente de movilizaciones, habría que matizar que el que la

organización matriz de los sindicatos, la COB, perdiera su capacidad representativa y su fuerza a nivel nacional como interlocutora legítima frente al Estado, cosa que es un dato irrefutable, ello no implica, y de eso dejan constancia los sindicatos cocaleros conformados en la región del Chapare, por ejemplo, que la lógica de organización de estas formaciones políticas haya dejado de ser un “recurso a mano” entre los sectores movilizados.

Mes con mes, año con año, pueden constatarse episodios de movilización y lucha política llevados a delante por los grupos subalternos que hicieron imposible la permanencia de los partidos políticos de derecha, mismos que echaron mano, una vez más, de la implementación de la violencia armada del Estado para tratar, sin éxito, de mantener el monopolio del poder político estatal. Se fracturó, pues, la legitimidad del aparato estatal y se convocó con ello a un largo y complejo proceso de reconstrucción social, tendencialmente democrática, en el cual las clases subalternas han asumido, de nueva cuenta, la iniciativa transformadora.

Por tanto, he procurado interpretar la *crisis* del tiempo presente, desde una triple relacionalidad social que vuelve sobre la *memoria* de una larga tradición de rebeliones subalternas que dan sustento y permiten entender las condiciones actuales de la lucha política, pero que a la vez nos orientan sobre las posibilidades concretas de este nuevo proyecto de construcción autonómica.

Cuando los subalternos pugnan por la destitución de “Goni” luego de las jornadas de octubre de 2003 y cuando sale por la puerta trasera Mesa en julio de 2005, el campo político, aún la parte institucional de éste, no se encontraba

vacío, pues ya había sido ocupado por el poder político y la legitimidad popular desplegados desde las organizaciones y los sujetos subalternos que se habían movilizado. A esas alturas no era posible ya la imposición de un nuevo régimen político que no contara con la aprobación popular, más aún, que no fuera propio de ellos, en tanto que todos los partidos de derecha habían quedado deslegitimados por completo y las alianzas con esas organizaciones políticas ya no eran una posibilidad.

Por ello me parece que el triunfo electoral del MAS en 2005 representa la cristalización exitosa de ese ciclo societal abierto en el año 2000. Pero habría que agregar que ante la dinamicidad y potencialidad que adquirió la fuerza de lo indígena-popular como poder político, no es fácil asegurar que dicho ciclo societal esté totalmente concluido con el arribo de este gobierno popular, que se autodenomina como el “gobierno de los movimientos sociales”.

Ante la evidencia de la movilización socio-política de esos cinco años y de las mismas dificultades que el gobierno masista ha enfrentado en los años que van de su gobierno, no se pueden colocar en un mismo sitio ambas formas de praxis política, porque ello implicaría el riesgo de pensar que una es consecuencia de la otra, cortando de tajo justamente con el tipo de experiencias, formas de movilización y tipos de sujetos que en este trabajo se han señalado.

Así, se debe decir que en este ciclo societal, la dinámica política se invirtió: no hubo que esperar a las elecciones presidenciales para optar por uno u otro partido, por uno u otro candidato, en todo caso las elecciones se forzaron, se

hicieron obligatorias porque la hegemonía de las clases dominantes estaba fracturada por completo; el consenso, al que aspiraban las organizaciones políticas que monopolizaban el aparato estatal en ese momento, era imposible bajo cualquier término y por cualquier canal, y tampoco la represión abierta logró minar las energías transformadoras de los rebeldes.

Leyendo la historia contemporánea de Bolivia, que aquí he presentado sólo de forma sucinta, a través de la relación entre memoria-crisis-utopía se puede apreciar también esa otra relación dialéctica y problemática teórica entre subalternidad-antagonismo-autonomía, si por ello entendemos procesos socio-políticos que se condensan y combinan desigualmente en el “presente social”, específicamente en su forma de crisis, pero cuya presencia nos ofrece evidencias concretas del grado de politicidad, de ruptura o de aceptación, de las formas de dominación y nos orienta también sobre las tendencias y procesos autonómicos de los sujetos políticos.¹²⁶

Bolivia ha entrado, de la mano de los movimientos socio-políticos, en una nueva etapa de construcción de las relaciones entre Estado-sociedad. Como lo señala Mamani, ahora “se disputan las visiones de cómo pueden o deben ser concebidas las relaciones de poder, los sistemas de organización de la sociedad, la economía, la cultura y sus mecanismos de consecución.”¹²⁷

Definitivamente no estamos ante la apertura de una revolución socialista,

¹²⁶ Sobre esta relación-articulación entre subalternidad-antagonismo-autonomía, ver: Massimo Modonesi, *op. cit.* Del mismo autor: “Resistencia: subalternidad y antagonismo”, *Memoria* núm. 101, México, noviembre de 2005.

¹²⁷ Pablo Mamani Ramírez. “Múltiples fracturas del estado y la sociedad desde los movimientos indígenas de Bolivia”. En: Jesús Espasandín López y Pablo Iglesias Turrión (Coords.), *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, págs. 221-257.

según se entendió a lo largo del siglo XX, de hecho, no ha sido tampoco esa la coordenada política central de este proceso de transformación. Se ha dicho que en Bolivia un proceso radical de cambio tiene que pasar por la “descolonización de las estructuras del estado” como el preámbulo que aseguraría otras posibles transformaciones y sin el cual ninguna reforma o cambio lograría concretizarse. Por lo que nos ha mostrado la reacción oligarca desde los años anteriores y más recientemente, no es ese un paso que sea fácil de alcanzar.

Como he dicho antes, no puedo intentar explicar lo que ha sucedido con el gobierno del MAS, pero es evidente que la densidad del conflicto étnico y clasista no se ha resuelto en absoluto y lejos de eso, se ha incrementado ante la franca intensión separatista de los departamentos de la “media luna” de oriente. Con esos referendos autonómicos la derecha oligarca y neoliberal se está jugando, quizá, su última carta política.

A pesar de las múltiples tentativas de este grupo de departamentos opositores, mismos que han estado respaldados subrepticamente por financiamiento norteamericano y que han llegado en algunas ocasiones a presentarse como intentos de golpe de Estado, el gobierno de Morales sigue manteniendo amplios márgenes de legitimidad popular. Dos hechos dan cuenta de ello.

En el referéndum revocatorio celebrado en agosto de 2008, el voto registrado por la continuidad del gobierno masista fue del 67.41% por el “Sí” y 32.59% por el “No”, perdiendo únicamente en tres departamentos, justamente de la “media luna”, Santa Cruz, Beni y Tarija con el 59.25%, el 56.28% y el

50.17% de los votos en contra respectivamente.¹²⁸

Además, luego de varios meses de aprobada la nueva Constitución boliviana por la Asamblea Constituyente en diciembre de 2007, el referéndum celebrado el día 25 de enero de 2009, la mayoría de la población boliviana, volvió a ratificar con su voto, la necesidad y deseo de transformar el Estado; en esta ocasión, las estadísticas totales de la votación apuntan a un 61.43% a favor del “Sí”.¹²⁹

Así pues, si nos apegamos a estos datos numéricos, que en todo caso representan la consolidación institucional de un proceso político con respaldo popular, podríamos coincidir con García Linera en que se está llegando a un “punto de bifurcación” que apunta a una salida democrática a la crisis en la que se encuentra el Estado boliviano desde 2000.¹³⁰

Sin embargo, tampoco puede hacerse caso omiso de las advertencias hechas por varios especialistas que apuntan en el sentido de que a partir del gobierno masista se ha constatado un permanente proceso de desmovilización y de cierto clientelismo entre el gobierno y varias de las organizaciones populares, lo que no está permitiendo que se lleven adelante iniciativas de transformaciones más radicales en el país.

Así, por ejemplo Jorge Viaña y Shirley Orozco, aseguran que:

¹²⁸ Disponible en: <http://www.cne.org.bo/resultadosrr08/resultadosrr08.htm>

¹²⁹ Corte Nacional Electoral, Datos del Referéndum Constituyente, 100% de los votos contabilizados. Disponible en: <http://www.cne.org.bo/ResultadosRNC2009/>

¹³⁰ Álvaro García Linera, “Empate catastrófico y punto de bifurcación”, disponible en: <http://www.dariovive.org/notas/linera1.pdf>

La digitación discrecional ejercida y que aún se ejerce sobre las organizaciones y movimientos sociales, la funcionalización y uso como meros soportes de la voluntad del Estado y la anulación de su filo más crítico al convertirlos en grupos aislados de la sociedad civil están provocando una sistemática monopolización de la representación de los movimientos y organizaciones sociales por parte de un solo aparato partidario articulado al Estado. Poco a poco se están produciendo relaciones de subordinación, desorganización o aislamiento de los movimientos sociales y, últimamente, hasta relaciones clientelares y prebendales que ¡ojalá! puedan ser detenidas, provocando la limitación pragmática de la autorrepresentación y autodeterminación social al proyecto político de construir un “Estado social” al estilo Keynesiano de los años setenta para fortalecer el denominado “capitalismo andino” bajo formas típicas de un caudillismo liberal.¹³¹

Sin pretender hacer apología del gobierno del MAS, podría decir, que ese proceso, entendiéndolo en el contexto histórico en el que se inscribe, era algo hasta cierto punto inevitable, o que cabía en las posibilidades concretas del periodo, pues hay que recordar que la propia iniciativa de esas mismas organizaciones no era la de suprimir el aparato estatal como estructura de representación.

El ímpetu de las luchas indígenas-populares estuvo encaminado a transformar los mecanismos mediante los cuales se ejercía la explotación y la dominación económica, política, cultural y social; habría que pensar, me parece, que allí está concentrada la mayor evidencia de que el ciclo societal de lo indígena-popular sí constituye un proceso de transformación, inacabado, quizá insuficiente por cuanto que la dinámica de la movilización parecía llevar el cambio mucho más lejos, pero sin duda estamos ante la posibilidad concreta de

¹³¹ Jorge Viaña y Shirley Orozco, “El cierre de un ciclo y la compleja relación «movimientos sociales»-gobierno en Bolivia”, en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, Año VII, No. 22 – Septiembre de 2007, pág. 124.

la materialización, es decir, la estabilización de un ciclo de gobiernos democráticos en Bolivia, que puedan asegurar, como nunca antes, la participación efectiva de los sectores mayoritarios de la población, los indígenas y campesinos y las clases trabajadoras en su conjunto, en la vida económica, política y social del país.

Entonces, me parece que evidentemente la transformación no deja de pasar por la permanencia activa en el campo político de los movimientos socio-políticos, indígenas y populares. La descolonización, si es ese el comienzo, debería de darse como un proceso permanente que definitivamente rebasa los mecanismos partidistas de representación, aunque estos sean importantes para la consolidación de dicho proceso.

Así pues, el ciclo societal de lo indígena-popular, implica la constatación de una serie de luchas que en su conjunto han representado la reconfiguración del campo político boliviano. Esa reconfiguración, implica, por lo menos, dos procesos paralelos:

Por un lado, ha tenido un efecto inmediato entre las clases subalternas, principalmente entre los propios indígenas pero también en el conjunto de las clases trabajadoras, es decir, en la gran mayoría popular de Bolivia, que se han apropiado de espacios públicos, estatales y no estatales, para el ejercicio de la praxis política. Como he querido mostrar, dicha politicidad, es una constante entre los subalternos que se desarrolla desde la cotidianidad, o si se quiere desde la resistencia cotidiana enmarcada en un contexto de permanente crisis, pues si la infra-política es una práctica consciente y deliberada se le deberá

contemplar como práctica eminentemente política, más allá de que para los dominantes pase desapercibida. Pero es cierto que al movilizarse y en el propio despliegue del “poder-contra” se ha logrado de forma inusitada el rompimiento de la hegemonía política-neoliberal y se han abierto nuevos horizontes para el “poder-hacer” ejemplos, más o menos duraderos, de episodios autonómicos que tendencialmente podrían apuntar hacia la “autonomía integral” en el sentido gramsciano.

El segundo proceso, contempla al Estado, como conjunto de relaciones sociales (económicas, políticas, culturales, etc.). Así, los subalternos se han despojado de las barreras subjetivas de dominación que les imponían siempre el lugar de sujetos pasivos y apolíticos. Este es un proceso inacabado e imperfecto, pues como he sugerido, si se puede decir que 2005 supone el cierre temporal de este ciclo, los acontecimientos de entonces a la fecha muestran todas las dificultades que se tienen cuando los movimientos sociales llegan al Estado.

Esta última es, por cierto, una afirmación que no es fácil de sostener, pues como lo sugieren las observaciones de especialistas reseñadas anteriormente, si los fenómenos de monopolización de la representación se reproducen es probable que pudieran quedar fuera varias de las demandas de las organizaciones y con ello se reduzca, nuevamente, esa condición multisocietal característica de Bolivia.

Así pues, luego de casi veinte años de la “transición” a la democracia y quince años de la implementación del neoliberalismo en Bolivia, a partir del año

2000 se hizo evidente la capacidad de las clases subalternas para oponerse a la privatización de unos de los recursos naturales evidentemente más vitales: el agua; luego la coca, y el gas.

Movimientos todos que expresaban esa capacidad de veto sobre políticas privativas de bienes comunes, los recursos naturales, se convirtieron en movimientos con un alcance estatal; las derogaciones de las privatizaciones y los cambios inmediatos en la administración gubernamental se convirtieron en la posibilidad de un nuevo ciclo revolucionario, en el comienzo de un proceso de refundación del Estado.

Hylton y Thompson no dudan en afirmar que éste sería el tercer ciclo revolucionario de la historia boliviana (el primero en 1780-81, el segundo en 1952) y que nuevamente sería un ciclo encabezado por los indígenas.¹³²

De alguna forma es posible coincidir con ellos en tal proposición, en tanto que no hay duda que los sujetos sociales que lograron establecer un programa político más o menos definido fueron justamente las comunidades y organizaciones indígenas y por qué en efecto, ya sólo considerando los impactos inmediatos que tuvieron las movilizaciones del periodo 2000-2005, rompimiento con la hegemonía neoliberal y de los partidos políticos “tradicionales”, apropiación de espacios públicos para el ejercicio de la praxis política, articulación de un nuevo discurso capaz de interpelar a las clases populares, etc. Además de que toda esa energía expresada en los movimientos sí ha encontrado una expresión específica en la conformación de la nueva

¹³² Hylton, Forrest; Sinclair Thomson, *Revolutionary Horizons. Past and present in Bolivian politics*, págs. 101-154.

administración gubernamental del MAS, que de a poco, pareciera estar llevando adelante la pretendida refundación del Estado, bajo una lógica tendencialmente democrática y pluralista; aunque habría que enfatizar que la “descolonización” aún no puede constatarse como un hecho acabado.

A reserva de ello, me parece que lo sucedido en Bolivia en estos cinco años de movilizaciones y de construcción de poder político de los subalternos, tal como he querido argumentar en este trabajo, sí podría conformar un nuevo ciclo societal, es decir, un ciclo en el que la politización de lo cotidiano ha emergido al nivel de lucha política abierta, construyendo organizaciones, identidades y un nuevo sentido común en el que los contenidos de lo indígena-popular se erige como un horizonte societal que habrá de marcar nuevos derroteros en la historia próxima de Bolivia.

Bibliografía.

- Albó, Xavier C.; Franz X. Barrios Súbelas, "Por una Bolivia plurinacional e intercultural con autonomías", Cuaderno de Trabajo, La Paz, IDH Bolivia, 2006, pp. 200.
- Aliaga L., Julio, *et. al.*, *Asamblea constituyente y pueblos originarios*, Virginia, Jach'a Uru Indigenous Organization, 2006, pp. 118.
- Antezana, Luis H., "Formación abigarrada y democracia como autodeterminación", Mario Miranda Pacheco (comp.), *Bolivia en la hora de su modernización*, México, CCYDEL / UNAM, 1993, pp. 257-283.
- Bartolomé, Miguel Alberto, *Gente de costumbre y gente de razón*, México, Ed. Siglo XXI, 2004, pp. 214.
- Benjamin, Walter, *Tesis de filosofía de la historia*, disponible en: www.revoltaglobal.cat
- Berger, Peter L.; Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 2005, pp. 233.
- Borón, Atilio A., *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 247.
- Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Ed. Grijalbo/CONACULTA, 1990, pp. 317.
- -----, *El campo político*, La Paz, Ed. Plural, 2001, pp. 222.
- Calderón, Fernando, *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*, México, Siglo XXI editores/ CIICH, 1995, pp. 132.
- Calderón, Fernando; Jorge Dandler (comps.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Ginebra, UNRISD / CERES, 1986, pp. 632.
- Chávez, Marxa, *et. al.*, *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*, La Paz, Editorial Tercera Piel, 2006, pp. 265.
- Chávez, Patricia; Dunia Mokrani, "Los movimientos sociales en la Asamblea Constituyente. Hacia la reconfiguración de la política", en: *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Año VIII, No. 22, septiembre 2007, págs. 107-117.
- Dussel, Enrique. *20 tesis de política*, México, Siglo XXI editores, 2006, pp. 174.
- Echeverría, Bolívar, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI editores, 1998, pp. 197.

- Eckstein, Susan (coord.) *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, México, Siglo XXI editores, 2001, pp. 428.
- Escárzaga, Fabiola, "Bolivia: la formación de los actores de la insurrección de octubre de 2003". *Estudios Latinoamericanos*, México, UNAM/CELA, Edición especial, enero-diciembre de 2005.
- Espasandín López, Jesús; Pablo Iglesias Turrión (Coords.), *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, pp. 382.
- Estrada Saavedra, Marco, *Participación política. Actores colectivos*, México, Ed. Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 178.
- -----, "La vida y el mundo: distinción conceptual entre mundo de vida y vida cotidiana", *Sociológica*, México, año 15, número 43, pp. 103-151, Mayo-agosto de 2000.
- Fronillo, Bruno, "Encrucijadas del cogobierno en la Bolivia actual", en: *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Año VIII, No. 22, septiembre 2007, págs. 131-141.
- García Linera, Álvaro (coord.), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, La Paz, Diafonía / Oxfam, 2005, pp. 688.
- García Linera, Álvaro, "El evismo, lo nacional popular en acción", *OSAL*, núm. 19, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.
- -----, "Cómo desmontar los cuatro pilares del neoliberalismo y con qué sustituirlos", *Memoria*, núm. 215, México, enero de 2007.
- García Linera, Álvaro, *et. al.*, *El retorno de la Bolivia plebeya*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2000, pp. 184.
- -----, *Límites y horizontes del Estado y el poder*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2005, pp. 215.
- -----, *Tiempos de rebelión*, La Paz, Comuna/ Muela del diablo editores, 2001, pp. 242.
- Gilly, Adolfo; Raquel Gutiérrez; Rhina Roux, "América Latina: mutación epocal y mundos de la vida", en: Eduardo M. Basualdo; Enrique Arceo, *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, pp. 103-119.
- Gómez, Luis A., *El Alto en pie. Una insurrección aymara en Bolivia*, La Paz, Ed. Comuna, 2004.
- Gramsci, Antonio, *Antología*, México, Ed. Siglo XXI, 1977, pp. 520.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel, "Perspectivas de la emancipación social a partir de los levantamientos y movilizaciones en México y Bolivia", ponencia presentada en el Coloquio Internacional *Imperio y Resistencias*,

UAM-X, octubre de 2005.

- Holloway, John (comp.), *Clase \equiv Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, Buenos Aires, Ed. Herramienta/BUAP, 2004, pp. 127.
- Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Ed. Herramienta/BUAP, 2005, pp. 319.
http://alainet.org/active/show_news.phtml?news_id=4653
- Hylton, Forrest *et. al.*, *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2003, pp. 279.
- Hylton, Forrest; Sinclair Thomson, *Revolutionary Horizons. Past and present in Bolivian politics*, Londres, Verso, 2008, pp. 177.
- -----, "El arco iris a cuadros", disponible en: <http://www.newleftreview.org/?getpdf=NLR26903&pdflang=es>
- Lagos, María L., (comp.), *Nos hemos forjado así: al rojo vivo y a puro golpe. Historias del Comité de Amas de Casa de Siglo XX*, La Paz, Asociación Alicia "Por Mujeres Nuevas"/Plural editores, 2006, pp. 276.
- Laserna, Roberto, "La democracia en Bolivia, problemas y perspectivas", en: *La democracia en América Latina*, Pablo González Casanova; Marcos Roitman Rosenmann (coords.), La Jornada ediciones/CEICH-UNAM, México, 1995, pp. 229-259.
- León, Rosario, "La cultura política del nacionalismo revolucionario y la cultura como política en Bolivia", en: Hugo Zemelman (coord.), *Cultura y política en América Latina*, México, Universidad de las Naciones Unidas/Siglo XXI editores, 1990, pp. 141-161.
- López, Luis Enrique; Pablo Regalsky, *Movimientos indígenas y estado en Bolivia*, La Paz, PROEIB Andes/Centro de Comunicación y Desarrollo Andino – CENDA/Plural Editores, 2005, pp. 286
- Mamani Ramírez, Pablo, *El rugir de las multitudes. La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*, La Paz, Ed. Yachaywasi, 2004, pp. 212.
- -----, *Geopolíticas indígenas*, La Paz, Centro Andino de Estudios Estratégicos CADES, 2005, pp. 129.
- -----, *Microgobiernos barriales. Levantamiento de la ciudad de El Alto (octubre)*, La Paz, Centro Andino de Estudios Estratégicos-CADES/Instituto de Investigaciones Sociológicas-IDIS/Universidad Mayor de San Andrés-UMSA, 2005, pp. 161.
- -----, *Mobilización en Bolivia. Declaración de guerra civil indígena*, Disponible en:
- -----, *Racismo colonial y poder indígena en Bolivia*, s/fecha, s/lugar de edición.

- Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI editores/CIIH, 2000, pp. 347.
- Melucci, Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 260.
- Miranda Pacheco, Mario (comp.), *Bolivia a la hora de su modernización*, México, UNAM, 1993, pp., 444.
- Modonesi, Massimo, “Resistencia: subalternidad y antagonismo”, *Memoria* núm. 101, México, noviembre de 2005.
- -----, “Autonomía, antagonismo, subalternidad. Notas para una aproximación teórica”, Claudio Albertani; Guiomar Rovira; Massimo Modonesi, *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política*, México, UACM, 2007, en imprenta. pp. 17.
- Moore, Barrington, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM-IIS, 1996, pp. 481.
- Patzi Paco, Félix, “Movimiento multiforme sin hegemonía”, disponible en: www.faustoreinaga.org.bo
- Prada Alcoreza, Raúl, *Largo octubre. Genealogía de los movimientos sociales*, La Paz, ENLACE Consultores/Plural editores, 2004, pp. 233.
- -----, “Los movimientos moleculares de la multitud”, disponible en: www.saladepresa.free.fr
- -----, “Perfiles del movimiento social contemporáneo. El conflicto político y social en Bolivia”, disponible en: OSAL, Año, IV, No. 12, Septiembre-diciembre 2003.
- Regalsky, Pablo, “Bolivia indígena y campesina. Una larga marcha para liberar sus territorios y un contexto para el gobierno de Evo Morales”, *Herramienta*, núm., 31, Buenos Aires, marzo de 2006, pp. 13-38.
- Rivera Cusicanqui, Silvia; Zulema Lehm. *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, 1988, Taller de Historia Oral Andina THOA, pp. 316.
- Rivera Cusicanqui, Silvia, *Pachakuti: los aymara de Bolivia frente a medio milenio de colonialismo*, La Paz, Taller de Historia Oral Andina THOA/Ediciones Aruwiwiri, 1991, pp. 24.
- -----, “Democracia liberal y democracia de ‘ayllu’”, Mario Miranda Pacheco (comp.) *Bolivia en la hora de su modernización*, México, CCYDEL/UNAM, 1993, pp. 217-255.
- -----, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980*, La Paz, Ed. Yachaywasi, 2003, pp., 209.
- Schutz, Alfred, *El problema de la realidad social. Escritos I*, Buenos Aires,

Ed. Amorrortu, 2003, pp. 327.

- Schutz, Alfred; Thomas Luckmann. *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 2003, pp. 315.
- Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ed. Era, 2004, pp. 304.
- Sousa Santos, Boaventura de, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, Ed. Trotta/ILSA, 2005, pp. 374.
- Stefanoni, Pablo, "Conflicto social, crisis hegemónica e identidades políticas en Bolivia: La emergencia del MAS-IPSP", disponible en: www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar
- Stefanoni, Pablo; Hevé do Alto, *De la coca al palacio*. La Paz, Imprenta Cervantes, 2ª edición, 2007, pp. 172.
- Suárez, Hugo José, *Bolivia: país rebelde (2000-2006)*, México, El Colegio de Michoacán, 2007, pp. 156.
- Svampa Maristella; Pablo Stefanoni, "Entrevista a Álvaro García Linera «Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas»" en: *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Año VIII, No. 22, septiembre 2007, págs.143-164.
- Tapia, Luis, *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo, modernidad*, La Paz, Ed. Muela del Diablo/CIDES-UMSA, 2002, pp. 144.
- Thompson, Edward Palmer, *Costumbres en común*, Barcelona, Ed. Crítica, 1995, pp. 606.
- -----, "La producción del conocimiento local", disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/bolivia/cides/libro1/indice.html>
- -----, *La invención del núcleo común*, La Paz, Muela del Diablo editores, 2006, pp. 100.
- Thomson, Sinclair, *Cuando sólo los indios reinasen. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz, Muela del Diablo editores/Aruwiyiri, primera reimpresión, 2007, pp. 433.
- Ticona Alejo, Esteban, "La rebelión aymara y popular de octubre de 2003. Una aproximación desde algunos barrios paceños de la Paz, Bolivia", Pablo Dávalos (comp.), *Pueblos indígenas, estado y democracia*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, pp. 356.
- Tischler Visquerra, Sergio, *Memoria, Tiempo y Sujeto*, Guatemala, Ed. F&G/BUAP, 2005, pp.174.
- Toranzo Roca, Carlos F.; Mario Arrieta Abdalla, *Nueva derecha y desproletarización en Bolivia, s/lugar de edición, s/fecha de edición*.
- Viaña, Jorge; Shirley Orozco, "El cierre de un ciclo y la compleja relación 'movimientos sociales'-gobierno en Bolivia", en: *Revista del Observatorio*

Social de América Latina, Año VIII, No. 22, septiembre 2007, págs. 119-129.

- Viola Recasens, Andreu, “¡Viva la coca, mueran los gringos!” *Movilizaciónes campesinas y etnicidad en el Chapare (Bolivia)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2001, pp. 114.
- Zavaleta Mercado, René (comp.), *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI editores, 1983, pp. 240.
- Zavaleta Mercado, René, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI editores, 1986, pp. 273.
- -----, “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)”, Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo. Tomo I*, México, Siglo XXI editores/IIS-UNAM, México, 1986, pp. 74-128.
- Zemelman, Hugo, *Conocimiento y sujetos sociales*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 226.
- Zibechi, Raúl, *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Buenos Aires, Ed. Tinta Limón, 2006, pp. 220.
- -----, “El Alto: un mundo nuevo desde la diferencia”, en: www.rebellion.org